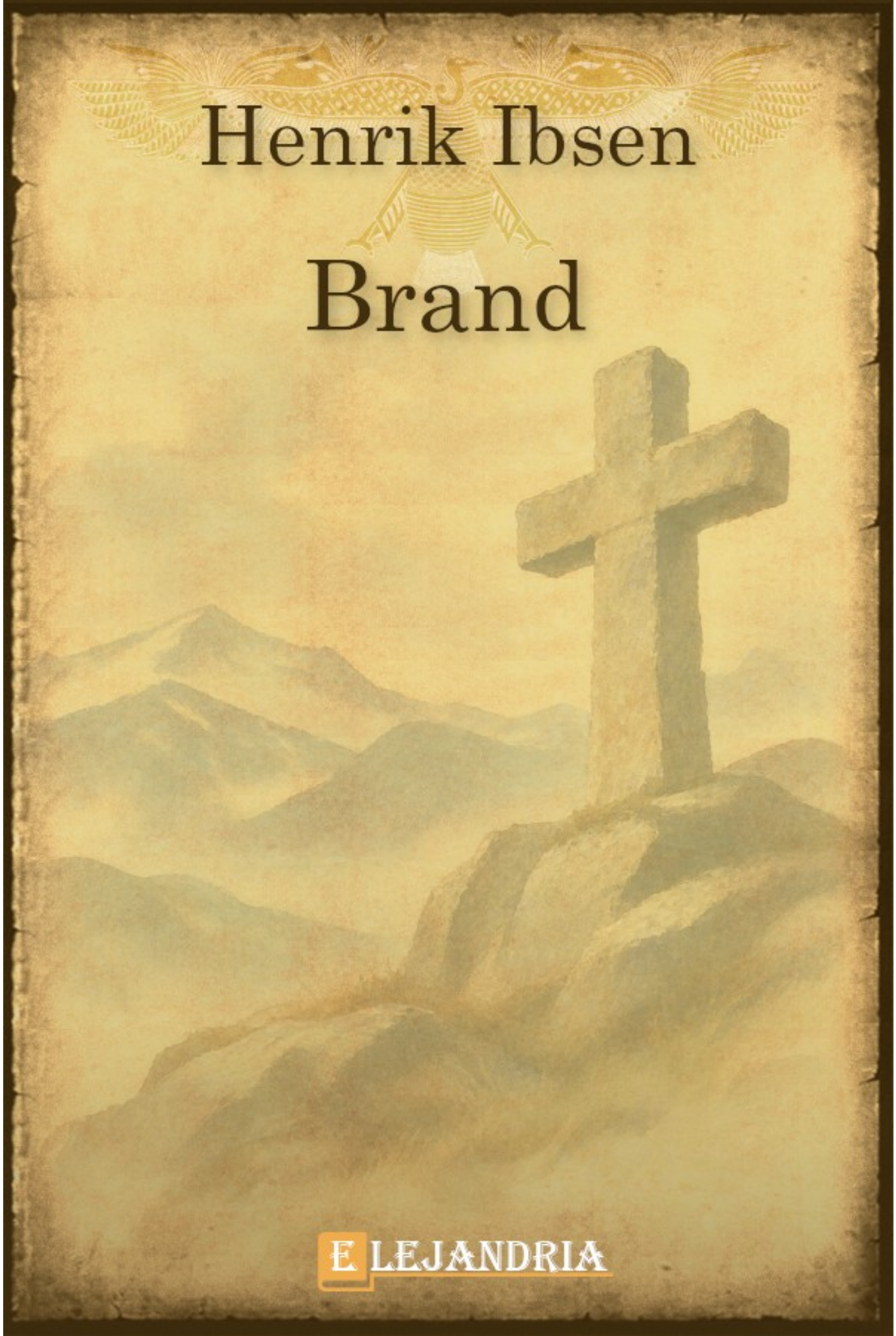
Henrik Ibsen

# Brand



ELEJANDRIA

Libro descargado en www.elejandria.com, tu sitio web de obras de dominio público
¡Esperamos que lo disfrutéis!

# Brand

## Henrik Ibsen

Publicado: 1866
Fuente: archive.org
Traducción: José Ramón Pérez Bances
Edición original: Dramas de Enrique Ibsen, t. III (Madrid, Sucesores de Hernando, 1916)

# PERSONAJES

- BRAND.
- SU MADRE.
- EINAR, pintor.
- AGNES.
- EL ALCALDE.
- EL DOCTOR.
- EL ARCIPRESTE.
- EL MAESTRO.
- EL SACRISTÁN.
- GERD.
- UN CAMPESINO.
- SU HIJO.
- OTRO CAMPESINO.
- UNA MUJER.
- OTRA MUJER.
- UN ESCRIBIENTE.
- SACERDOTES Y EMPLEADOS.
- EL TENTADOR EN EL DESIERTO.
- EL CORO INVISIBLE.
- UNA VOZ.
- Pueblo, hombres, mujeres, niños.

*La acción en la época actual, en un paisaje de «fjord» en la parte occidental de Noruega.*

# ACTO PRIMERO

*La escena en la meseta noruega. Niebla espesa con lluvia. Medio a oscuras. Brand, vestido de negro, con un bastón y un saco a la espalda, marcha con dificultad por la nieve en dirección occidental. Le siguen a alguna distancia un campesino y su hijo.*

EL CAMPESINO.—*(Gritándole a Brand.)* ¡No vayas tan lejos, forastero! ¡Eh! ¿Dónde estás?

BRAND.—Aquí.

EL CAMPESINO.—¡Detente, que te pierdes! La niebla es cada vez más espesa. Apenas si puedo ver mi bastón.

EL MUCHACHO.—¡Salta aquí, padre!

EL CAMPESINO.—¡Aquí hay una cortadura!

BRAND.—¡No se descubre una huella en esta niebla fría!

EL CAMPESINO.—*(Gritando.)* ¡Detente, hombre! ¡Por Dios! ¡El hielo está hueco y se romperá!

BRAND.—*(Escuchando.)* Se oye el ruido de un salto de agua…

EL CAMPESINO.—Es un río que se precipita en un abismo de una hondura sin fondo y que nos puede tragar fácilmente a los tres.

BRAND.—Pues yo tengo que seguir adelante, sea lo que sea.

EL CAMPESINO.—No hay hombre bastante fuerte para conseguirlo. ¡El suelo está hueco, arriesgas la cabeza! ¡Detente, hombre! ¡Es cosa de vida o

muerte!

BRAND.—Tengo que seguir: quien está más alto que yo lo ha ordenado.

EL CAMPESINO.—¿Quién es?

BRAND.—Dios mismo. Él me eligió como débil instrumento suyo.

EL CAMPESINO.—¿Y tú quién eres?

BRAND.—Yo soy un sacerdote.

EL CAMPESINO.—¡Bien! Pero eso no impide que, aunque fueses un arcipreste o incluso un obispo, pierdas hoy la vida si sigues persistiendo en querer avanzar locamente. *(Acercándose a él con precaución para convencerle.)* Sin duda que sois un sabio; pero no por eso podréis lo que nadie puede. ¡Volveos! No seáis tan necio, no os empeñéis en vano, que no se tiene más que una vida, y si esta pasa, todo se acabó… ¡La niebla es tan espesa que se podría cortar con un cuchillo! ¡Venid con nosotros!

BRAND.—En cambio, en la niebla no me atrae la luz engañosa del resplandor azul del hielo.

EL CAMPESINO.—Pero aquí hay por todas partes lagos de hielo, y os será difícil evitarlos.

BRAND.—Tenemos que ir al otro lado.

EL CAMPESINO.—¿Por el agua? ¿Queréis que en lugar de una muerte seca nos coja una mojada?

BRAND.—¡Y, sin embargo, uno lo ha hecho! Quien cree puede marchar seguro por cualquier camino.

EL CAMPESINO.—Eso sería en otros tiempos; que hoy se iría al fondo, sin duda.

BRAND.—*(Quiere irse.)* ¡Adiós!

EL CAMPESINO.—¡Mira que pierdes la vida!

BRAND.—Si el Señor me la demanda, no temo ni abismo ni torrente.

EL CAMPESINO.—Está loco y es un temerario.

EL MUCHACHO.—*(Casi llorando.)* Ven, padre, ven; ¡tengo tanto frío! Oye ese ruido tremendo hacia el oeste.

BRAND.—*(Parándose.)* Oye, campesino. Hablabas antes de una hija tuya que vive allá en la costa y que te había llamado a su lecho de muerte, porque si no no podía morir en gracia.

EL CAMPESINO.—Que Dios me castigue si no es así.

BRAND.—¡Te dio de término hasta hoy!

EL CAMPESINO.—Sí.

BRAND.—¿No más?

EL CAMPESINO.—No.

BRAND.—¡Ven entonces!

EL CAMPESINO.—No es posible. ¡Vuélvete!

BRAND.—¿Darías cien coronas por que muriese en gracia?

EL CAMPESINO.—¡Claro que sí!

BRAND.—¿Doscientas?

EL CAMPESINO.—Casa y hacienda y todo mi haber daría por que Dios le diese su gracia.

BRAND.—¿Entonces también darías con gusto tu vida?

EL CAMPESINO.—¿Mi vida, mi buen señor?

BRAND.—Sí, tu vida.

EL CAMPESINO.—*(Rascándose las orejas.)* ¡En eso hay que distinguir! No hay que olvidar que ¿quién daría de comer luego a la mujer y al hijo?

BRAND.—¡Él…, Él tenía una madre!

EL CAMPESINO.—Pero de eso ya hace mucho tiempo. Entonces había signos y milagros; hoy en día no pasan tales cosas.

BRAND.—Aquí se separan nuestros caminos; tú no conoces a Dios, y Dios no te conoce a ti.

EL CAMPESINO.—¡Tú eres muy exigente!

EL MUCHACHO.—*(Tirando de su padre.)* ¡Ven, déjalo estar!

EL CAMPESINO.—No; tiene que venir con nosotros.

BRAND.—¿Tengo que ir?

EL CAMPESINO.—Sí: si perecieres en esta furia de tiempo y supieran en el pueblo que habíamos salido juntos, me llevarían al Juzgado. Si te dejara que te ahogaras, tendría que pagarlo en el calabozo.

BRAND.—¿Te dolería sufrir por Dios?

EL CAMPESINO.—No me preocupan cosas ajenas; las mías no me dejan tiempo.

BRAND.—¡Adiós! *(Se oye un chasquido sordo a lo lejos.)*

EL MUCHACHO.—¡Ha estallado un ventisquero!

BRAND.—*(Al campesino, que lo ha cogido por el cuello.)* ¡Suelta!

EL CAMPESINO.—¡No!

BRAND.—¡Suelta enseguida!

EL MUCHACHO.—¡Anda pronto!

EL CAMPESINO.—*(Luchando con Brand.)* Que el diablo me lleve…

BRAND.—*(Soltándose y arrojándolo en la nieve.)* ¡Sí que lo hará, y bien pronto! *(Se va.)*

EL CAMPESINO.—*(Sentándose y frotándose el brazo.)* ¡Ay, ay! ¡Tiene una fuerza de gigante! ¡Y llama esto obra de Dios! *(Al levantarse grita.)* ¡Eh! ¡Hombre!

EL MUCHACHO.—Ya está arriba.

EL CAMPESINO.—Le veo todavía por entre la niebla. *(Gritando.)* ¿Te acuerdas… por el diablo… del camino que trajimos?

BRAND.—*(De entre la niebla.)* No tienes necesidad de elegir camino. Vas por una senda segura.

EL CAMPESINO.—¡Ojalá estuviese todo arreglado y me viese en paz en mi casa! *(Él y su hijo caminan hacia el este.)*

BRAND.—*(Aparece visible y escuchando hacia el lado por donde se fue el campesino.)* ¡Se van arrastrándose a casa! ¡Canalla, miserable! Si la fuente de tu voluntad manase agua, si solo fuerza te faltara, podría osarlo todo por ti, y muerto del cansancio, con los pies sangrantes te llevaría. Pero no

hay remedio para el hombre que no quiere lo que no puede. *(Sigue caminando.)* ¡Oh vida, vida, fuerte impulso!… ¡Cómo ama el pueblo la vida!… El mendigo mismo la defiende con tanto valor como si de ella dependiera la salvación del mundo, y cuanto para el hombre pasa por dicha se pone sobre sus hombros. Hacer un sacrificio no le parece difícil…, ¡pero que no haya que dar la vida! *(Sonríe como presa de un recuerdo.)* Cuando era niño había dos cosas que me hacían prorrumpir en carcajadas de tal manera que, para concluir la broma, a menudo el maestro me coloreó la piel. Me figuraba un búho que temiese a la noche y a la oscuridad, y un pez que odiase el agua y ansiase salir a tierra. Reía en voz alta; me dominaba un momento, y luego volvía la risa con más fuerza. ¿En qué estaba la excitación a la risa? Es que sentía oscuramente la dualidad entre la manifestación exterior y el para qué fue creada la cosa, la contradicción que existe en negar una carga que abruma las espaldas. Todos los hombres, los débiles y los fuertes, son como aquel búho y como aquel pez. Colocados en la profunda oscuridad de la tierra, debían aferrarse al bajo suelo, despreciando aspiraciones contra su naturaleza. Pero precisamente eso les hace temblar, y, llenos de miedo, piden salir del agua. Contemplan la oscura noche estrellada y piden luz y magnificencia de llamas. *(Se calla un momento, se para y escucha.)* ¿Qué era eso?… ¡Parecía como si alguien cantase! Sí; es un canto mezclado con risas. Ahora se oye un ¡viva! gritado por muchas voces; el júbilo atronador no cesa. Aparece el sol, se deshace la niebla, se anima el llano. Allá atrás está la gente que canta y grita; sus sombras caen hacia el oeste. Se despiden dándose la mano. Ya se separan; dos solamente vienen, envueltos en resplandor de sol, hacia el oeste; los demás retornan al este y se saludan agitando pañuelos, velos y manos. *(El sol se va abriendo paso más y más por entre la niebla; Brand está largo tiempo silencioso y mira a la pareja que viene hacia arriba.)* Ríe el sol, brillan las alturas, resplandece la luz en torno de esa pareja. La niebla, temerosa, les va abriendo camino. El desierto aparece cubierto de hierbas floridas… ¿Serán hermanos? Ella es ligera y vibrante como un cervatillo, y él flexible como una vara de junco… Ella salta, se aparta de él retozando; él se dispone a atraparla; corren ambos, se persiguen, y las risas acompañan al juego como un canto.

*(Einar y Agnes, con vestidos de viaje ligeros, ambos acalorados y resplandecientes de gozo, vienen por la meseta. La niebla ha desaparecido; una clara mañana de sol se posa sobre el paisaje.)*

EINAR.—¡Agnes, mariposita mía gentil, si te escapas te volveré a atrapar! Te cogeré en una red en la que las mallas sean mis brazos.

AGNES.—*(Que salta y retrocede ante él.)* Si soy una mariposita clara y fina, déjame, pues, libar las flores, y si tú eres un mozo ágil y fino, persígueme, pero no me atrapes.

EINAR.—Agnes, encantadora mariposita mía, ¿no ves cómo te rodean las mallas? En vano corres, pobrecita; pronto habrás caído en la red.

AGNES.—Si soy una mariposa joven y bella, volaré por sobre valles y colinas, y si me atrapas en tu red, ten cuidado de mis alas.

EINAR.—Te pondré dulcemente sobre mi mano y te encerraré en mi corazón. En él podrás jugar toda tu vida los juegos más alegres y más regocijados. *(Sin notarlo se han acercado a un precipicio y están en su borde.)*

BRAND.—*(Gritando desde arriba.)* ¡Alto! ¡Deteneos! ¡Estáis al borde del precipicio!

EINAR.—¿Quién habla?

AGNES.—*(Señalando hacia arriba.)* ¡Allí! ¡Mira!

BRAND.—¡Deteneos a tiempo! Estáis sobre un saliente de nieve y podíais resbalar fácilmente.

EINAR.—¡Por mí y por esta no tengáis miedo!

AGNES.—¡Nuestra vida entera será un juego!

EINAR.—Haremos el camino alegremente a la luz del sol hasta que todo haya acabado; así como dentro de cien años.

BRAND.—Entonces os iréis a lo hondo; ¿comprendéis?

AGNES.—No; iremos a la altura azul.

EINAR.—Primero cien años en un hervidero de placer, alumbrados todas las noches por la antorcha nupcial. Una vida hermosa de ensueño…

BRAND.—¿Y luego?

EINAR.—¡Luego nos volveremos al cielo!

BRAND.—¿Sin duda venís ahora de allí?

EINAR.—¡Naturalmente! ¡Del ejército de los ángeles!

AGNES.—Es decir, en realidad venimos de abajo, del valle verde.

BRAND.—Os vi en el sitio en que se separan las aguas.

EINAR.—Allí fue donde vimos por última vez a los amigos queridos, y como signo de amistad repartimos apretones de manos, abrazos, besos. ¡Venid acá! Os contaré nuestra aventura, os hablaré del exceso de nuestra dicha y de lo ricamente que Dios nos ha colmado; así comprenderéis nuestro júbilo. ¡Bah! No tengáis ese aspecto helado. ¡Animaos un poco! Todo pintor odia semejantes seres fríos, y yo soy pintor. Y me regocijo íntimamente de este don de dar ser a los pensamientos, de crear miles de cosas con el encanto del color. Pero algo más hermoso me estaba reservado; Dios me dio a Agnes como novia. Yo iba en una excursión gozoso con los pinceles y cajas a la espalda…

AGNES.—¡Alegre como un rey! ¡Otra cosa fue todo lo demás! ¡Y de qué manera más encantadora sabía cantar!

EINAR.—Cuando el acaso me trajo por estas tierras, ella había venido de visita. Debía respirar aire de montaña y sol y olor de pinos. Un dios me llevó allá arriba. Una maravillosa armonía sonaba en la montaña. Corre allí una fuente de hermosura en el bosque de pinos, en el arroyo, en el deslizarse de las nubes, en la cubierta del cielo. Allí pinté mi obra maestra. El color rosado de las mejillas frescas, los dos ojos que brillaban deliciosamente, la sonrisa en que el alma descansa.

AGNES.—Del original parecías no preocuparte; no hacías más que beber de la fuente, y una mañana clara apareciste dispuesto para la marcha.

EINAR.—Entonces se me ocurrió de pronto: ¡Te has olvidado del amor! ¡Hurra! Supliqué, obtuve el sí; de lo demás no nos cuidábamos. Pero el doctor y su familia prepararónnos una fiesta que duró tres días enteros y que lo volvió todo del revés. El arcipreste, toda la clerecía, la juventud madura, estaba allí. Esta mañana temprano abandonamos la casa, pero no por eso terminó la fiesta. Por valles y montañas marchamos con banderas desplegadas, con coronas en la frente, seguidos de la alegre bandada que nos daba jubiloso acompañamiento.

AGNES.—Aquí arriba comenzó el baile, primero en parejas y después en corro.

EINAR.—El vino goteaba en los jarros de plata.

AGNES.—La algazara resonaba en la luz de la aurora.

EINAR.—La niebla densa que venía del norte cedía ante nosotros.

BRAND.—¿Y ahora adónde?

EINAR.—Derechamente a la ciudad.

AGNES.—A mi casa, a casa de mis padres.

EINAR.—Bajaremos hasta la última estribación de la montaña, al *fjord*, donde en el corcel con máquina de vapor cabalgaremos hacia la fiesta de bodas… Por último, hacia el sud… ¡En un vuelo como los cisnes!

BRAND.—¿Y allí…?

EINAR.—Nos espera una vida de embriaguez amorosa, perdidos en ensueño y en una dicha de cuento de hadas. Pues sabed que en esta mañana de domingo se consagró nuestra vida a una felicidad libre de cuidados a pesar de que no nos bendijera sacerdote alguno.

BRAND.—¿Quién…?

EINAR.—Los amigos alegres que al sonar de las copas conjuraron toda nube que quisiera atemorizar nuestros corazones. Que besándonos expulsaron del idioma cuanto de cruel pudiera venir a turbar nuestra paz. Ellos fueron quienes nos consagraron y nos protegieron contra el frío y el hielo.

BRAND.—¡Id con Dios! *(Va a irse.)*

EINAR.—*(Sorprendido y mirando muy detenidamente a Brand.)* Con permiso. En vuestros rasgos…, me parece… que estoy seguro…

BRAND.—*(Fríamente.)* Yo soy un forastero.

EINAR.—Sin embargo, recuerdo todavía de la escuela… Sí, sí.

BRAND.—También yo pienso en ello; entonces un muchacho y ahora ya un hombre.

EINAR.—Cada vez me parecéis más conocido… ¿No seréis acaso… *(Dando un grito)* Brand?

BRAND.—Te conocí desde el primer momento.

EINAR.—¡Me alegro de todo corazón! ¿Cómo estás? Sí, sí; eres el antiguo, el que vivía siempre consigo mismo, el que contemplaba como un extraño al alegre tropel de muchachos siempre en juego y regocijo.

BRAND.—Era un extraño entre vosotros. Sin embargo, a ti te amaba a pesar de que vosotros, gente del sur, erais de una materia distinta de la mía. Mi casa era una casa dura rodeada de terribles rocas.

EINAR.—¿Tu casa… no estaba por aquí cerca?

BRAND.—Mi camino pasa también por ella. Yo voy…

EINAR.—¿Pasa por ella?… ¿Y luego?

BRAND.—¡Es lo mismo! Pero siempre más lejos… ¡Adelante, adelante!

EINAR.—¿Eres predicador?

BRAND.—*(Sonriendo.)* Capellán. Como la liebre en el bosque, mi casa está tan pronto aquí como allí.

EINAR.—Es posible. Pero, ¿adónde vas?

BRAND.—*(Seca y duramente.)* ¡No preguntes!

EINAR.—¿Por qué no?

BRAND.—*(Con mayor dulzura.)* El barco que os espera me conducirá a mí también.

EINAR.—¡Mi corcel de bodas! ¡Oh, tú irás también en él! ¡Agnes va con nosotros!

BRAND.—Solo que yo voy a un entierro.

AGNES.—¿Un entierro?

EINAR.—¿Qué? ¿A quién entierran?

BRAND.—Al Dios a quien tú y otros adoran.

AGNES.—*(Retrocediendo espantada.)* ¡Ven, Einar!

EINAR.—¡Brand!

BRAND.—Sí. En un ataúd yace el Dios de las almas bajas terrenales que lleváis escondido en vuestro corazón. ¡Un acontecimiento altamente necesario, esperado desde hace largo tiempo! Mil años hace ya que debía venir.

EINAR.—¡Brand, tú estás enfermo!

BRAND.—¡No lo quiera Dios! Me siento sano y fresco como los pinos o como los arbustos de la montaña. Pero el entierro no puede ser más apropiado para la raza cobarde de este tiempo… No queréis más que reír, cortejar, jugar, creer un poco, sentir algo. Cuando algo os pasa, lo colocáis sobre los hombros de aquel que todo lo tomó sobre sí cuando un día Dios le envió a la tierra. Y porque estuvo una vez entre vosotros y por vosotros sufrió coronado de espinas, no pensáis más que en juego y baile. Bailad, bailad…; por esta vez no quiero hablar de adónde lleva eso.

EINAR.—¡Ya entiendo! Ya hace tiempo que se escucha por el país esa cantinela. Sin duda eres de la cofradía hipócrita, sombría y hosca que desprecia la vida, y, amenazando al mundo como el enfermo, quiere precipitarlo en el saco de penitente.

BRAND.—¡Oh, no; yo no soy pietista! Ni tampoco hablo aquí como sacerdote. Apenas sé si debo llamarme cristiano, pero tengo valor para mirar frente a frente a la enfermedad que se come nuestra vida y corroe la medula del país.

EINAR.—*(Sonriendo.)* Nunca había oído decir que pesara la mala fama sobre nuestro país de que padeciese de un exceso de alegría de vivir.

BRAND.—No; aquí no estallará de júbilo pecho ninguno. Si fuera así, estaría bien; sé un esclavo del placer, pero solo voluntariamente. Lo que seas, solo conscientemente y en plenitud. No seas una cosa ayer, hoy y tras algún tiempo otra. Las bacantes producen una impresión de ideal y los Silenos de genialidad plástica, pero la figura del borracho vulgar es una caricatura. Recorre este país; trata de conocer a la gente; ninguno, grande o pequeño, sabe otra cosa que ser un poco de todo. Un poco serio en las cuestiones santas, un poco fiel a las costumbres de los antepasados, en las fiestas un poco alegre porque los padres queridos lo eran también. Un poco conmovido cuando en los banquetes se brinda a las glorias del pueblo pequeño y firme que vive entre rocas y que nunca toleró tiranías ni ofensas; al prometer un poco ligero, y un poco ingenioso para romper la palabra y faltar a lo debido. Pero todo en pequeño; ni las buenas ni las malas cualidades van muy lejos. Todo a medias: lo grande y lo pequeño; lo bueno y lo malo. Y en este algo de bueno, algo de malo, lo justo acaba por perecer.

EINAR.—Es mucho más fácil criticar de ese modo que no reconciliar, compasivo, lo contradictorio.

BRAND.—Puede ser. ¿Pero traería eso la salud?

EINAR.—Yo sé lo difícil que es la salvación del pueblo, y por ello no tengo inconveniente en decir amén a cuanto afirmas. Pero nos hemos apartado de lo esencial: del Dios a quien querías enterrar, contra quien, por tanto, protestabas con ingratitud.

BRAND.—Amigo mío, ya que eres pintor, muestra a Dios tal como es. Has hecho ya un cuadro suyo que ha conmovido profundamente a todo el mundo. ¿Sin duda le representabas como un anciano?

EINAR.—Sí.

BRAND.—El cabello sería gris y escaso, como es uso entre viejos. La barba como plata o como nieve… Bondadoso en verdad, pero siempre lo bastante severo para asustar a los niños y meterlos en la cama. Si le pusiste además zapatillas, no quiero preguntártelo. Pero sin duda le estarían bien las gafas y la calva.

EINAR.—*(Colérico.)* ¿A qué viene todo eso?

BRAND.—No es burla. Copio del natural el Dios del pueblo. Los católicos suelen representar al Salvador como un niño pequeño. Vosotros os reís de eso, y lo hacéis peor aún, porque vuestro Dios es un viejo loco a quien no le falta más que un poco para ser un niño. Y así como el papa tiene las llaves como símbolo de su poder, vosotros le ponéis a vuestro Dios la bola del mundo. Separáis de la vida la fe y la doctrina, como si la conducta nada fuese. Quisierais levantar vuestro espíritu, y no osáis vivir plena y libremente. Porque toda vuestra vida es una farsa, tiene vuestro Dios calva y gafas. Mi Dios no es tan flaco. Mi Dios es huracán, el tuyo viento; el mío es inflexible, el tuyo necio; el mío lo ama todo, el tuyo es seco. El mío es joven y fuerte, es un vengador, no un viejo débil, un intrigante cobarde. Su voz es como un bramido de tempestad; fue la que oyó entre llamas Moisés en las alturas de Horeb; es un gigante de arriba abajo. El sol se paró por su orden. ¡Oh, si el mundo no fuera tan cobarde como tú, haría todavía milagros sin cuento!

EINAR.—*(Sonriendo incrédulamente.)* ¿Y es verdad que va a cambiarse?

BRAND.—Por quien soy que acabaré con este escándalo, con esta farsa, con este camino extraviado.

EINAR.—*(Sacudiendo la cabeza.)* No apagues la tea, a pesar de que echa humo, hasta que estén encendidas las velas. Guárdate de desterrar una máxima hasta que no sepas si la nueva servirá o no.

BRAND.—Yo no busco lo nuevo por lo nuevo. Para mí solo lo eterno tiene valor. No puedo honrar sumiso los mandatos y doctrinas de la Iglesia. Han nacido en el tiempo, y es, por tanto, posible que perezcan en el tiempo. Todo lo creado está consagrado a la muerte. Lo que no es roído por polillas y gusanos, debe apartarse según una norma inmutable para dejar sitio a formas más nuevas. Pero hay una cosa eterna e incalculable: el espíritu libre, increado, que trae nueva vida; que aunque parezca perdido, echó raíces en los pueblos, y, poderoso por la fuerza de su fe, sacó a los hombres de la holganza tranquila para levantarlos al cielo. Preguntad a vuestros tenderos, a vuestros boticarios, cómo se burlan del espíritu. Y, sin embargo, de estas almas anquilosadas, de estos hombres sin espíritu, de estas cabezas, de estas manos, saldrá un día un todo a plenitud la obra de Dios. Un hombre henchido de medula, el nuevo Adán, juvenil y fuerte.

EINAR.—*(Interrumpiendo.)* Adiós. Me parece que lo mejor será que nos separemos aquí.

BRAND.—Hay dos caminos que conducen al *fjord* en el mismo tiempo. Id hacia el oeste; yo iré hacia el norte. ¡Adiós!

EINAR.—¡Adiós!

BRAND.—*(Volviéndose.)* ¡Una cosa todavía! ¡Separa de tu camino la cruz y el perfume! La vida, amigo, es un arte.

EINAR.—*(Con un gesto de denegación.)* Renueva el mundo si quieres. Yo permanezco fiel a mi Dios.

BRAND.—Píntalo apoyado en unas muletas. Yo voy a meterlo en su sepultura. *(Se va por el sendero abajo.)*

*(Einar le ve marcharse en silencio.)*

AGNES.—*(Está un momento como enajenada; luego se estremece de pronto, y mira intranquila a su alrededor.)* ¿Se ha puesto ya el sol?

EINAR.—No; es que una nubecilla lo ocultó un momento.

AGNES.—Sopla un viento tan fresco…

EINAR.—Es que aquí, por la abertura estrecha, la corriente es más fuerte. Ahora comenzaremos a bajar.

AGNES.—Cada vez es más triste el paisaje. Y hacia el sur también está sombrío.

EINAR.—Antes, mientras jugábamos, no lo veías, hasta que el loco ese vino. Pero que vaya, si quiere, su camino. Nosotros empezaremos de nuevo.

AGNES.—¡Oh, no; ahora no!… Estoy tan cansada…

EINAR.—Hablando sinceramente, yo lo estoy también; y luego, esta cuesta que bajamos es tan empinada… En el alto era mejor. Pero cuando estemos abajo, en el *fjord*, bailaremos de nuevo, y para molestarlo bailaremos diez veces con más alegría que aquí en la meseta sombría… Pero mira allá a lo lejos radiante el mundo azul sobre el que la luz cae temblorosa. Tan pronto se riza, tan pronto irradia hacia nosotros en irisaciones de oro y ámbar. Es el mar, grande y libre, que se extiende hasta el horizonte. ¿Y ves cómo se eleva una columna de humo y flota sombría sobre las aguas? ¿No ves un punto negro que se mueve? Es el vapor, nuestro barco, el que ha de llevarnos a las costas lejanas. A la tarde partirá mar adentro llevándonos a bordo. La niebla cede, ríe el sol. ¿Pero no ves la maravilla lejana?

AGNES.—*(Mira como transportada a la lejanía.)* Sí, sí que la veo. ¿Pero te fijaste…?

EINAR.—¿En qué?

AGNES.—*(Sin mirarle, con voz contenida.)* ¿En cómo crecía al hablar?

*(Va por la cuesta abajo; Einar la sigue.)*

*(Un sendero por entre las rocas, con un precipicio a la derecha; más atrás, montañas y picos nevados.)*

BRAND.—*(Viene de arriba, se para en una roca saliente y mira hacia abajo.)* ¡Todo me parece conocido! Las cabañas de pescadores de la playa, los montes, cañadas, los árboles y la vieja iglesia parda. En las orillas del río, los chopos de antaño… Todo revive con frescura de juventud. Pero todo me parece más pequeño y más lleno de musgo. Las rocas sobresalen más

aún con las frentes cubiertas de nieve, las montañas me empequeñecen el cielo azul. Todo se encorva, todo ensombrece, amenaza todo, todo se lleva la aurora de la esperanza. *(Se sienta y mira a lo lejos.)* ¡Allí está el *fjord*! ¿Es que ha sido siempre estrecho, turbio, opresor? Llueve, y allá lejos brillan las velas de un yate… Hacia el sur, protegidos por el muro de rocas, se ve la casa del pescador, el granero, el desembarcadero, la casa roja con el tejado de césped… ¿He de volver a verte así, patria mía? ¡Oh, me acomete el horror cuando pienso en mi infancia! ¡Entre las rocas áridas erraba solitaria un alma de niño! Y sobre mi frente pesa el recuerdo de la parentela que siempre tenía la oración de los labios y la mirada fija en lo terrenal. Mis alas me pesan como plomo, y cuanto grande antes me encantaba, lo veo ahora como velado. Mi valor y mis fuerzas están paralizados; me siento desmayado y sin alas. Al sentir el ambiente de mi patria me veo perdido, como un esclavo, domado, con los cabellos cortados, un Sansón en el regazo de Dalila. *(Vuelve a mirar hacia abajo.)* ¡Qué prisa, qué remolino corre allí a lo largo de la playa! Por el laberinto de rocas pasan, como poseídos de un impulso ardiente, padre y madre, viejo y niño, tan pronto de dos a dos o de tres en tres, tan pronto reunidos o en fila, y van hasta la iglesia, donde se detienen. *(Se levanta.)* ¡Oh, os conozco demasiado! ¡Almas flojas, valor desmayado! Vuestros padrenuestros no pueden llegar al cielo, porque no tenéis ímpetu de voluntad, esfuerzo para la lucha y la pelea. Solo el grito de la cuarta palabra se oye en el país como solución. Todos los corazones están secos, sin remordimiento ni pesadumbres, restos de una antigua fe esperando el último día. ¡Fuera de este barranco estrecho, donde huele a podredumbre! ¡Adelante, a buscar tierras en que las banderas flameen al viento! *(Quiere irse; desde arriba tiran una piedra que pasa muy cerca de él. Gritando hacia arriba.)* ¿Quién va? ¿Quién arrojó la piedra?

GERD.—*(Una muchacha de quince años, con el delantal lleno de piedras, corre por la cresta de la montaña.)* ¡Gritó! ¡Acerté, acerté!

BRAND.—¡Oye, hija mía, deja ese juego!

GERD.—¡Allí está sentado solo para que nadie le estorbe! Sobre un tronco cortado. *(Siguen tirando piedras.)* ¡Qué miradas furiosas echa! ¡Socorro! ¡Horror! ¡Y da espolazos con sus garras!

BRAND.—¡Por Dios, que…!

GERD.—¿Quién eres?… ¡Estate quieto! ¡Estate quieto! ¡Déjale tranquilo!

BRAND.—¿A quién?

GERD.—¿No viste al halcón?

BRAND.—¿Aquí? ¡No!

GERD.—El pájaro grande y feo, con plumaje rojo, que da horror el mirarle. ¡Con los ojos brillantes, lleno de furia!

BRAND.—¿Adónde vas?

GERD.—A la iglesia.

BRAND.—Bien; entonces, vayamos juntos.

GERD.—¿Yo contigo? Yo voy allá arriba.

BRAND.—*(Señalando hacia abajo.)* ¡Pero si la iglesia está abajo!

GERD.—*(Riendo burlonamente y señalando hacia abajo.)* ¿Allí?…

BRAND.—¡Claro que sí! Ven conmigo.

GERD.—No; esa iglesia es fea.

BRAND.—¿Fea? ¿Por qué?

GERD.—Es demasiado chica.

BRAND.—¿Has visto alguna vez otra mayor?

GERD.—No tienes más que venir conmigo, si quieres. Ya se encontrará. ¡Adiós! *(Se va hacia arriba.)*

BRAND.—El camino que tomas para ir a la iglesia te lleva a un laberinto de las rocas.

GERD.—Ven conmigo, y ten por seguro que podrás ver allá arriba una iglesia hecha de hielo y nieve.

BRAND.—¿De hielo y nieve?… Ahora recuerdo… Desde las rocas altas de la montaña, así lo creía yo cuando era niño…, se hunde un abismo en el valle. Las gentes lo llaman la iglesia de hielo y corren varias fábulas sobre él. Se levanta sobre un lago de hielo, en donde de extremo a extremo cuelgan los puentes de témpanos. Allá arriba están las nieves perpetuas.

GERD.—El simple cree que son rocas, pero es un templo claro.

BRAND.—¡No vayas! Ya ha ocurrido a menudo que la cubierta hueca de hielo se rompiese con estrépito. Basta un grito, un tiro…

GERD.—*(Sin escucharle.)* Ven conmigo. Allí hay una manada de renos que la nieve enterró el año pasado. Ahora, el aire de primavera la descubrirá.

BRAND.—¡No vayas! ¡Es un engaño maligno!

GERD.—*(Señalando hacia abajo.)* No; tu iglesia no es buena.

BRAND.—¡Que Dios te asista!

GERD.—¡Ven conmigo! Allí te predican a cada momento los desplomes de hielo y los saltos de agua; el viento silba en los huecos de los ventisqueros; a pesar del frío sentirás calor. El halcón vuela por el vestíbulo sagrado, se posa sobre la cresta del ventisquero como una veleta sobre la torre.

BRAND.—Tu camino es extraviado; tu sentimiento, desacorde como el de una cuerda rota. Del mal puede salir aún el bien; un espíritu roto no puede pegarse.

GERD.—Ahí viene rabioso, estira las garras el monstruo, y me amenaza. Tengo que irme a casa; el atrio sagrado del templo es un refugio seguro. *(Gritando.)* ¡No te acerques a mí! ¡Estate quieto! ¡No me amenaces con tus garras, que tengo una piedra! *(Echa a correr por la montaña.)*

BRAND.—*(Tras una pausa.)* ¡Aquí está otra del gremio! ¡Otra visitadora castiza de la iglesia! ¿Quién está más lejos de la razón, quién está más extraviado y suspira más medroso? ¿La *Frivolidad*, que coronada de hojas la frente baila al borde del abismo? ¿La *Sensatez*, que se refugia tras la tradición y tras lo que era antes? ¿La *Locura*, tan desconcertada que considera lo malo como bueno?… Bien. ¡Adelante, a luchar con ímpetu contra esta trinidad hasta aniquilarla! Yo conozco el objeto de mi vida, lo veo brillar como resplandor de sol por las resquebrajaduras del muro. Lo siento; que solo cuando esos tres demonios hayan dejado de existir, será libre la Humanidad. El día en que esos tres monstruos descansen en la tumba, se librará el mundo de su miseria. ¡Ármate, pues, alma; desenvaina la espada! ¡Es un fin digno de la lucha! *(Se va hacia abajo.)*

# ACTO SEGUNDO

*Abajo en el fjord. Alrededor acantilados tajados a pico. La vieja iglesia ruinosa se ve sobre una colina en las cercanías. Hay tormenta. El pueblo, hombres, mujeres y niños, está reunido en grupos; parte en la playa y parte en la colina. El alcalde está sentado en el centro sobre una piedra; un escribiente le ayuda a distribuir trigo y comestibles. Einar y Agnes están en uno de los grupos de más atrás. En la playa hay dos botes. Brand baja por la montaña sin ser notado.*

UN HOMBRE.—*(Abriéndose paso.)* ¡Dejadme pasar!

UNA MUJER.—¡Yo estoy primero!

EL HOMBRE.—*(Echándola a un lado.)* ¡Qué vas a estar! *(Acercándose al alcalde.)* ¡Pon algo en mi saco!

EL ALCALDE.—¡Un poco de paciencia!

EL HOMBRE.—Tengo que irme a casa. En casa tengo cuatro personas…, puede que cinco…, que tienen hambre… y están enfermos.

EL ALCALDE.—*(Burlonamente.)* ¿Cuatro o cinco? Tienes ganas de bromas.

EL HOMBRE.—Cuando salí de casa, uno estaba al morir.

EL ALCALDE.—Espera. ¿Sabes si estás en el libro? *(Hojeándolo.)* Vaya, sí; por suerte, estás. *(Al escribiente.)* Bien; dale su parte al número 29. Paciencia, amigos; ya veis que busco… ¿Nils Sneemyr…?

UN HOMBRE.—¡Aquí está!

EL ALCALDE.—Hoy no te daré más que dos terceras partes de lo del otro día; ahora ya no sois más que tres.

EL HOMBRE.—Sí, es verdad; mi mujer se murió ayer.

EL ALCALDE.—*(Apuntando.)* Uno de menos. *(Al hombre, que se va.)* Y ahora, a pesar del calor, no lo tomes con calor para buscarte otra mujer.

EL ESCRIBIENTE.—¡Je, je!

EL ALCALDE.—*(Severamente.)* Señor escribiente, ¿a qué esa risa?

EL ESCRIBIENTE.—Porque… porque… el señor alcalde es tan gracioso…

EL ALCALDE.—Estas cosas no son para reírse. Muchas veces las bromas encubren las lágrimas.

EINAR.—*(Saliendo con Agnes de entre la muchedumbre.)* Mi cartera y mi bolsa están vacías; he buscado en vano en todos los rincones. Ahora me voy a bordo, pero aquí quedan como prenda mi reloj y mi bastón.

EL ALCALDE.—Venid en buena hora vosotros. Lo que yo he reunido es demasiado poco; apenas si basta para apagar el hambre cuando una mano pobre, una boca a medio saciar tiene aún que repartir con los más pobres. *(Ve a Brand y señala hacia él.)* ¡Ahí viene otro! ¡Gracias sean dadas a Dios! ¿Habéis oído hablar de nuestra miseria, de hambre, calamidades, sequía? ¡Abrid, pues, la bolsa, que Dios os lo recompensará! Admitimos donativos de toda especie; nuestras provisiones están a punto de terminar. Hoy día no se puede alimentar con cinco peces a una muchedumbre.

BRAND.—Aunque repartieseis diez mil, se irían hambrientos.

EL ALCALDE.—¡Oh, guárdate los buenos consejos! Las palabras son piedras para los que tienen hambre.

EINAR.—No sabes el tiempo que hace que este pobre pueblo, sumiso, lucha contra la suerte. No sabes el daño que han hecho en estos valles malas cosechas, pestes y calamidades de todo género. Huele a cadáver…

BRAND.—Ya sé que se ha celebrado aquí un juicio terrible. Lo leo en las profundas arrugas que surcan los rostros y en el anillo azul alrededor de los ojos.

EL ALCALDE.—¿Y a pesar de eso no os ablandáis?

BRAND.—*(Avanzando hacia la multitud y hablando con energía.)* Cuando la vida marchaba lenta y cansada, en ritmo pausado, sin más necesidades que las diarias, dolíame oír gritar pidiendo pan. Pues quien se arrastra constantemente, fácilmente es vencido por la bestia que alienta en él. Cuando los días se deslizan monótonos, lentos y pesados como en cortejo fúnebre, es fácil que se ocurra el pensamiento estremecedor de que Dios nos borró de su libro. Pero Dios fue con vosotros como con ninguno, inyectó el miedo en vuestras venas, y al heriros con muerte y miseria, despertó vuestro valor aterrándoos.

VARIAS VOCES.—*(Interrumpiéndole amenazadoras.)* ¡Todavía se burla de nuestra desgracia!

EL ALCALDE.—¡Nos injuria a los que hemos repartido pan!

BRAND.—*(Sacudiendo la cabeza.)* ¡Oh, con qué gusto os diera la sangre de mi corazón si pudiera levantaros a Dios! Correría para vuestra enseñanza hasta que todas las venas se hubiesen secado. Pero ayudar en este caso no sería vida, sino muerte. Dios quiere sacaros del fango… Un pueblo noble, por pequeño que sea, extrae jugo vital de la desgracia y el dolor; la mirada apagada se aguza como la de un halcón cuando no se posa sobre los menesteres bajos. La voluntad desmayada empuña la espada y marcha a la lucha segura de la victoria. Un pueblo en el que la desgracia no centuplica la fuerza de acción, no es digno de la libertad.

UNA MUJER.—Una marejada se levanta en el *fjord*, provocada por tus palabras atrevidas.

OTRA.—En verdad que eso es desafiar a Dios.

BRAND.—¡Oh, vuestro Dios se quedará en casa!

LAS MUJERES.—¡La tempestad! ¡Ved!

VOCES DE ENTRE LA MUCHEDUMBRE.—¿Qué es eso? ¿Quiere mejorarnos? ¡Fuera con él a pedradas y con cuchillos! *(El pueblo se agolpa amenazador alrededor de Brand. El alcalde se interpone. Una mujer se precipita por la montaña abajo con el aire descompuesto y los vestidos destrozados.)*

LA MUJER.—*(Grita ya desde lejos.)* ¡Socorro en nombre de Cristo! ¡Tened compasión de mí!

EL ALCALDE.—¡Di qué quieres! ¿Qué es lo que necesitas?

LA MUJER.—¡No es hambre, no!… ¡No necesito nada!… ¡Oh, es espantoso!… ¡Oh, horror terrible, infinito!

EL ALCALDE.—¿Qué te pasa? ¡Habla!

LA MUJER.—¡No puede decirse! ¿No hay aquí un párroco? ¡Dime eso!

EL ALCALDE.—¡Aquí no hay párroco!

LA MUJER.—¡Oh, Señor, estoy perdida!… ¡Fuiste cruel conmigo, Dios, echándome a este mundo!

BRAND.—*(Acercándose.)* ¡Quizás pudiera encontrarse alguno!

LA MUJER.—*(Cogiendo su brazo.)* ¡Oh, haz que venga!… ¡Envía!… ¡Manda!…

BRAND.—¡Di cuál es tu desgracia!… ¡Habla!

LA MUJER.—Vivimos al otro lado del *fjord*…

BRAND.—Bien; ¿y…?

LA MUJER.—Mi marido… Tres niños hambrientos… La casa vacía… ¡Oh, que no se me condene!… ¡No, no puedo decirlo!

BRAND.—¿Qué hizo?

LA MUJER.—Mi pecho estaba seco… No había Dios ni hombre que trajesen socorro; el niño pequeño luchaba dolorosamente con la muerte…, se le oprimió el corazón…, rió como un loco, sacó el cuchillo…, ¡se lo clavó!

BRAND.—¡Se lo clavó!

EL PUEBLO.—*(Horrorizado.)* ¡A su hijo!

LA MUJER.—Entonces despertó su razón…, vio un abismo ante sí. Nada puede impedir la desesperación del arrepentimiento; él mismo puso mano sobre sí… ¡Oh, ven, sálvale, ten compasión de mí! Allí está, inclinado sobre el niño, luchando entre la muerte y la vida.

EINAR.—*(Pálido.)* ¡Espantoso!

BRAND.—*(En voz baja.)* Sí, este es un dolor.

EL ALCALDE.—Gracias que no es en mi distrito.

BRAND.—¡Desamarrad pronto un bote y pasadme al otro lado!

EL HOMBRE.—¿Con este tiempo? Hazlo tú mismo, hombre.

EL ALCALDE.—Puedes ir por tierra rodeando el *fjord*.

LA MUJER.—Por ese camino vine yo. Pero ya no es posible porque la corriente ha arrastrado el puente.

BRAND.—¡Soltad el bote!

UN HOMBRE.—¡Es imposible, hombre! El *fjord* está demasiado alborotado.

OTRO.—¡Viene el huracán de la montaña! ¡Sería una lucha enorme! ¡El *fjord* está rabioso!

UN TERCERO.—Con un temporal semejante, con una furia así, la mejor salvación es un rezo.

BRAND.—El alma del pecador no espera a que la tormenta haya aplacado su furor. *(Salta a uno de los botes y suelta la vela.)* ¿Arriesgáis el bote?

EL DUEÑO.—¡Tenéis un modo de preguntar!…

BRAND.—¡Que venga quien no tema por su vida!

UN HOMBRE.—Yo no voy.

OTRO.—¡Esas son cosas sin sentido!

VARIOS.—¡Echarse así a la muerte!

BRAND.—Si *vuestro* Dios no socorrerá a nadie; pero, sabedlo, el *mío* va a bordo.

LA MUJER.—*(Retorciéndose las manos.)* ¡Muere condenado!

BRAND.—Yo dirigiré el barco desde el timón. Pero es necesario que alguien se encargue de la vela.

VARIOS.—*(Retrocediendo.)* Nadie se atreverá.

UNO.—*(Amenazando.)* ¡Sal del bote! ¡Injurias a Dios con hacer lo que haces!

VARIAS VOCES.—¡El temporal crece!

OTRAS.—Se rompe la soga.

BRAND.—*(Se sostiene apoyado en él y llama a la mujer.)* Bien; ¡ven tú entonces! ¡Pero pronto!

LA MUJER.—*(Retrocediendo.)* ¡Yo!… ¡Cuando nadie…!

BRAND.—¡Están ciegos!

LA MUJER.—¡No puedo!

BRAND.—¿No puedes?

LA MUJER.—¡Piensa en los pequeños!…

BRAND.—*(Riendo.)* Edificáis sobre arena.

AGNES.—*(Se vuelve a Einar con las mejillas encendidas y pone su mano sobre su brazo.)* ¿Oyes lo que dice?

EINAR.—Me inclino ante su fortaleza.

AGNES.—¡Dios te bendiga!… ¡A la obra, pues! *(A Brand.)* ¡Aquí hay uno gozoso de poder acompañarte por el sendero de salvación!

BRAND.—¡Que venga!

EINAR.—¿Yo?

AGNES.—¡Yo te dejo!… Es un sacrificio que hago gustosa.

EINAR.—Antes de que tú me dieras tu amor habría sacrificado mi vida… Me hubiera sentado gustoso con él al timón…

AGNES.—¿Pero ahora…?

EINAR.—La vida se me ha hecho más cara; ahora no puedo.

AGNES.—*(Dando un paso atrás.)* ¡Retrocedes!

EINAR.—¡No debo hacerlo!

AGNES.—*(Con un grito.)* ¡Oh, este momento decide tu destino y el mío!… ¡Un mar nos separa a nosotros dos! *(A Brand.)* ¡Voy contigo!

BRAND.—¡Pues apresúrate!

EINAR.—*(Quiere cogerla desesperado.)* ¡Agnes!

LA MUCHEDUMBRE.—¡Alto!… ¡Corre a su perdición!… ¡No la dejes!

BRAND.—¿Dónde está la casa?

LA MUJER.—*(Señalando hacia el fjord.)* ¡En la punta aquella, en la primera montaña!… *(El bote se entra en la mar.)*

EINAR.—*(Suplicante.)* ¡Oh, volved el barco, yo os lo suplico! ¡Piensa en los tuyos, en tu madre!

AGNES.—Vamos *tres* a bordo. *(El bote boga mar adentro. El pueblo se agolpa en la orilla y lo sigue con atención angustiosa.)*

UN HOMBRE.—¡Va derechamente a la punta!

OTRO.—¡Ya veo!

EL OTRO.—¡Una racha de viento! ¡Oh, la ha cogido bien!

EL ALCALDE.—¡Ay, ay! ¡Le ha llevado el sombrero!

UNA MUJER.—Su cabello mojado flota al viento como un ala de cuervo.

EL PRIMER HOMBRE.—El mar está furioso.

EINAR.—¡Oíd ese sonido estridente que penetra, terrible, por entre el huracán!

UNA MUJER.—Viene de arriba, de la montaña.

OTRA.—*(Señalando hacia arriba.)* Es la Gerd que se ríe y grita de ver el bote.

LA PRIMERA.—Toca un cuerno de pastor y arroja piedras montaña abajo.

LA OTRA.—Ahora plega el cuerno y sopla en la mano hueca.

UN HOMBRE.—Sí, grita cuanto quieras; el poder del hombre no es pequeño.

OTRO.—Llevándole a bordo, aunque el temporal fuese más recio no tendría miedo al mar.

EL PRIMER HOMBRE.—*(A Einar.)* ¿Qué es?

EINAR.—Sacerdote.

EL SEGUNDO.—Es un hombre entero y un cristiano. Tiene el consuelo de la palabra y el de la acción.

EL PRIMERO.—¡Ese sería un buen párroco para nosotros!

MUCHAS VOCES.—¡Ese sería un buen párroco para nosotros! *(El pueblo se disemina por las colinas.)*

EL ALCALDE.—*(Recoge papeles y libros.)* Siempre he condenado, porque me parecía contrario a las formas, el introducirse en la esfera de otro e intervenir en ella, a no haber un motivo que absolutamente fuerce. Yo cumplo también sin duda alguna con mi deber, pero no fuera de mi distrito. *(Se va.)*

*Ante la cabaña de enfrente. Mediodía. El fjord está radiante y en calma. Agnes está sentada abajo en la playa. Poco después se abre la puerta de la cabaña y sale Brand.*

BRAND.—¡Oh, qué agonía! ¡La muerte le libertó del espanto, del dolor y del remordimiento! Y ahora yace tranquilo como un barco despedazado y sus facciones expresan la calma… ¿Puede una mentira, por piadosa que sea, trocar la noche en día claro?… Pero en el pecado último, en la muerte de su propio hijo, solo la corteza era consciente, solo aquello a que la boca puede dar un nombre, lo que con las manos puede asirse… Y los otros dos niños que se agazapaban en el rincón de la chimenea mirando en derredor de sí como dos pájaros asustados… Allí estaban sentados con los ojos inmóviles, amedrentados y silenciosos, prontos a llorar. En su alma cayó una mancha que jamás podrán borrar. La corriente de su vida arranca de los recuerdos más atormentadores, y la carrera de estos dos niños que comienzan a vivir aparece iluminada por una luz sombría. ¡Y quizás se prolongue así la cadena de eslabón en eslabón, en pecado y vicios! Porque, ¡quién puede penetrar el misterio!… ¡Descienden de un padre tal!… ¿Qué pecado se purga aquí? ¿Dónde ha de empezar la compasión? ¿Qué es lo heredado y qué lo de propia responsabilidad? ¿Qué inclinaciones habrá que desterrar? ¿Dónde están el abogado y el juez y los testigos que decidan de lo que a cada uno corres-

ponde, de hasta qué punto es delincuente cada cual?… ¿Se acepta sin más la respuesta que dice: Es heredado?… ¡Quién se atreverá a resolver estos enigmas, ante cuya profundidad se sienten vértigos!… ¡Y la multitud baila al borde del abismo sin conciencia del peligro! ¡Debían llorar y temblar! Pero no hay alma ninguna que se dé cuenta de la montaña de culpas que amontona por el solo hecho de vivir.

UN HOMBRE.—Nos encontramos por segunda vez.

BRAND.—Está libre de dolor.

EL HOMBRE.—Ya no necesita de nosotros, pero en la cabaña quedan tres personas.

BRAND.—¿Y bien…?

EL HOMBRE.—Para remediar la miseria de los niños les traemos este pedazo de pan.

BRAND.—Si lo das todo, pero no tu vida, sábete que no has dado nada.

EL HOMBRE.—Si quien está ahora rígido y muerto se hallase en peligro de muerte en su bote y le oyese pedir socorro, arriesgaría mi vida por salvarle.

BRAND.—¿No pueden estar también las almas en peligro?

EL HOMBRE.—Nosotros somos míseros gusanos de tierra.

BRAND.—Pues entonces, apartad vuestros ojos de la luz del cielo y volvedlos a la tierra. No miréis, uncidos a vuestro yugo, con un ojo hacia el cielo y con otro hacia el polvo; mirad siempre a la tierra.

EL HOMBRE.—Uncidos al yugo… ¡Eso es lo triste!… ¿No ha de haber redención?

BRAND.—¡Probadlo!

EL HOMBRE.—Si tú traes la libertad…

BRAND.—¿Quién? ¿Yo?

EL HOMBRE.—Ha habido ya muchos que lo han intentado, que han señalado el camino y huido después… Ellos lo mostraban, pero tú lo anduviste.

BRAND.—¿Crees…?

EL HOMBRE.—La *palabra* es como una senda en el mar; la huella de la *acción* es más profunda. Estamos aquí en nombre de la parroquia… Eres un hombre, y por eso hemos venido a ti.

BRAND.—*(Inquieto.)* ¿Queréis…?

EL HOMBRE.—Sí; nuestro pastor.

BRAND.—¿Yo? ¿Aquí?

EL HOMBRE.—El pueblo, largo tiempo sin guía, anda extraviado.

BRAND.—Es verdad; ahora lo veo.

EL HOMBRE.—Sin duda que nosotros somos débiles. Antes, todavía iban tal cual las cosas; pero somos pequeños. Vino la mala cosecha, se heló el trigo, la peste se cebó en hombres y animales, la pobreza paralizó nuestros brazos, en casa no había ni semilla ni pan, el hambre se hacía sentir hasta en el espíritu; entonces echamos de menos al párroco.

BRAND.—Pide lo que quieras, pero eso no; yo tengo un deber más grande que cumplir. Cuando corren miles de fuentes de vida, cuando tantos aguardan la palabra salvadora, ¿qué voy a hacer aquí, donde el muro de roca impide que la palabra y el discurso fluyan libremente?

EL HOMBRE.—El muro de roca devolverá con doble fuerza el eco de una palabra potente.

BRAND.—El que se oculta en la oscuridad, ¿podrá vivir en la luz azul? Quien rotura la comarca árida, lejana, ¿podrá arar el campo próximo? ¿Quién espera a coger el fruto desde la semilla cuando las ramas están cargadas? Quien se afana en los deberes cotidianos, ¿podrá levantar al cielo la mirada?

EL HOMBRE.—*(Moviendo la cabeza.)* Comprendí tu acción…, no tu palabra.

BRAND.—No me importunes más. ¡A bordo! *(Quiere irse.)*

EL HOMBRE.—*(Cortándole el paso.)* ¿Amas verdaderamente la misión en que vives, el alto fin a que aspiras?

BRAND.—¡Lo amo como a mi vida!

EL HOMBRE.—*(Recalcando las palabras.)* Aunque lo des todo, sábete que como no des tu vida no has dado nada.

BRAND.—Pero hay una cosa que jamás puede darse. A ti mismo, tu yo, el templo sagrado. No puedes atar, ni encauzar, ni contener la corriente de su vida. Espumeante, se precipita raudo hasta que apaga sus ansias en el mar.

EL HOMBRE.—Así se perderá en marismas y estanques, y en cambio, como arroyo, encauzado llegaría al mar.

BRAND.—*(Mirándole con asombro.)* ¿Quién dio tal discurso en tu lengua?

EL HOMBRE.—Tú mismo, en el momento grande en que a pesar de la tormenta y de la furia del mar, te lanzaste atrevido a la corriente; para llevar socorro a un pecador, expusiste tu vida sobre una tabla. Esa acción hizo que muchas almas sintiesen tan pronto un soplo frío, tan pronto un resplandor de sol; era como un repique de campanas claras. *(Bajando el tono.)* Pero mañana habrá pasado la embriaguez, y quitaremos la bandera que gozosos habíamos arriado.

BRAND.—Donde falta la fuerza, falta la vocación. *(Con dureza.)* ¡Si no sois aquello para que Dios os creó, seguid en paz vuestro camino, someteos al polvo por completo!

EL HOMBRE.—*(Contempla un rato a Brand, y dice.)* ¡Ay de ti; se apagó la chispa de luz que habías encendido! ¡Ay de nosotros! Veíamos, y ahora ha vuelto la oscuridad. *(El hombre se va; los demás le siguen silenciosos.)*

BRAND.—*(Les sigue largo rato con la vista.)* Silenciosos, uno tras otro retornan lentamente a casa. Van sombríos y turbados, y marchan tentando el suelo con los pies, como si un ángel les hubiera expulsado del Paraíso. Yo he querido hacer hombres nuevos y completos, a semejanza de Dios, y no seres desconcertados… ¿Qué voy a hacer en este desierto de hombres, con esas almas flojas y desmayadas? ¡Fuera de aquí al amplio mundo! ¡Fuera! ¡Aquí no hay espacio para luchar! *(Va a irse, pero se detiene al ver a Agnes en la playa.)* Allí está sentada, tranquila; como una niña. ¿Escucha acaso un canto lejano? Así estaba también en el banco cuando el bote luchaba con la tormenta. Contemplaba escuchando la espuma que se mezclaba a la tormenta. Solo de cuando en cuando se limpiaba el agua salada del mar que hume-

decía sus cabellos… Cambiaba el oído con el ojo… No era el oído, era el ojo el que escuchaba. *(Se acerca a ella.)* ¿Te cautiva el *fjord*, sus orillas?…

AGNES.—No es el *fjord*, ni sus orillas, lo que me preocupa. Veo un paisaje más grande, con una bóveda como el arco de unas cejas. Veo un mar en el que desembocan corrientes poderosas, y donde el sol brilla a través de la niebla; veo resplandecer luces rojas, nieblas que se ciñen alrededor de las montañas. Veo palmeras que el viento hace susurrar, y cuyas sombras se prolongan en la lejanía. No se ve ser viviente alguno. Este mundo es como un rumor confuso, como una pasta que hay que amasar todavía. Y oigo un coro de voces que son medio canto y medio rezo. Venzas o no, atrévete a penetrar en la luz, para vivificar ese mundo.

BRAND.—*(Transportado.)* Habla. ¿Qué más ves?

AGNES.—*(Poniendo una mano sobre su pecho.)* Aquí dentro siento que fluyen corrientes poderosas; las siento cómo se encrespan, cómo se precipitan; veo luz clara de aurora; el mundo se expande hacia todos lados; siento que mi corazón se ensancha, y voces que cantan: ¡Tienes que dominar *este* mundo! Y susurrándome, anhelantes, vivientes, vienen pensamientos largamente aguardados, hechos gozosos, que dan vida a mundos nuevos. Y le presiento más que le veo allá arriba, en el azul, a él; siento que mira hacia abajo, que me oprime contra su corazón, claro y dulce como una aurora y al mismo tiempo entristecido mortalmente. Y oigo voces que cantan: ¡Mueras o vivas, venzas o perezcas, osa penetrar en la luz!

BRAND.—Sí, en nuestro interior; ese es el campo de batalla. Quien lucha en él, ese vencerá. El propio corazón, ese es el mundo que está frente a nosotros; en él ha de perecer el egoísmo, en él ha de nacer el hombre nuevo… ¡Que el mundo siga su marcha sobre la escala podrida de la frivolidad! Pero si se pone como enemigo en mi camino, si no deja en paz a mi obra, entonces por el cielo comenzará la lucha. Yo no exijo más que una cosa como mía: espacio para ser yo mismo. Esta exigencia es fundada. Mi yo es inviolable. *(Reflexiona un momento, y dice.)* ¿Yo mismo plenamente? ¿Pero y lo heredado? ¿Y los pecados de la especie? *(Calla y mira a lo lejos.)* ¿Qué mujer es esa que viene allí arrastrándose? ¡Con qué prisa camina! Encorvada, torcida, con las mejillas como comidas del hielo. Apoyada en su bastón, se para a menudo para descansar; sus dedos flacos agarran con fuerza el bolsillo… ¿Lleva acaso un tesoro consigo?… Los miembros flacos están

surcados de arrugas. Esos ojos, esas manos parecen un halcón a quien se hubiera clavado como espantajo en el granero… *(Estremeciéndose súbitamente.)* ¡Qué terrible recuerdo!… ¡Mi cuerpo se hiela!… ¡Sopla un hálito frío del interior de un ventisquero que me envuelve la mujer en hielo!… ¿No es más que una pesadilla espantosa?… ¡Oh Dios! Toda duda cesa… ¡Esa mujer es mi madre!

LA MADRE DE BRAND.—*(Viene de la colina; a medio camino se para; se pasa la mano por los ojos y mira a su alrededor.)* Me dijeron que estaba aquí. *(Acercándose.)* ¡Que el diablo se lleve al sol!… ¡Me ciega completamente!… ¿Eres tú, hijo?

BRAND.—Sí.

LA MADRE DE BRAND.—*(Frotándose los ojos.)* La maldita luz del sol me picó en los ojos. No sabe una si es su hijo, si es un pastor o un labrador.

BRAND.—En casa no había sol desde la caída de la hoja hasta el canto del cuco… Siempre la tristeza del invierno.

LA MADRE DE BRAND.—*(Riéndose con fruición.)* Así está bien. Con el frío se endurece una como un témpano. Se hace una fuerte para cualquier empresa, se duerme y no se piensa en tonterías.

BRAND.—¡Adiós! Yo me marcho enseguida de aquí.

LA MADRE DE BRAND.—Tú anduviste siempre al galope. Ya cuando niño soñabas en marcharte lejos.

BRAND.—Y a ti te pareció bien que saliera de casa.

LA MADRE DE BRAND.—Depende del lado por donde se mire; pero el que te hicieras pastor me pareció bien. *(Acercándosele.)* Te hiciste grande. Pero atiende lo que te dice tu madre: ¡Ten cuidado con tu vida!

BRAND.—¿Y qué más?

LA MADRE DE BRAND.—¿Hay algo más alto que la vida?

BRAND.—Quería decir si ese era tu único consejo.

LA MADRE DE BRAND.—No puedo darte ningún otro. *(Colérica.)* ¡Claro, tú sigues siendo sordo como siempre! ¡Hoy oí con espanto hablar de tu acción, de tu temeridad! ¡Qué fácilmente podías haber sido presa del

mar! ¿Es que tu madre no es nada para ti? Tú eres mi hijo, eres mi carne y mi sangre. Tú eres el remate de la casa que yo levanté y que está firme y sólidamente construida. ¡Sé firme! ¡Sé fuerte! ¡Vive, que siempre es tiempo! ¡Guarda tu vida! ¡No cedas! Vivir es el deber del heredero… Y tú lo eres… Quiero decir…, cuando hayamos llegado a eso.

BRAND.—¿Conque sí? Por eso has venido a atraparme. ¿Traes bien llenos los bolsillos?

LA MADRE DE BRAND.—¿Estás loco, hijo? *(Retrocediendo.)* ¡No te acerques a mí! ¡Si no, me defenderé; te pegaré con mi bastón! *(Con más calma.)* ¿Qué quieres decir con eso? ¡Claro está!… Un día habrá de irse a la sepultura, más tarde o más temprano, «la vieja mujer». Entonces heredarás cuanto poseo; no necesitarás repartir con otros herederos. No traigo nada encima; todo está en casa medido y contado. No es mucho, pero quien lo herede no será un pobre… ¡No te me acerques! Te prometo no enterrar, no esconder nada, como ladrones o enanos en rendijas, ni en la bodega, ni debajo de una tabla. Y las promesas las cumplo siempre. Recibirás la herencia entera; a ti solo, hijo mío, te pertenece.

BRAND.—¿Y bajo qué condición?

LA MADRE DE BRAND.—¡Una sola! No derrocharás tu vida, no acabarás de una manera insensata. Conserva la casta de hijo a hijo; no demando otra cosa. Y guárdalo todo íntegro y cuida de que no se desperdicie. No importa que aumentes el patrimonio; lo importante es que evites que disminuya.

BRAND.—*(Tras una pausa corta.)* Una cosa se me hace al fin clara, madre. Yo te estorbaba ya cuando era niño. Yo no era hijo ni tú madre; aguardemos los dos al juicio.

LA MADRE DE BRAND.—Yo tampoco quiero fingir cariño. Sé como quieras; no necesito adulaciones. Sé duro y sombrío y frío como hielo; cada cual vive a su manera. ¡Pero guarda tu herencia! ¡No la dejes caer en manos extrañas!

BRAND.—*(Acercándose más a ella.)* ¿Y si precisamente yo gozase en ello y aventase a todos los vientos mi haber?

LA MADRE DE BRAND.—*(Retrocediendo vacilante.)* ¿Derrochar lo que en años de vida esclava me ha encorvado y ha hecho blanquear mis

cabellos?

BRAND.—*(Afirmando lentamente con la cabeza.)* ¿Y si yo lo hiciera?

LA MADRE DE BRAND.—Entonces, quedamos en paz; al aventar el caudal, aventarías con él mi alma.

BRAND.—¿Y si a pesar de eso yo lo hiciera? Si me acercase a la noche a tu lecho, donde tú yacieras en tu alcoba, al resplandor mate de las velas, con el libro de cánticos en las manos, como uno que se hubiera dormido rezando… Si para buscar lo escondido yo palpase, arañase, revolviese, cogiese la luz y solo terminase cuando ya no hubiera más que encontrar…

LA MADRE DE BRAND.—*(Aproximándosele ansiosa.)* ¡Qué idea!… ¿Qué ocurrió?…

BRAND.—¿Quieres que te cuente un cuento?

LA MADRE DE BRAND.—¡Sí!

BRAND.—Proviene de los años de mi infancia. Jamás mi espíritu se ha podido libertar de este recuerdo que tortura mi alma como una herida sin cicatrizar… Era una noche de otoño; el padre había muerto, tú estabas enferma. La curiosidad me empujó al lecho mortuorio y me deslicé adonde pálido yacía, a la luz de las bujías, con el libro de cánticos sobre el pecho; la planta viva allí estaba segada, tronchada. Me metí tímidamente en un rincón y comencé a contemplarle fijamente y siempre de nuevo. Todo era silencio; yo seguía sin apartar mi vista de él, y medio desvanecido por el olor de lienzos húmedos, me sentía atraído por su mano y la contemplaba sin pestañear. ¡Qué blanca, qué estrecha y qué fina era! En esto el aire trajo rumor de pasos. Entró una mujer. Yo estaba escondido en mi rincón, y estremecido vi cuanto hacía. Sin vacilar se fue al lecho; comenzó a buscar, echó a un lado la cabeza del muerto, revolvió, y sacó una pesada bolsa. Pero agitada y convulsa, siguió buscando. Revolvió en todas las almohadas y levantó y sacudió por todas partes el cuerpo muerto, hasta que al fin dio con un paquete fuertemente atado, con muchos nudos. ¡Con qué ansia desgarraban sus manos la envoltura! ¡Impaciente, como una hiena hambrienta, lo mordió con sus dientes! Volvió a rebuscar; revolvió acá y allá, e iba contando y murmuraba: «¡Más, más!» Lloraba, rezaba, se lamentaba, seguía ansiosa toda huella, y si encontraba algo, se precipitaba con furia sobre ello como una bestia sobre su presa… Al fin todos los rincones estaban vacíos. Se fue y caminó

vacilante hacia la puerta, como si se hubiese pronunciado la sentencia contra ella, y balbuceó al salir: «¡Cómo! ¿Nada más?»

LA MADRE DE BRAND.—Mi derecho era grande, pero pequeño mi hallazgo. La felicidad de mi vida estaba en juego.

BRAND.—Algo más grave estaba en juego: aquella noche perdiste el corazón de tu hijo.

LA MADRE DE BRAND.—¡Puede ser! Pero es uso en todas partes vender por dinero la voluntad y el corazón. Por una ganancia engañosa había dado toda la dicha de mi vida. Algo que ahora ya hace tiempo está en cenizas, que ya no se repetirá más; algo que pasa fugitivo por el alma, pero que la ilumina dulcemente; di lo que yo apenas conozco y que los hombres llaman *amor*. Todavía recuerdo lo penoso que fue, el combate rudo que libré. El padre aconsejaba: «Olvida a ese pobrecito; no veas la trenza delgada del otro. Ese es un hombre, ese irá lejos. ¡Te doblará tu dote!…» Le tomó; en vez de agradecimiento recogí injurias; en casa no había más que discusión y riña, y ni siquiera dobló el caudal. Luego yo he luchado fieramente, y lo he aumentado sin descanso.

BRAND.—Pero ahora, cerca del sepulcro, puedes verlo. A cambio diste tu alma.

LA MADRE DE BRAND.—Puede ser; por eso quise que mi hijo fuera sacerdote. En agradecimiento, a cambio de la herencia tendré tu bendición de sacerdote. Yo tengo el caudal, el poder del tesoro; tú tienes el consuelo, la fuerza de la palabra.

BRAND.—Eres muy avisada, pero te equivocas si me ves a esa luz. ¡Por todas partes la misma ternura paternal! Pensáis que el hijo no es más que el administrador del vestido que vosotros habéis llevado. Y si hay algún desgarrón, que pegue un remiendo. ¡Pero que conserve con honra los harapos! Habéis oído hablar alguna vez de una eternidad, y creéis que si unís la casta y la herencia, estáis seguros de ella. Creéis que la vida y la muerte se reconcilian con solo que el hilo de la casta se mantenga muchos años sin romperse.

LA MADRE DE BRAND.—¡Déjate de lo que yo piense! ¡Tú eres el heredero!

BRAND.—Bien; pero, ¿y las deudas?

LA MADRE DE BRAND.—¿Crees que yo soy capaz de eso? No debemos un céntimo a nadie.

BRAND.—Pero si las hubiera respondería con mi herencia por cada recibo. En la tumba de mi madre, cumpliendo mi deber de hijo, pagaría todas las deudas. Aunque al morir tú estuviese vacía la casa, el libro de deudas lo heredaría siempre.

LA MADRE DE BRAND.—¿Es eso ley?

BRAND.—Quien entiende de ellas sabe que no está escrito. Pero quien se siente libre de redes arguciosas, sigue otras leyes a las que hay que satisfacer. ¡Aprende a ver, oh deslumbrada! Año tras año has ido disminuyendo la prenda que se te había confiado. En imagen pura… ¡Oh Dios del cielo!…, la has deslumbrado y enmohecido, has matado lo eterno, has arrojado al polvo tu espíritu. ¡Esa es tu deuda! ¿Adónde huirás si un día Dios te pide cuentas de lo que te ha prestado?

LA MADRE DE BRAND.—*(Sombría.)* ¿Adónde? ¿Adónde?

BRAND.—¡Oh, no temas! Yo tomo tu deuda sobre mí cumpliendo mi deber de hijo. Yo limpiaré tu imagen de Dios deslustrada y atormentada por ti. Quiero que tengas tranquilidad en la muerte. Yo rescataré tu deuda…

LA MADRE DE BRAND.—¿Los pecados también?

BRAND.—Tu *deuda*, lo que tú en tranquilidad perezosa dejaste de hacer, destrozaste; por tus *pecados* respondes tú misma. La suma que un hombre dilapidó en su carrera terrenal de esclavo puede ser cancelada por otro… Pero esa dilapidación trae pecado, y contra eso no hay sino arrepentimiento… o muerte.

LA MADRE DE BRAND.—Este resplandor del sol obra en mí como veneno, y me atormenta; estoy toda desmayada y se me va la cabeza. Me voy a casa, que allí tengo sombra: el arroyo del ventisquero me refresca.

BRAND.—El muro de rocas te roba la vista del cielo. Yo estaré cerca de ti. Y si te sientes impulsada hacia la luz del cielo, hacia la reconciliación, no vaciles, y llámame.

LA MADRE DE BRAND.—¡Mi recompensa sería un castigo!

BRAND.—No. Con ternura de hijo, con dulzura de sacerdote, te llevaré consuelo y refrigerio. Cantaré a los pies de tu lecho y te cubriré con el escudo de la fe.

LA MADRE DE BRAND.—¿Me lo prometes seriamente?

BRAND.—En la hora del arrepentimiento estaré contigo. *(Acercándose a ella.)* Pero antes de terminar quiero advertírtelo. ¡Voluntariamente, antes de que llegue el último momento, despréndete de tu haber! ¡Entra desnuda en tu tumba!

LA MADRE DE BRAND.—*(Increpándole con ira salvaje.)* ¡Es como si quisieras separar la llama y el calor, la luz y la claridad! ¡Como si quisieras separar el hielo y el frío, el mar y la ola! ¡Pide otra cosa, hambre y sed! ¡Pero no pidas eso!

BRAND.—Si no renuncias gustosa, no se dulcificará la sentencia del Señor.

LA MADRE DE BRAND.—¡Llenaré de dinero el bastón de los sacrificios!

BRAND.—¡Oh!…

LA MADRE DE BRAND.—¿Por qué exiges hasta lo último? ¿No ha de ser bastante *mucho*?

BRAND.—Ese bastante no *hace* más que aumentar la pena. Es en vano que, como Hiobe, te sientes sobre la ceniza si no vacías tu bolsa.

LA MADRE DE BRAND.—¡Mi vida se va, la bienaventuranza! ¡Mi haber perdido en poco tiempo! ¡Me voy a casa a poner sobre mi corazón lo que todavía lleva mi nombre! Mi dinero, el hijo de mis dolores, mi bien; por él di la sangre de mi corazón. Me voy a casa a llorar. ¡Como una madre en el lecho del hijo enfermo! ¿Por qué pusiste mi alma en la carne? ¿Por qué el amor de la carne ha de traer la muerte? Quédate a mi lado, párroco; estate junto a mi almohada; tráeme el consuelo espiritual si he de mirar a los ojos al horror de la última hora. Y si tuviera que darlo todo…, no…, suponiendo que tuviera… echarlo de menos en vida… Mejor será aguardar hasta el fin. *(Se va.)*

BRAND.—*(Siguiéndola con la vista.)* Sí; tu hijo se quedará cerca de ti, aguardará a tu llamamiento, calentará tus flacas manos frías hasta que tu

alma haya partido. *(Yendo hacia Agnes.)* No son lo mismo la mañana y la tarde. La mañana fue rica en lucha: oía canciones de combate, quería blandir la espada de la cólera, matar todos los fantasmas de mentira y pesadilla, extirpar la cizaña del sembrado.

AGNES.—*(Se ha vuelto hacia él enajenada.)* ¡Oh!, la mañana era horrible: buscaba la mentira y el juego, pensaba entrar en la vida sin saber que la ganancia es perder.

BRAND.—Como cisnes venían a mí sueños fuertes y bellos, que me levantaban en sus amplias alas; mis ansias iban a la lejanía… Quería vencer todas las culpas, entrar sin descanso, triunfador, por los amplios espacios del mundo. Y en la oscuridad de la noche de mi vida, resplandecía la pompa de las procesiones, himnos, incienso, banderas de seda, copas doradas, cánticos de victorias. Pero esta no era obra divina; no era sino una poesía de rico colorido; no era más que un resplandor en el mar, de sombras del dolor… Y ahora me siento aquí, donde ya es oscuro cuando aún brilla claridad en el cielo, metido entre rocas y hielo, lejos del bullicio abigarrado del mundo, y no veo más que una línea de cielo… Pero estoy sobre el suelo de mi patria. Mi sueño ha terminado y domado mi corcel de alas veloces. No me aguarda en brillantes torneos la palma del vencedor ni en poesías magníficas de fiestas… Mi vida la consagraré por entero a la tarea cotidiana, a los deberes penosos ordinarios.

AGNES.—¿Y el Dios que iba a caer?

BRAND.—Caerá como quería. Pero caerá lentamente, con el tiempo, envuelto en una nube como invisible. Ahora lo veo claro; tengo que ayudar de otra manera al pueblo. La transformación de los hombres no se hace con acciones aparatosas. La fuerza no produce efecto allí donde las almas están heridas. No, en la voluntad consiste todo; quien le hace libre es quien consigue algo. Voluntad en todos y en uno; voluntad en lo grande y en lo pequeño. *(Contempla conmovido al paisaje, sobre el que ya comienzan a caer las sombras de la noche.)* Venid, pues, todos vosotros, caminantes desfallecidos, que vivís en el suelo amado de la patria; venid para que nos veamos, los ojos en los ojos, para purificarnos y ayudarnos unos a otros. Desterremos de nuestro corazón desfallecimiento y mentira, y no descansemos hasta que nuestra voluntad y nuestra acción sean plenas. ¡Tanto vale la azada como la espada! Ambas son dignas del hombre. El fin es el mismo…, ser y

permanecer tablas en que Dios pueda escribir. *(Quiere irse. Einar le sale al paso.)*

EINAR.—¡Detente! ¡Aquí debe de estar Agnes!

BRAND.—¿Buscas a Agnes? ¡Está allí!

EINAR.—*(A Agnes.)* ¡Escoge entre la luz y el abismo sombrío de los cuidados!

AGNES.—Yo no tengo elección.

EINAR.—¡Agnes, Agnes! Por tu bien. Piensa en lo que dice la vieja máxima: «Fácil de levantar, difícil de llevar.»

AGNES.—¡Oh, yo llevaré…, es inútil que quieras disuadirme…, el peso de la vida! ¡Aunque me hundiera bajo él!

EINAR.—¡Piensa en el dolor de los tuyos!

AGNES.—Aquí no hay elección; tengo que hacerlo así. ¡Saluda a mi madre y a mis hermanas!

EINAR.—Allá afuera, sobre las ondas azules, brillan las velas como sueños de ansia. Y los mástiles se bambolean y los barcos pasan ligeros hacia el país maravilloso.

AGNES.—No sigas describiendo, querido amigo. Piensa que yo hubiera muerto.

EINAR.—¡Agnes, sigúeme como hermana!

AGNES.—*(Moviendo la cabeza.)* No; nos separa un mar.

EINAR.—Vuélvete, entonces, hacia tu madre.

AGNES.—*(En tono más bajo.)* No me separaré de mi maestro, hermano y amigo.

BRAND.—*(Acercándosele unos pasos.)* ¡Oh, piénsalo bien, mujer! Mi vida se deslizará quedamente entre estas rocas, donde las tormentas mugen sordamente, donde el día es casi noche, y habrá de resistir este horror.

AGNES.—El temor está lejos de mi alma. A través de la niebla luce una estrella.

BRAND.—Pero mis exigencias son rigurosas. Lo pido todo o nada. No pienses que podrías arrancarme concesiones porque la presión fuese demasiado fuerte para ti y yo temiera por tu vida; nunca escaparías al sacrificio. El mandamiento es implacable. ¡Firme y fiel hasta la muerte!

EINAR.—¡Huye, oh, huye ese juego salvaje! Huye de ese hombre que pone implacable a la vida un fin inasequible. Yo te ofrezco una existencia más grata.

BRAND.—¡Pues bien, sea! Tuya es la elección. *(Se va.)*

EINAR.—¡Escoge entre la tormenta y la calma! ¡Entre la paz o el temor en tu corazón! ¡Escoge entre la alegría y el dolor! ¡Decídete entre la alegría gozosa o la pena, entre la desgracia o la dicha completa, entre la muerte o la vida!

AGNES.—¡Que venga la noche! ¡La muerte no me amedrenta! A lo lejos brilla una aurora.

*(Sigue a Brand. Einar se queda un momento con aire de desesperación y luego marcha con la cabeza inclinada hacia el fjord.)*

# Acto tercero

*(Tres años después.)*

*Un jardincito rodeado de un muro de piedra al lado de la casa del párroco. Arriba rocas altas. El* fjord *estrecho y cerrado, al fondo. De la puerta de la casa se sale inmediatamente al jardín. Brand está de pie en la escalera de piedra de la casa. Agnes está sentada un peldaño más abajo.*

AGNES.—Amigo mío, tu mirada vuelve a errar temerosa por el *fjord*.

BRAND.—Espero que me llamen…

AGNES.—¿Quién?…

BRAND.—Por eso mis ojos intranquilos yerran de lugar en lugar. Tres años hace que aguardo en vano; mi madre no manda a buscarme. Y hoy he sabido que su fin ha llegado.

AGNES.—*(En voz baja y conmovida.)* Debías ir sin que te llamasen.

BRAND.—*(Moviendo la cabeza.)* Si no se arrepiente, no es posible.

AGNES.—Es tu madre.

BRAND.—No tengo derecho a adorar ídolos aunque sean de mi casta.

AGNES.—¡Eres duro, Brand!

BRAND.—¿Cómo? ¿Contigo?

AGNES.—¡Oh, no!

BRAND.—Te lo he prometido.

AGNES.—*(Sonriendo.)* Entonces has faltado a tu palabra.

BRAND.—Y, sin embargo, el viento que aquí sopla es duro y cortante, palidece el color de tus mejillas y se hiela tu ánimo tierno. Rodeados de rocas y hielos, aquí no florecen las rosas ni los árboles.

AGNES.—En cambio, la casa está tanto más segura, el ventisquero la protege; cuando en la primavera se deshiela, rompe lejos de nosotros. Vivimos seguros de peligro como bajo una cubierta protectora.

BRAND.—El sol mismo no luce para nosotros.

AGNES.—En cambio brilla tanto más risueño allá en la altura de enfrente.

BRAND.—Sí; en el verano. ¡Tres semanas enteras! ¡Más no se le ha visto nunca!

AGNES.—*(Le mira fijamente, se pone en pie y dice.)* Te atormenta algo; ¡dime lo que es, Brand!

BRAND.—¡A mí no, a ti!

AGNES.—¡No, a ti!

BRAND.—Te atormenta en secreto el miedo.

AGNES.—Tú temes también.

BRAND.—¡Te dan vértigos como si estuvieses al borde de un abismo! ¡Dilo todo!

AGNES.—*(Lentamente.)* A veces sí es amargo…

BRAND.—Temes…, ¿qué es lo que temes?

AGNES.—Por nuestro hijo.

BRAND.—¿Por Alf?

AGNES.—¿Tú también?

BRAND.—¡A veces, sí!… ¡Pero no y mil veces no! ¡Dios es bueno! ¡No es posible! Ya verás cómo se desarrolla sano y hermoso. ¿Dónde está?

AGNES.—Está en casa; duerme.

BRAND.—*(Mirando por la puerta entreabierta.)* Tú no sueñas de penas y horrores; la manecita es gordezuela y redonda…

AGNES.—Pero está pálido.

BRAND.—¡Pálido! ¡Así son los niños pequeños!

AGNES.—¡Duerme mucho y dulcemente, niño mío querido!

BRAND.—¡Que Dios te bendiga! ¡Duerme para estar sano! *(Cierra la puerta.)* Tú y él trajisteis la calma y la claridad a los caminos difíciles de mi obra cotidiana. Mi acción y mi pensamiento, que eran lentos y pesados, al beber en esta fuente se me hicieron ligeros. A tu lado no me abandona nunca el valor; su fuego me infundió fuerza en las venas. Veía un martirio en mi cargo, y ya ves cómo se ha trocado todo amistosamente; el éxito sigue por doquier mis huellas.

AGNES.—Lo has merecido. Piensa en cómo has luchado y en la pelea ardiente; cómo muchas veces solo con trabajo has domado el mal; a menudo lloraste lágrimas de sangre.

BRAND.—Es posible; pero un amigo me acompañaba. Contigo entró aquí el amor como resplandor claro de sol de primavera. Yo no lo había conocido nunca; jamás lo encendió la mano de mis padres. Era como un huésped incómodo, y si alguna vez brillaba una chispa en las cenizas, la apagaba cuidadosamente. Todo el caudal de amor y ternura que yo guardaba escondido se fue ahorrando para florecer después, para servir de corona a tu frente, para vosotros dos.

AGNES.—No solo para nosotros; para todos los feligreses de nuestra iglesia. Si una madre llora, si grita un niño, nunca faltas tú allí; tú eres el báculo y el sostén de la miseria; en la mesa rica de tu corazón hay siempre pan y peces para el necesitado.

BRAND.—Por ti y por él. Vosotros tendisteis en mi camino el puente al cielo. No puede abrazarse a la Humanidad antes de haber amado a *uno* solo. Necesitaba amor, calor…; si no, mi corazón anhelante se hubiese hecho piedra.

AGNES.—¡Si quisieras ser más dulce! ¡A veces pegas cuando debieras acariciar!

BRAND.—¿A ti, Agnes?

AGNES.—¿A mí? ¡Oh, no! A mí me has dado una carga ligera… Pero hay muchos cuyas fuerzas desmayan ante tu: O todo o nada.

BRAND.—Eso que los hombres llaman amor no lo conozco, y no quiero conocerlo. Pero el amor de Dios, ese lo conozco y sé cuáles son sus caminos. Es duro hasta que tembloroso te prosternas, hasta que te retuerces las manos aniquilado. Te acaricia, pero con caricias que cuestan sangre. ¿Qué ocurrió en la hora tremenda del Hijo, cuando pidió en la agonía: «¡Haz que pase de mí este cáliz!…»? ¿Le quitó Dios el cáliz de la boca? ¡Oh, no! Lo apuró hasta las heces.

AGNES.—Si mides con esa medida, ¿quién podrá resistir?

BRAND.—Como se decidirá el juicio…, ¿quién puede calcularlo? Pero escrito está con caracteres de fuego: Si quieres alcanzar la corona, resiste hasta el último momento. ¡Es en vano que intentes deducir algo del eterno deber!… Tormentos terribles te impulsarán. Se te perdona el que no *puedas*, pero no el que no *quieras*.

AGNES.—Tú llenas mi existencia tranquila y te sigo sin temblar; ansio subir a tus alturas. Pero, he de confesártelo, a menudo me entra un miedo grande, mi valor desfallece, se desliza la duda en mi alma y mis pies me pesan como plomo.

BRAND.—Nota esta verdad, por contraria que sea a la gran masa: ¡Jamás cierres un pacto cobarde! Quien cumple su deber a medias o como cosa secundaria, está condenado. Este sea tu hilo conductor y no en palabras solo, sino en acción. Solo lo vivido trae la salud.

AGNES.—*(Arrojándose a su cuello.)* Te seguiré por tu camino.

BRAND.—Si lo hacemos juntos no será difícil.

*(El Doctor viene por el camino abajo y se para fuera de la valla del jardín.)*

EL DOCTOR.—¡Es maravilloso encontrar en este desierto una pareja de tórtolos tan tiernos!

AGNES.—¡Mi viejo doctor! ¿Eres tú?… ¿Sí? ¡Oh, entra, entra! *(Baja corriendo la escalera y abre la puerta del jardín.)*

EL DOCTOR.—¡Quédate ahí! Ya sabes cómo me disgustó que vinierais a estableceros justamente aquí, donde el sol de verano se burla de vosotros y donde hasta el alma se hiela en el cuerpo.

BRAND.—Eso no.

EL DOCTOR.—¿Eso no? ¡Hum! Es verdad que a mí también me lo parece. Vuestra unión, tan rápidamente contraída, descansa…, parece…, sobre una base sólida. Pero no es más que una excepción de la regla el que dos pájaros errantes como vosotros se avengan a vivir en este rincón oscuro.

AGNES.—Un beso del sol, el sonido de una campana, pueden bastar para evocar un día de verano.

EL DOCTOR.—Pasadlo bien. Me espera un enfermo.

BRAND.—¿Será mi madre?

EL DOCTOR.—Sí. ¿Venís conmigo?

BRAND.—Todavía no.

EL DOCTOR.—¿Entonces estuvisteis ya allí?

BRAND.—No.

EL DOCTOR.—Sois duro, Brand. La tempestad y la lluvia no me detuvieron en el camino, aunque sé muy bien que la vieja paga como uno del hospital.

BRAND.—¡Que Dios bendiga vuestras manos expertas! Aligeradla el fin penoso.

EL DOCTOR.—Que bendiga mi voluntad; voy porque me avisaron de su estado.

BRAND.—¡Allí aviso! A mí me ha olvidado. Mi corazón estalla en mi pecho.

EL DOCTOR.—¡Id sin que os llamen!

BRAND.—Si voy sin que me llame no obraré según mi cargo y mi deber.

EL DOCTOR.—*(A Agnes.)* ¡Pobre hija mía! ¿Cómo caíste bajo el yugo de este hombre tan duro?

BRAND.—Yo no soy duro.

AGNES.—Daría con gusto mi sangre si con ella le lavase el alma.

BRAND.—Como hijo pagaré rigurosamente a sus acreedores toda deuda.

EL DOCTOR.—¡Salda primero las propias!

BRAND.—Muchas cuentas se saldan también por la gracia de Dios.

EL DOCTOR.—Pero ese saldo no aprovecha a quien está sumido en deudas completamente.

BRAND.—Pero yo lo quiero; lo quiero y lo cumpliré.

EL DOCTOR.—De la voluntad del hombre *quantum satis*. Tu *debe* tiene sin duda muchas páginas, pero en tu partida *caridad* no hay más que una hoja en blanco. *(Se va.)*

BRAND.—*(Le sigue un rato con la vista.)* ¡No hay en el mundo palabra alguna que se use con tanta mentira como esta palabra, amor! Se arrastra escondido y disimula el impulso desmayado del espíritu flaco. Es un tapiz que cubre miles de lacerias, y bajo el cual se peca impunemente… Si el camino es estrecho, empinado y retorcido, se da la vuelta por puro amor. El que marcha por el camino ancho del pecado espera encontrar en él el amor. Quien quiso lo grande, pero nunca se esforzó para llegar a ello, piensa alcanzarlo a fuerza de amor y bondad. Si alguien anda extraviado conscientemente en el vicio, el amor lo cubre como un velo.

AGNES.—¡Es terrible! Pero a veces me pregunto si no podría decirse eso de otro modo.

BRAND.—Hay una cosa de la que se prescinde con gusto…, el querer, y solo él puede saciar la sed de justicia eterna. Primero tienes que querer, y no solo lo que es hacedero, sea grande o pequeño; no solo aquello en que ya la acción misma ofrece satisfacción como premio. No; tienes que querer libre y fuertemente, aunque lo que haya de venir sea horrible. El ser crucificado en una cruz de madera no da derecho a llevar la corona del martirio. Primero tienes que querer la muerte en cruz; quererla a pesar de los tormentos de la carne, quererla en las agonías del espíritu… Solo así alcanzarás la gracia.

AGNES.—*(Apretándose fuertemente contra él.)* ¡Oh, protégeme tú, hombre fuerte! ¡Acerca a mí el mandamiento!

BRAND.—Pero si en esta lucha vence la voluntad, entonces llega el tiempo del amor, que viene volando como una paloma a traernos la rama de olivo de la vida. ¡Pero en este pueblo desmedrado es el odio el mejor amor! *(Espantado.)* ¡El odio!… ¿Esta palabra…? Sí, quererlo así, forzarlo en nuestro corazón… ¡Solo en la lucha puede alcanzarse! *(Se va rápidamente a casa.)*

AGNES.—Está arrodillado en la cuna de su hijo y mueve la cabeza como si llorase dulcemente. Apoya la frente sobre la almohada como si fuese a levarse la última ancla. ¡Oh, qué rico tesoro de amor se esconde en este fuerte corazón varonil! A Alf puede amarlo sin dolor. En su alma inmaculada no hay lugar para las miserias de la tierra y del pecado. La serpiente no le ha mordido aún. *(Gritando espantada.)* Se levanta de pronto, se retuerce las manos… ¿Qué es lo que ve? ¡Oh, Señor, aparta!…

BRAND.—*(Saliendo a la escalera.)* ¿No ha venido ningún mensajero?

AGNES.—No.

BRAND.—*(Con la vista vuelta hacia la casa.)* Sus sienes laten con fuerza, su pulso se precipita y su piel arde con calor de fiebre. ¡Oh, no temas, Agnes!

AGNES.—¡Oh, Dios, qué visión!

BRAND.—¡No, no temas! ¡No puedo decirlo!… *(Gritando hacia el camino.)* ¡El mensajero!

UN HOMBRE.—*(Del otro lado de la puerta del jardín.)* ¡Ven al momento!

BRAND.—*(Rápidamente.)* ¡Ya sé! ¿Qué es lo que te han encargado que me dijeras?

EL HOMBRE.—En su cama estaba toda caída, y con voz ronca gritó: «¡Id a buscar enseguida al párroco! ¡Apresuraos, corred! ¡La mitad de mi haber por el sacramento!»

BRAND.—*(Retrocediendo.)* ¿La mitad? ¡No! ¡Dila que no!

EL HOMBRE.—*(Sacudiendo la cabeza.)* Dios me libre de llevarle esa respuesta.

BRAND.—¡La mitad!… ¿La mitad?… ¿No quería decir todo?

EL HOMBRE.—Puede ser que quisiera decirlo; pero no lo ha dicho, porque se la entendía claramente. Palabra por palabra he repetido las suyas.

BRAND.—*(Aferrándole un brazo.)* ¿En el día del juicio…, ¡sería horrible!…, testimoniarías que fue así como habló?

EL HOMBRE.—Sí.

BRAND.—*(Con decisión.)* Dila que ya sabe mis condiciones: no hay párroco ni sacramento.

EL HOMBRE.—*(Lo mira inseguro.)* ¿Me he explicado bien? La madre, *tu* madre es quien me envía.

BRAND.—No conozco dos derechos: uno para los extraños y otro para los de mi casta.

EL HOMBRE.—¡Hablas con dureza!

BRAND.—De ella depende… Ya lo sabe… ¡O todo o nada!

EL HOMBRE.—¿No vienes, párroco?

BRAND.—Dila todavía esto. La parte más pequeña del vellocino de oro la roba la salud del alma.

EL HOMBRE.—Le comunicaré el latigazo de tu contestación todo lo dulcemente que pueda. Quizás le dé tranquilidad el pensar que Dios no es la mitad tan riguroso que tú. *(Se va.)*

BRAND.—En el olor putrefacto de ese consuelo se percibe peste y maldición. ¡Oraciones y cantos en la última hora son miel con que se quiere endulzar la boca del juez! ¡Naturalmente! Eso es lo que conviene; le conocen ya de antiguo. ¡Donde y como quiera que vayan con el viejo siempre puede tratarse! *(El hombre ha encontrado a otro en el camino y dan ambos la vuelta.)*

BRAND.—¿Otro todavía?

EL PRIMER HOMBRE.—Sí.

BRAND.—¿Qué traes tú?

EL SEGUNDO.—Te ofrece los nueve décimos de su haber.

BRAND.—¿Todo no?

EL SEGUNDO.—No.

BRAND.—Ya sabéis mis condiciones: no hay párroco ni sacramento.

EL SEGUNDO.—Purga penosamente en dolor y sufrimientos.

EL PRIMERO.—¡Te llevó bajo su corazón!

BRAND.—*(Retorciéndose las manos.)* Peso al enemigo y al de mi casta con el mismo peso, como es justo.

EL SEGUNDO.—El sufrimiento de la enferma es duro y grande. ¡Oh! Envíale aunque solo sea una palabra de consuelo.

BRAND.—*(Al primero.)* Dile que la mesa para el pan y el vino de nuestro Señor deben estar limpios. *(Se van los dos hombres.)*

AGNES.—*(Apretándose contra él.)* Muchas veces temo por ti mismo, Brand. Tu mano blande una espada de fuego.

BRAND.—*(Conteniendo sus lágrimas.)* ¿No se me opone sin cesar el mundo a pesar de que la vaina que cuelga en su cintura está vacía? ¿No hiere mi alma hasta hacerla sangrar, únicamente en esto firme constante y valeroso?

AGNES.—Lo que demandas es duro y difícil.

BRAND.—Si fuese menos…, tendría miedo.

AGNES.—Si aplicas esa medida a miles, no encontrarás el justo.

BRAND.—¡En eso tienes, por desgracia, sobrada razón! Tan flacia y tan vacía, tan degenerada y mala es esta generación. Se tiene como acción grande el que un testador, sin dar su nombre —renunciando a la recompensa de la gloria—, legue su fortuna a los pobres. Haz que un héroe, anónimamente, se contente tan solo con la victoria; dale a un emperador, a un rey, el éxito, pero no la gloria del vencimiento… ¿Crees que con tal recompensa se haría algo grande?… Dile a un poeta que deje volar calladamente los pájaros de su jaula dorada, sin que nadie sepa que él es quien les presta color y canto…; no lo haría de ningún modo… Sea la madera que quiera, delgada o verde, nadie querrá prescindir de sí mismo. Estudia los pensamientos de los hombres… Al borde del abismo, se aferran fuertemente a verjas débiles terrenales que vacilan sobre la altura… Y cuando al cabo se desploman, todavía buscan de agarrarse con sus uñas para no caer.

AGNES.—¡Pero piensa también en cómo sonará tu máximo en los oídos de quien así, sin consuelo, cae!

BRAND.—Quien quiera vencer, no ha de cejar jamás. Por hondo que hayas caído, siempre podrás alcanzar el fin. *(Calla un momento, y luego dice con mayor suavidad.)* Y, sin embargo, cuando inflexible transmito a un alma humana este mandato, a menudo siento como si me encontrase en medio del mar, náufrago, aferrado a una tabla. Lleno de dolor, y atormentado, me muerdo la lengua, y en vez de castigar, ansiara aplacar al desdichado, estrecharle contra mi corazón amante… Vete a su cuna, Agnes; cántale para que le envuelvan dulces sueños. Un alma de niño como esta, es pura como un estanque a la luz del sol. Sobre él vuela silencioso y dulce el amor de madre, como un pájaro que se espeja en sus aguas.

AGNES.—*(Pálida.)* ¿Qué es eso? Siempre que piensas en él te entristeces. ¿Qué te pasa, querido?

BRAND.—¡Oh, nada! Guárdale bien y cuida de él.

AGNES.—¡Dime una palabra solamente!

BRAND.—¿Una fuerte?

AGNES.—No.

BRAND.—*(Abrazándola.)* Quien esté limpio de culpa, debe vivir.

AGNES.—*(Le mira con ojos brillantes, y dice.)* Hay una cosa… ¡Oh, no quiero temblar!… ¡Dios no puede, Dios será clemente!

BRAND.—*(Mira pensativo a lo lejos.)* ¿Y si pudiera?… ¡Oh, sí que puede! ¿No era también cortante el cuchillo de Abraham? *(Sacudiendo de sí los pensamientos que le vienen a la mente.)* ¡No, no; mi sacrificio está hecho! Seguiré la voz que me ordena en la oscura noche aterrorizarles con son de trueno, despertarlos de sus sueños dulces. ¿Un sacrificio?… ¡Otra mentira! ¿No he disfrutado bastante de mi tranquilidad perezosa desde que gané a Agnes y el sueño orgulloso se deshizo? *(Mira al camino.)* ¡Todavía ningún aviso de la enferma que me anuncie su intento penitente y sus pensamientos de expiación, de exterminar los instintos pecaminosos, por muchos que sean! ¡Oh, ahí está!… Pero no; es el alcalde. Hele ahí con su vientre apacible, lleno de benevolencia, solo aparentemente severo, con las manos en los bolsillos, de modo que sus brazos semejan un paréntesis.

EL ALCALDE.—*(Hablando desde la puerta del jardín.)* ¡Buenos días! No os parezca mal, pero hay que aprovechar los momentos.

BRAND.—*(Indicando hacia la casa.)* ¡Entrad!

EL ALCALDE.—No, muchas gracias; se trata de un asunto de poca importancia, y si me escucháis con atención estará terminado en un momento.

BRAND.—¿Y ese asunto…?

EL ALCALDE.—Corre el rumor de que vuestra madre… Sin esperanza… Lo siento mucho.

BRAND.—No lo dudo.

EL ALCALDE.—Lo siento extraordinariamente.

BRAND.—Os ruego que continuéis.

EL ALCALDE.—Ella está ya vieja, y, señor…, puede decirse sin ofensa…, todos tenemos que subir esa escalera algún día. Y como pasaba por aquí, se me ocurrió que después de todo era lo mismo, así, de pronto, y por eso entré, y además… Espero que no os molestará… He oído a las gentes hablar… ¡Quién puede evitar esto!… De discusiones… De cuestiones de familia…

BRAND.—¿Cuestiones de familia?

EL ALCALDE.—Lo siento mucho. Vuestra madre aprieta la bolsa como si un rico no hubiera de morir nunca. Retiene la herencia *pro indiviso*, y no os da la parte de vuestro padre.

BRAND.—¡*Pro indiviso*, sí…, es verdad!

EL ALCALDE.—Esto es muy importante para los acreedores. Y como por diversos motivos sospecho que esperáis con bastante frialdad el fin de su vida, escuchadme amistosamente, aunque el momento no sea el más oportuno.

BRAND.—Ahora o luego, es lo mismo.

EL ALCALDE.—¡Entonces, al grano! Yo soy franco, y… Cuando la enferma descanse, libre de dolor en el seno de la tierra…, y esto ocurrirá pronto…, seréis rico.

BRAND.—¿Creéis…?

EL ALCALDE.—¡Podréis vivir! Os dejará bienes que para ser vistos en toda su extensión necesitarán de un anteojo de gran alcance. Pronto los tendréis.

BRAND.—¿A pesar de los Tribunales?

EL ALCALDE.—*(Sonriendo.)* Los Tribunales solo intervienen cuando hay contienda entre dos. Para uno solo no hay límites. Nadie se cuida del heredero único.

BRAND.—¿Y si apareciese otro que tomase posesión de la herencia porque de derecho le perteneciese?

EL ALCALDE.—¡Qué cosas decís! ¡No penséis tales absurdos! ¡Miradme a mí! ¿Veis alguna duda? ¿Y quién conoce esto mejor que yo? ¿Quién se atreverá a oponerse a mi dictamen?… De manera que de la riqueza podéis estar seguro. Para otro sería demasiado. ¡Ya no necesitáis vivir en este rincón! ¡Todo el país, el mundo, os están abiertos!

BRAND.—Oíd, alcalde. ¿El sentido de lo que decís no es marcharos de aquí adondequiera que sea?

EL ALCALDE.—Poco más o menos, y sería lo mejor para todos. Mirad a las gentes que andan a vuestro alrededor. Llamado a explicar la palabra de Dios, ¿creéis que sois el adecuado para nosotros y este pueblo el adecuado para vos? Vos sois el sollo en un estanque de carpas. Entended bien lo que os digo. Con vuestras dotes, necesitáis un campo de acción más extenso, un espacio mayor para desarrollar vuestras fuerzas. Cuando se vive como nosotros vivimos, en las cortaduras de las rocas, lejos del mundo y medio enterrados bajo musgo y piedras, nieve y hielo, falta el aire y el espacio.

BRAND.—Un hombre extrae de su patria su fuerza mejor, como el árbol saca su jugo de raíces profundas. El que en ella no se siente impulsado a la acción, que se vaya.

EL ALCALDE.—Pero en toda obra hay que atender a la necesidad que va a satisfacer.

BRAND.—Eso se atisba desde las cimas altas de las montañas, y no en sepulcros cavados entre rocas.

EL ALCALDE.—Así se habla a los millonarios, pero no donde no viven más que pobres.

BRAND.—¡Oh!; idos al diablo con vuestras diferencias entre montaña y llano. Queréis pasar por ciudadanos del mundo, y en vuestra tierra vivís cobardes e inactivos. ¡Nosotros, los pueblos pequeños, tenemos tiempo!

EL ALCALDE.—Cada época tiene su derecho especial, y cada raza predeterminada su conducta. Nosotros no nos hemos quedado fuera de la corriente, y hemos aportado nuestro óbolo a la obra de la Historia universal. Si esto se repetirá alguna vez no puedo decirlo, y hace ya bastante tiempo que fue; pero el hecho es que nuestro óbolo no ha sido tan pequeño. Viven todavía, aunque ya solamente en libros, y todos los niños lo saben, los tiempos en que reinaba aquí el rey Bele y en que moraba en el país más de un guerrero esforzado. Estos valientes gustaban de hacer expediciones a todas las costas donde se supiera de palacios ricos en tesoros, y saqueaban a su antojo. Europa, pálida de terror, gritaba: «¡Que Dios nos proteja contra estos demonios!» Y estas gentes—por lejos que ello esté no puede dudarse—provenían de nuestro país amado. Estas gentes sabían incendiar, y repartían tajazos como quizás no haya habido otros. La leyenda habla oscuramente de uno que llegó a tomar la cruz; pero no cuenta si fue a la cruzada.

BRAND.—Sin duda hay aquí mucha gente que desciende de ese guerrero.

EL ALCALDE.—Sin duda. ¿Pero cómo sabéis…?

BRAND.—¡Lo hemos comprobado tantas veces! Las buenas gentes del prometer, del no cumplir, del faltar a la palabra dada.

EL ALCALDE.—Puede ser que sea así. Pero quiero hablaros aún del rey Bele. Primero saqueamos a los extraños; luego visitamos la casa del vecino armados de cuchillos y mazas, y pasamos una temporada con él saqueándole sus tierras, quemándole al pobre hombre su cabaña, y luego iglesias, vestiduras y otros ornamentos sagrados. Esto se ha descrito a menudo con vivos colores y a veces con orgullo. Sin embargo, puedo atreverme a aludir modestamente a estas historias y a las glorias de nuestro pasado para mostrar cómo también nosotros hemos contribuido con sangre y hierro, fuego y espada…; un óbolo caro a nuestro corazón, al progreso del mundo.

BRAND.—Pero me parece que olvidáis que la nobleza obliga al hombre, y que hicisteis allanar la colina que un día se levantó para Bele.

EL ALCALDE.—¡Oh, en eso os equivocáis! Si vais a un banquete donde podréis encontrarnos a mí, al administrador, al sacristán como invitados, veréis cuando llega el momento de los brindis, si vive aún el recuerdo del rey Bele, veréis cómo lucen los ojos. Brindis, cantos, chocar de copas, discursos cortos y largos, hablan todavía del nombre noble. Yo mismo a menudo, en un impulso profundo—entusiasmado como un poeta ebrio—, le he tejido una tela con mis discursos: eso eleva maravillosamente algunos ánimos… Un poco de poesía me gusta; en el fondo le gusta a todo el mundo en esta tierra, pero con medida; aplicada a la vida sería una broma sin sentido. No; en las noches de fiesta, en una reunión de amigos, cuando estamos cansados de la labor del día y arde la chimenea y brillan las pipas, entonces la poesía es como un baño que refresca y conforta el alma. Esto es precisamente lo que nos separa si vamos al fondo de nuestras ideas. Vos quisierais sembrar y cosechar al mismo tiempo. Si es que os comprendo bien, quisierais aunar vida e idea. Quisierais llegar arriba a lo eterno y al mismo tiempo abonar el campo donde se sembraron patatas, todo de una vez, como de carbón, salitre y azufre sale la pólvora.

BRAND.—Casi así.

EL ALCALDE.—Esa enseñanza es aquí difícil; en círculos más amplios podría tener sentido. Id allá, mostrad vuestros propósitos; quizás os presten oídos. ¡Pero a nosotros no nos estorbéis más! Nosotros seguiremos antes como después, luchando bravamente contra el mar salvaje y la tierra ingrata.

BRAND.—Antes suprimid—dejad que os lo aconseje—el baladronear con los actos de los antepasados. Un enano será siempre un enano, aunque Goliath fuese su primo.

EL ALCALDE.—Lo grande sale de altos antepasados.

BRAND.—Cuando se buscan las grandes acciones… ¿De qué puede aprovecharos el yelmo de vuestros padres? En vuestras cabezas sería un gorro de bufón.

EL ALCALDE.—Mi primera palabra es mi última también… Lo mejor sería que os marchaseis. En verdad, nadie está con vos; vuestro trigo no granará aquí. Aquel poco de impulso, la elevación que sin duda necesita el hombre en su camino terrenal, ya cuidaré yo de dársela. Así, mi labor en el

desempeño de mis funciones os mostrará algunas reformas favorables. El número de habitantes se ha duplicado y hasta casi triplicado, y yo he traído varias industrias a la comarca donde antes todo estaba quieto como en un sepulcro. En lucha contra la naturaleza hostil, vamos progresando como impulsados por vapor. Y nuestra actividad ha sido fructífera: abrimos caminos, levantamos puentes…

BRAND.—Pero…

EL ALCALDE.—Hay que marchar lentamente hacia adelante.

BRAND.—El impulso hacia lo más alto es quien hace marchar.

EL ALCALDE.—Primero, buenas comunicaciones: esa nos ha parecido siempre la mejor recompensa para nuestros esfuerzos, nuestro trabajo. Nosotros lo aunamos más fácilmente todo: la luz de la lámpara y la luz del norte. En esta claridad doble se ve difícilmente lo que es bueno y malo, lo que es justo, lo que es recto y torcido, lo que es falso y verdadero. Lo que estaba tranquilamente unido, vos lo habéis separado, revuelto, confundido. Unidos, hubieran vencido, y ahora el uno lucha con el otro.

BRAND.—A pesar de todo me quedaré aquí, pues aquí he encontrado mi esfera de acción. Me río de vuestras burlas amargas… El hombre que reconoce su misión verdadera, sigue un escrito trazado por la mano de Dios. Una inscripción de fuego que dice: «¡Aquí está tu patria!»

EL ALCALDE.—Bien; pero al menos no os salgáis de vuestros límites. Yo sé que las gentes tienen la conciencia enferma y que quieren morder el anzuelo del pecado; pecados y vicios no faltan. Pero dejad que el día cotidiano sea cotidiano, y no queráis darle resplandor de fiesta. Porque aparezca un barco en el *fjord* y dé la vuelta a la montaña, no icéis en éxtasis la bandera como si el mismo Salvador viniese a bordo.

BRAND.—Si quisiera atender vuestros consejos, tendría que mudar mi espíritu y mi voluntad. Pero mi misión es permanecer fiel a mí mismo y adoctrinar al pueblo. Y así lo haré hasta que la luz penetre poco a poco en los corazones. Lo que habéis envuelto tan cuidadosamente en paciencia silenciosa, eso lo despertaré, lo he prometido. Mirad a vuestro alrededor. ¡Apenas si se ve una huella de la naturaleza granítica de la roca! Así ha roto vuestra cura de hambre espiritual las fuerzas mejores del pueblo. Le habéis templado la sangre caliente, le quitasteis voluntad y energía y valor; lo que

debía ser como hierro fundido es blando y flaco. Pero hay un grito que os ensordece como un trueno y que nos llevará a la victoria, y ese grito dice: ¡Guerra!

EL ALCALDE.—¿Guerra?

BRAND.—¡Guerra!

EL ALCALDE.—Haced sonar ese grito, y seréis el primero que caiga.

BRAND.—¡Un día se vio claramente que no hay mayor victoria que la derrota!

EL ALCALDE.—Pensad bien adónde vais. ¡No juguéis los últimos triunfos!

BRAND.—¡A pesar de todo, lo haré!

EL ALCALDE.—Si perdéis, habéis acabado para siempre. Tenéis los bienes de este mundo: talento y pan…, y, para acompañarle, manteca, con la herencia de vuestra madre. Tenéis un hijo y una esposa amada; todo lo que se tiene por alto y caro lo tenéis en demasía.

BRAND.—¿Y si vuelvo la espalda a la suerte que la fortuna me asignó? ¿Por qué tengo que hacerlo así?

EL ALCALDE.—Si encendéis entre estos hielos vuestra antorcha de guerra, se apagará. Idos hacia el sud, hacia las costas ricas, donde los héroes del espíritu se aprestan para entrar en la lid con la frente alta. Allí tenéis derecho a llamar al pueblo para que sacrifique su sangre en las gradas del altar. Nosotros, en vez de sangre, sacrificamos el sudor… ¡Oh! ¡La lucha por el pan da calor!

BRAND.—Yo daré aquí la batalla, aquí donde he nacido. Este es el campo que he escogido para la lucha.

EL ALCALDE.—¡Pensad lo que osáis, no seáis insensato! ¡Ante todo, pensad en lo que perderíais!

BRAND.—Me perdería a mí mismo si vacilase siquiera.

EL ALCALDE.—Uno solo lucha sin esperanza.

BRAND.—Los mejores siguen mis banderas.

EL ALCALDE.—Los más van conmigo. *(Se va.)*

BRAND.—*(Siguiéndole con la vista.)* He ahí el verdadero hombre del pueblo de que se habla en el libro: honrado, listo y prudente; presto a ayudar a su manera, y, sin embargo, una maldición para todos. Ni los desplomes de montañas, ni las inundaciones y tormentas, ni el frío junto con el hambre y la peste, causan tales daños como él en un solo día. Las demás calamidades amenazan la vida… ¡Pero un ánimo tal, bajo y estrecho, cuántos impulsos nobles ahoga, cómo rompe el oleaje de la voluntad bravía, cómo baja el tono del canto fresco y libre! ¡Cuántas ingeniosidades en la lengua del pueblo, cuántos relámpagos en su pecho, cuántos despertares, cuántos dolores y alegrías, nuncios risueños de hechos levantados, mata sin sangre!… *(Presa de un temor súbito.)* ¿No viene ningún mensajero?… ¿Es posible? ¿Todavía ninguno? ¡El doctor! *(Saliéndole apresurado al encuentro.)* ¡Hablad! ¿Qué me traéis?

EL DOCTOR.—Está esperando el juicio.

BRAND.—¡Muerta!… ¿Pero arrepentida?

EL DOCTOR.—Le era imposible. Estuvo asida a lo terrenal hasta el fin, hasta que la muerte se la llevó.

BRAND.—*(Bajando, estremecido, la vista.)* ¿Se habrá perdido aquí un alma?

EL DOCTOR.—Sí, si sus pecados se juzgan según la ley y no según la gracia.

BRAND.—*(En voz baja.)* ¿Qué dijo?

EL DOCTOR.—Se la oyó decir con voz apagada, pero con dulzura: «Dios no es tan duro como mi hijo.»

BRAND.—*(Se deja caer dolorido sobre el banco.)* ¡Y en esa hora, entre el dolor y la muerte, la misma mentira y la misma miseria! *(Se tapa la cara con las manos.)*

EL DOCTOR.—*(Se le acerca, le mira y mueve la cabeza.)* Queréis aplicar a nuestros tiempos lo que hace mucho tiempo que ha pasado. Pensáis que el pacto que Dios sellara un día con los hombres está aún hoy vigente. Pero cada época tiene sus exigencias: la espada de fuego apenas nos parece verdadera; no creemos en cuentos de viejas, pedimos ante todo: ¡Sé humano!

BRAND.—¡Humano! Ese es el grito de guerra, la palabra que permite la cobardía. En ella se envuelven todos los débiles, la acatan todos los flexibles. El débil la usa como vestidura para cubrir con ella la propia desnudez. Bajo su protección se rompe cobardemente lo que se acaba de prometer. Para las almas enanas cobardes, el hombre es, ante todo, humanitario. ¿Era humano Dios cuando impuso a Cristo la crucifixión?… ¡Qué lástima que en aquellos tiempos no rigiese ya vuestro Dios! Sin duda que hubiese gritado: «¡Gracia!…» A no ser que se lo impidiera el pensar que entonces la obra del Hijo no hubiese sido más que la obra de un pigmeo. *(Inclina la cabeza y queda sentado en mudo dolor.)*

EL DOCTOR.—*(Bajo.)* ¡Desahógate, desahógate, pobre corazón enfermo! ¡Oh, si pudieras hartarte de llorar!

AGNES.—*(Que ha aparecido en la escalera, susurra al Doctor.)* ¡Ven! ¡Ven aquí adentro!

EL DOCTOR.—¿Al niño? ¿Qué tienes, hija mía?

AGNES.—Tengo miedo… ¡Oh, cómo me punza este dolor!…

EL DOCTOR.—¿Pero qué pasa?

AGNES.—*(Llevándoselo consigo.)* ¡Ven!… ¡Oh, ven enseguida!

*(Entran en la casa sin que Brand lo note.)*

BRAND.—*(Para sí.)* ¡Murió sin penitencia! Como había vivido… ¿No es esta una señal de Dios? Ahora tengo que recoger el tesoro que ella dilapidó en la tierra. ¡Y horror mil veces si vacilase! *(Se pone en pie.)* ¡Sea, pues! ¡En esta hora solemne, como hijo, hago voto de seguir firme, aquí en mi patria, de emprender firme la pelea y mirar a la cara al enemigo! Dios mismo me ha dado la espada, ha despertado mi cólera, me ha mostrado el camino. La fuente brota. ¿Quién podrá detener su curso? ¡Ahora puedo hendir las rocas!

EL DOCTOR.—*(Seguido de Agnes, sale apresuradamente a la escalera y grita.)* ¡Cierra tu casa y márchate de aquí!

BRAND.—¡Aunque se estremeciese la tierra…, aquí me quedo!

EL DOCTOR.—Entonces tu hijo está condenado a muerte.

BRAND.—*(Horrorizado.)* ¿Mi hijo?… ¡Alf!… ¡Estáis loco!… ¡Qué terrible broma!… ¡Mi hijo! *(Va a entrar en la casa.)*

EL DOCTOR.—*(Conteniéndole.)* ¡No; quédate! Aquí no hay sol ni luz. De la montaña sopla un hálito de hielo y del *fjord* sube la niebla húmeda. Un invierno más en este clima duro, y se marchitará su cuerpecito delicado. ¡Marchaos y salvad a vuestro hijo antes de que sea tarde! ¡Oh, hacedlo pronto!

BRAND.—¡Hoy mismo, enseguida, en esta misma hora! ¡Quiero que se haga fuerte y sano! No quiero que el hálito del ventisquero o del mar le haga daño a su pechito amado. ¡Ven, Agnes, cógelo, huyamos, vámonos con él a países más hermosos! ¡Oh, Agnes! Las redes de la Muerte envuelven acechándolo a nuestro hijo querido.

AGNES.—Hace tiempo que temblaba, lo presentía; pero solo a medias veía el peligro.

BRAND.—*(Al Doctor.)* ¿Sanará si nos vamos? ¡Oh, decid!

EL DOCTOR.—La obra de un padre alcanzará la victoria. Cuidadlo…; prosperará, y la salud lo hará doblemente hermoso.

BRAND.—¡Oh, gracias! *(A Agnes.)* Mételo en la camita y envuélvelo bien, que no está acostumbrado al aire del mar. *(Agnes entra en la casa.)*

EL DOCTOR.—*(Contempla en silencio a Brand, que mira inmóvil a la puerta de la casa; luego se le aproxima, pone una mano sobre su hombro y dice.)* ¡Oh, oh, amigo mío! ¿Es esto moral? ¡Tan severo y tan implacable con los demás, y tan suave y tolerante consigo mismo! Con los otros no vale ni lo poco ni lo mucho: *o todo o nada*. Pero cuando ocurre que es uno mismo el que ha de hacer el sacrificio, se está completamente aniquilado.

BRAND.—¿Qué queréis decir?

EL DOCTOR.—¡Sí, entonces cambian las cosas! Cuando vuestra madre agonizaba en las garras de la muerte, ¿quién dijo con voz de trueno: «¡Desposéete de todo primero! ¡Entra desnuda en la sepultura abierta!…»? Y ese grito se oía cada vez que se os demandaba una palabra de consuelo. Ahora os encontráis vos mismo en la desesperación y desconsuelo; os ha cogido la tormenta y ha volcado la lancha, y arrojáis lejos de vos los artículos de vuestro Código penal y quizás el libro entero con el que golpeabais en el

pecho del prójimo. Ahora hay que salvarse de la tormenta amenazadora… ¡Fuera, fuera, adonde no nos coja! ¡Fuera del cadáver de vuestra madre! ¡Fuera del cargo, de la parroquia! ¡Al mundo! ¡Ya no se dice más misa!

BRAND.—*(Se palpa en la frente como para aclarar sus pensamientos.)* ¿Estaba ciego antes? ¿Lo estoy ahora?

EL DOCTOR.—Yo no veo aquí más que la acción de un padre, y lejos de censuraros por ello, pienso que debilidades semejantes ennoblecen. ¡Adiós! Yo no he hecho más que poneros delante el espejo. Mirad en él y suspirad: ¡He aquí al que quería trastornar al mundo! *(Se va.)*

*(Agnes viene con un abrigo y llevando el niño en sus brazos. Brand no la ve. Ella quiere hablar, pero se calla estremecida al ver la expresión de su rostro. En el mismo momento entra apresuradamente un hombre por la puerta del jardín. El sol se pone.)*

EL HOMBRE.—¡Oye, párroco: tienes un enemigo!

BRAND.—*(Oprimiéndose el pecho.)* Sí, aquí.

EL HOMBRE.—No, no; el alcalde: parece que no le gusta lo que tú haces; habla mal de ti a las gentes y hasta ha dado a entender que pronto no tendremos más párroco. Dice que tan pronto como muriera tu madre nos volverías las espaldas.

BRAND.—¿Y si así fuera…?

EL HOMBRE.—Te respetamos demasiado…; no hay cuidado alguno. Además, conocemos el verdadero motivo de su inquina contra ti. No quisiste aliarte con él; tú le contradices, no te sometes a él.

BRAND.—*(Vacilante.)* ¿Y si a pesar de todo hubiese dicho la verdad?

EL HOMBRE.—¡Entonces habrías mentido vergonzosamente!

BRAND.—¿Habría…?

EL HOMBRE.—¡Tú fuiste quien encendió el fuego! ¿Cuántas veces nos has dicho que Dios mismo te había elegido? ¿Cuántas veces has proclamado que aquí, en todo el país, había que osar la lucha por lo eterno? Que aunque hubiera que pasar por sobre cadáveres no importaba; que se podía caer, pero no ceder… Tú eres el elegido, eres firme y fuerte; tú hallaste el camino para la medula de la vida.

BRAND.—Te equivocas, hombre; estas gentes son demasiado apagadas. ¿Qué puede salir de una charca pestilente?

EL HOMBRE.—Tú bien lo sabes. A los más viles insectos les ha alumbrado una vez un rayo de sol.

BRAND.—Pero para miles de ojos es siempre noche.

EL HOMBRE.—Viniste a nosotros como faro… Pero no nos atormentemos con números. Pesemos y no contemos. Y aunque me eches de ti he de decirte: ¡Vete si puedes! Yo tengo un corazón como todo el mundo, y si tú no me socorres, nadie me socorrerá. Me levantaste de la hondura, y si tú no me sostienes, volveré a caer. No puedes irte; yo me agarraré a ti como a mi salud. Espero en silencio y convencido de que nuestro pastor no nos engañará. *(Sale.)*

AGNES.—*(Tímidamente.)* Las mejillas y la boca pálidas anuncian el peligro terrible.

BRAND.—*(Perdido en sus pensamientos.)* El muro de roca te devolverá con doble energía el eco de una palabra fuerte.

AGNES.—*(Avanzando un paso.)* Estoy dispuesta.

BRAND.—¿A qué?

AGNES.—*(Con energía.)* ¡Vámonos de aquí! ¡Dejemos este abismo de muerte y salgamos a la vida!

*(Gerd viene corriendo por el camino y se para a la puerta del jardín.)*

GERD.—*(Palmoteando y gritando con salvaje alegría.)* ¿Habéis visto alguna vez locos semejantes? ¡El párroco riguroso huyó!… En los montes, en los cerros hay un enjambre de endriagos terribles como en un nido de Satán: negros y feos, grandes y pequeños; uno me pinchó en un ojo, y me llevarán la mitad del alma. Pero si me la llevan nada me faltará, quedándome el resto.

BRAND.—Tu imaginación está loca hoy… Ante ti tienes al párroco.

GERD.—¿Tú? ¡Sí, tú! Pero no el párroco… Escapó del Svartetind. Un caballo salvaje galopaba por las alturas, y un hombre cabalgaba en él… ¡Ese era el párroco, ese era!… ¡Tú no eres más que su sombra! ¡Vuestra iglesia ahora está vacía, sin párroco, sin honra! Vente, pues, a mi iglesia. En

ella no está ya el pájaro siniestro. Allí está ahora el verdadero párroco con la casulla blanca que le teje la mano del Invierno con hilos de hielo de los ventisqueros. Y mi párroco sabe hablar de manera que su voz resuene lejos en todo el país.

BRAND.—Espíritu extraviado, ¿por qué adoras esos ídolos?

GERD.—*(Entrando en el jardín.)* ¿Ídolos? ¿Ídolos? ¿Qué es eso? ¿No son cosas para divertirse, unas veces más grandes, otras más chicas, y siempre doradas, coloreadas y finas?… ¿Ídolos?… Eso que chi… ¡Mira, mira! ¿No ves cómo salen por entre el envoltorio manos y pies de niño? ¿No ves qué finamente está envuelto y atado con cintas?… ¿Es acaso un niño que duerme? Se ahoga; tápala pronto… ¡Ese es el ídolo!…

AGNES.—¿Puedes tú llorar? Mis ojos están secos y mis lágrimas agotadas.

BRAND.—¡Horror, Agnes! ¿Cómo puedo amar lo uno y lo otro? Dios me ha enviado a esta mujer.

GERD.—Escucha: repican todas las campanas en las montañas salvajes, para atraer a las gentes a la iglesia de hielo y nieve. ¿No ves las bandadas de brujas, que habrá desterrado el párroco? ¿No ves cómo se arrastran enanos y endriagos montaña arriba, llevando consigo las cerraduras de los ataúdes que han roto? Vienen arrastrándose llenos de humedad del mar, donde el hielo se derrite. De entre la masa apretada los niños llaman a su padre y a su madre, como corderinos que piden de comer, y hombres y mujeres gritan contestándoles. En la procesión de cadáveres van mezclados padre, hija, hijo. Las mujeres dan el pecho a niños muertos, que chupan con placer, y las madres van orgullosas como si los llevaran a la pila bautismal. ¡Oh, qué cosa más alegre, y más divertida! Desde que el párroco se fue se animó ese círculo.

BRAND.—¡Apártate de mí, poder oscuro! Veo aún cosas peores…

GERD.—Escucha: ríe, ríe él posado en el sendero de la montaña, y agita regocijado sus plumas. Apunta todas las almas que escogen el camino de la altura. No se le escapará ni una sola. Porque vuestra iglesia está vacía, sin párroco, sin honra. *(Salta por el vallado del jardín y desaparece entre las rocas.)*

AGNES.—*(Se acerca a Brand y dice con voz contenida.)* ¡Es hora, Brand; vámonos!

BRAND.—*(Mirándola fijamente.)* ¿Por qué camino? *(Señalando primero a la puerta de la casa y luego a la del jardín.)* ¿Ese… o ese?

AGNES.—*(Retrocediendo espantada.)* ¡Brand! ¡Piensa en tu hijo!…

BRAND.—*(Siguiéndola.)* ¡Contéstame! ¿Era antes párroco o padre?

AGNES.—*(Retrocediendo aún más.)* ¡Qué pregunta! ¡No exijas que diga…!

BRAND.—Pues es preciso. ¡El mayor dolor sería para tu corazón de madre!

AGNES.—Soy tu esposa: manda, pues; yo me confío a tu bondad.

BRAND.—*(Quiere asirla de un brazo.)* ¡Aparta de mí el dolor de este cáliz!

AGNES.—*(Retrocediendo y colocándose tras un árbol.)* ¿Puede elegir la madre?

BRAND.—Eso es ya casi la decisión.

AGNES.—*(Resuelta.)* Pregúntate si puedes elegir.

BRAND.—Más valor tendría si tú lo dijeses.

AGNES.—Habla. ¿Estás cierto de tu vocación? ¿Cierto de que Dios te creó para ello?

BRAND.—Sí. *(Cogiéndola una mano.)* ¡Así, pues, pronuncia la palabra que decida sobre la muerte y la vida!

AGNES.—¡Sigue el camino que Dios te ha señalado! *(Pausa.)*

BRAND.—Es ya tiempo… ¡Vayámonos!

AGNES.—*(Sin voz.)* ¿Por qué camino, Brand? *(Brand calla. Agnes, señalando a la puerta del jardín.)* ¿Por aquel?

BRAND.—*(Señalando a la puerta de la casa.)* ¡No, por este!

AGNES.—*(Levantando al niño en sus brazos.)* ¡Señor, si tengo que darte este niño, déjame que lo eleve al cielo; enséñame mi deber penoso! *(Entra*

*en la casa.)*

BRAND.—*(Se queda un momento con la vista fija a lo lejos; luego prorrumpe en lágrimas, se oprime la cabeza con las manos, se arroja en la escalera y grita.)* ¡Jesús, Jesús; dame luz!

# Acto cuarto

*Noche de Navidad en la casa parroquial. Habitación oscura; la puerta principal al fondo; a uno de los lados una ventana, al otro una puerta. Agnes, vestida de luto, está a la ventana y mira a la oscuridad.*

AGNES.—¡Todavía no!… ¡Oh, qué triste es esperar en silencio, mirar a la oscuridad fría y temerosa buscando ansiosamente!… La nieve cae blandamente en copos espesos; bajo un lienzo blanco casi se rompe el tejado de la iglesia… *(Escuchando.)* Pasos de hombre… Un andar firme… *(Corre hacia la puerta y la abre.)* ¡Oh, llega como la paloma de Noé!

*(Brand entra cubierto de nieve con traje de viaje, que se va quitando durante el diálogo que sigue.)*

AGNES.—*(Abrazándole.)* ¡Oh!, ¿por qué estuviste tanto tiempo fuera? ¡No te separes de mí! ¡Te lo suplico! Cuando estoy sola me siento llena de espanto y tiemblo ante los fantasmas nocturnos que rodean mi lecho.

BRAND.—Ya me tienes aquí, amada mía. *(Enciende una luz que esparce una claridad apagada.)* Estás pálida.

AGNES.—El sueño no quiso descender a mis párpados; escuché despierta muchas horas dolorosas… Y durante este tiempo reuní lo poco de verde que tenía del verano para el árbol de Navidad. Era su arbolito y quisiera ponerlo como corona alrededor de su frente. *(Prorrumpe en lágrimas.)* Míralo, está casi helado… Allí… ¡Oh, Dios mío!…

BRAND.—¿En su sepultura quieres decir?

AGNES.—¡Oh, no pronuncies esa palabra!

BRAND.—No, no. Deja el árbol. No llores.

AGNES.—¡Quiero llorar! Aguarda un poco y secaré el dolor que mana de mi corazón sangrante. Mis fuerzas están agotadas. ¡Pero pronto será mejor, amado mío! Cuando hayan pasado los días no volverás a oír queja alguna de mí.

BRAND.—¿Quieres honrar así la fiesta del Señor?

AGNES.—No; yo sé… ¡Oh, ten paciencia!… Piensa… El año pasado, en que él, nuestro corazoncito, estaba con nosotros tan fresco, tan sano, tan alegre… Y ahora… *(Calla estremecida.)*

BRAND.—*(Con energía.)* ¡Está en el campo del Señor!

AGNES.—*(Dando un grito.)* ¡No lo digas!

BRAND.—¡Debo decírtelo, precisamente porque te espantas de ello!

AGNES.—¡Oh, ya sé que con esas palabras quieres ahogar tu propio dolor! ¡Pero el sudor que cubre tu frente me lo dice todo!

BRAND.—Mi frente está húmeda del *fjord*, del hielo, del viento.

AGNES.—Y esa lágrima que brilla en tus ojos, ¿es también agua salada del *fjord*? ¡Oh, no; es demasiado cálida!… ¡Oh, tu corazón no es tan pobre!

BRAND.—Agnes, esposa mía, seamos fuertes y venzamos al enemigo que en nosotros alienta; seamos impávidos aun ante el dolor; luchemos palmo a palmo hasta conseguir el fin… ¡Qué fuerte me sentía sobre la barca azotada por la tempestad cuando el viento huracanado nos envolvía y las olas nos hacían saltar con tal violencia que los hombres vacilaban en sus puestos! Con el estrépito ensordecedor del mar se mezclaban los lamentos y silbidos del mástil, de la cuerda, cuando partíamos las olas bravas. Los clavos rechinaban, y el granizo fustigaba la vela, y la tormenta se enredaba en ella haciéndola casi jirones… De los ventisqueros de los lados venían bloques y lavinas… Los rostros de los remeros palidecían… Los remos pendían desmayados de las manos… Casi semejaban cadáveres… Y en medio de este horror yo iba sereno al timón, y me sentía más grande y más libre; sabía que Dios me había sellado para la misión tan caramente comprada.

AGNES.—Es fácil mantenerse firme en medio de la tormenta y seguir valeroso su camino entre ventisqueros y rocas que se desploman. ¡Pero

piensa también en mí!… Apenas despierta la mañana, pían los pájaros en las ramas de los árboles; así temprano me asaltan las preocupaciones y el tiempo se desliza con lentitud terrible. Piensa en mí, que quedo aquí desfallecida, sin que la acción ni la lucha me conforten… A quien tan poco se le dio y cuya copa está ya, sin embargo, tan colmada… Piensa en mí, que no puedo olvidar y no debo recordar.

BRAND.—¿Dices que es poco lo que te toca hacer?… Nunca fue tan grande como ahora. Pero déjame que te confiese que a veces me avasalla el dolor, a veces apenas si puedo ver; me siento tan desfallecido… Me parece que solo se haría claridad alrededor de mí si pudiese llorar hasta hartarme. Pero luego siento como si viese a Dios; pero no en la altura lejana, no; como si quisiese cobijarme y yo pudiese acercarme a él… ¡Oh!, en esos momentos quisiera, como un niño perdido en el dolor y hallado, precipitarme en su corazón de padre con las heridas abiertas.

AGNES.—¡Oh, Brand! ¡Velo así siempre! ¡Acércate con corazón gozoso a él! ¡Ve al padre, no al señor!

BRAND.—¿He de cerrarme el camino que conduce a sus obras? Fuerte y grande tiene que ser para mí, ya que el tiempo es tan pequeño que los hombres apenas reparan en él… Pero tú puedes ir a él, puedes mirarle a sus ojos paternales, puedes descansar en tus brazos el sufrimiento de tu corazón. Mi hacer es oscuro y turbio, pero tú me traes la gloria, en tus ojos brilla su resplandor y de ellos saco nueva fuerza cuando mi valor decae… Dividirse así la tarea es el núcleo verdadero del matrimonio. El uno lucha, resiste; el otro cura las heridas; solo así se muestra en claridad que ambos son en verdad solo uno… Desde que al apartarte del mundo para ser mi mujer amada arrojaste los dados de tu suerte, sabes lo que necesitas y para qué te ha destinado Dios. Yo estoy en la guerra santa; caiga o venza, me verás siempre como centinela impávido, en el día y en la noche, en las gradas sagradas del templo… Tu misión es traer al sediento el bálsamo refrigerante del amor, posar bajo la armadura sobre su pecho la blandura de sus alas. ¿Y dices que es pequeña la tarea que te está encomendada?

AGNES.—Adondequiera que dirija mis miradas, me parece todo superior a mis fuerzas. Todo mi pensamiento, todo mi ser corre hacia una como visión de sueño. Déjame quejarme, déjame que llore, ayúdame a conllevar mi dolor y mi deber al mismo tiempo. Cuando la noche anterior…, tú esta-

bas fuera…, en mi angustia… De pronto entró en la habitación, gordito y hermoso, con los piececitos desnudos, apenas cubierto por una camisa corta; entra y corre hacia la cama donde yo estaba acostada y extiende los brazos pidiéndome que le acoja. ¡Oh, sí que le vi… a nuestro hijo!

BRAND.—¡Son fantasmas de pesadilla!

AGNES.—No, lo vi perfectamente; estaba heladito… ¿Y cómo iba a estar con los pies desnudos sobre el suelo frío?

BRAND.—Su cadáver está en el ataúd; el niño está en el cielo.

AGNES.—*(Retrocediendo.)* ¡Oh, te burlas de mis lágrimas, de mi dolor! Lo que tú llamas fríamente el cadáver, para mí es siempre nuestro hijo. Tú puedes separar si quieres alma y cuerpo… Yo no puedo; para mí ambos son uno mismo. El que está sepultado en la nieve y el que mora allá arriba en el cielo son para mí el mismo Alf.

BRAND.—Antes de que pase la enfermedad tiene que manar aún a menudo la herida.

AGNES.—Sí, pero sé paciente, amado mío; guíame, condúceme al bien. Estate a mi lado y fortifícame, Brand; pero alárgame con dulzura la mano. Tú que hablas con ímpetu de tormenta en los grandes momentos en que los corazones están conmovidos, en que las almas se atreven a levantar la vista hacia lo eterno, ¿no tienes un poco de ternura para el dolor terrible de una madre? ¿No tienes una palabra que me anime y que levante a la luz mis ojos?… El Dios que tú me has enseñado es un rey arrogante y grande. ¿Cómo me atreveré a presentarme ante él, humillada por el dolor, llorando, sin ser más que una madre?

BRAND.—¿Crees que sería mejor implorar al Dios a quien antes honrabas?

AGNES.—No más desde que oí tu enseñanza y desde que guiaste mis miradas. Y sin embargo, a menudo pienso en los días claros del pasado… «¡Fácil de levantar, difícil de llevar!» ¡Oh, me siento desconsolada! Todo es demasiado grande para mí: tú, tu cargo, tu enseñanza, tu vida, todo lo que tú quieres, eres y haces; hasta las rocas que me oprimen y el *fjord* angosto… Hasta la iglesia me parece estrecha.

BRAND.—*(Impresionado.)* ¿Nuestra iglesia? ¿Por qué nuestra iglesia? ¿Todo te parece grande y solo ella estrecha?

AGNES.—Yo misma no sé cómo es; mi razón no puede explicarlo. Las opiniones vienen de lejos; vienen y van apenas sin notarlo. Y así solamente lo siento: nuestra iglesia es demasiado pequeña.

BRAND.—El sueño del pueblo no deja de tener sentido; ciento lo han dicho ya; y ella misma, la del espíritu perturbado en la montaña, gritaba: ¡La iglesia es fea!… Cientos de mujeres del distrito lo dicen también. No puedo dejar pasar inadvertido ese clamor; tengo que atender a lo que enseñan esas voces… Agnes, ahora lo veo claro. ¡Dios te ha enviado de entre el ejército de los ángeles para que me sirvieses de guía! Tú sabes encontrar con certeza, aun en medio de la oscuridad, el camino que yo nunca había atisbado. No te seduce ningún falso brillo. Tú has sabido llevarme al campo de la verdadera acción. Cuando yo quería volar hacia el cielo, ascender sin fin en lo azul, me señalaste a mí mismo, me mostraste mi propio corazón… ¡Agnes, una vez más adivinaste lo que era para mí enigma oscuro! ¡Nuestra iglesia es demasiado pequeña! ¡Bien está! Se levantará, pues, una casa más amplia, la casa de Dios. ¡Nunca había visto tan claro lo que poseo en ti! Y por eso te imploro, como tú: ¡No te apartes de mí, no te apartes de mí!

AGNES.—Quiero sacudir las preocupaciones, quiero secar mis lágrimas. No quiero revolver en los recuerdos, quiero dejar tranquila la tumba. Quiero navegar por el mar del olvido sin retornar… Borrar aquel mundo de imágenes que me pintan una dicha perdida. ¡Oh, te seguiré aunque sea duro!

BRAND.—¡De la estrechez a la anchura!

AGNES.—¡Pero no seas demasiado severo!

BRAND.—Por mí habla uno más alto.

AGNES.—Pero uno que ve la voluntad, aunque nuestras fuerzas no alcancen para realizar nuestros propósitos. *(Quiere irse.)*

BRAND.—¿Adónde vas, Agnes?

AGNES.—*(Sonriendo.)* ¡Oh!, no hay que olvidar la casa. El año pasado decías tú que había demasiado desorden. Había luz en todas las esquinas, coronas verdes, bellas cosas, y tú colgaste con tus propias manos, entre cantos y risas, los juguetes en el árbol de Navidad. Este año volveremos a hon-

rar la fiesta, encender luces en su honor, adornándolo todo con la mayor pompa. Y si Dios mira a nuestra estancia, nos verá, encorvados por el dolor, sí, pero como hombres que saben soportar la desgracia serenamente, que no renuncian a la alegría porque él haya querido probarnos y nos haya dado una carga tan pesada. ¿Ves lágrimas todavía?

BRAND.—*(Atrayéndola a sí.)* ¡Oh, hija mía! ¡Enciende luces!… ¡Traer luz es tu misión!

AGNES.—¡Enseguida! Pero te lo suplico… ¡Levanta la iglesia antes de que vuelvan a cantar las alondras! *(Se va.)*

BRAND.—*(Siguiéndola con la vista.)* Dispuesta siempre, aunque el dolor la punce; dispuesta aun en el tormento del martirio. Si su valor decae y el corazón vacila, es sin su voluntad… ¡Dale nuevo valor, oh Dios mío! ¡Y aparta de mí este cáliz amargo de tener que enviarle esta fiera carnívora de la ley, que bebe sedienta la sangre de su corazón! Si necesita sangre… ¡que tome la mía!… Yo tengo fuerza, yo tengo valor, yo llevaré con gusto el dolor por los dos… ¡Oh, pero sé con ella misericordioso!

*(Llaman a la puerta y entra el Alcalde.)*

EL ALCALDE.—¡Aquí viene a veros un vencido!

BRAND.—¿Cómo vencido?

EL ALCALDE.—¡Miradme como a tal! La hoja se ha doblado. Yo quería expulsaros del país, aunque no precisamente por la violencia; no pretendía más que resistiros y no os profeticé lo mejor…

BRAND.—Eso sí que es verdad.

EL ALCALDE.—Pues bien: a pesar de mi derecho, suspendo la pelea.

BRAND.—¿Por qué?

EL ALCALDE.—¿Qué hacer?… Tenéis la mayoría de vuestro lado.

BRAND.—¿De veras?

EL ALCALDE.—Ved cómo vienen a vos las gentes de todas partes. ¡Quién sabe los nombres de todos los que vienen! Y luego en el último tiempo ha entrado aquí un nuevo espíritu que más y más me estrecha… Me duele que así sea…, pero aquí va mi mano… ¡Acabó la lucha!

BRAND.—Yo creería que la guerra comenzaba de nuevo, aunque arrojarais el fusil.

EL ALCALDE.—Una paz seria suprime todo desacuerdo. ¿Para qué batirse en vano? Y si generalmente yo no me amedrento fácilmente, me doy por perdido cuando noto que las puntas de las lanzas amenazan mi pecho desnudo. ¿A qué luchar más? Cuando no se tiene más arma que un bastón…, vale más buscarse un rinconcito seguro. El que lucha solo lo comprende fácilmente. Hay que ceder; si no, se sucumbe.

BRAND.—Tampoco a mí me gusta sucumbir. Pero ¿por qué decís que soy el más fuerte?

EL ALCALDE.—Tenéis los más.

BRAND.—Supongamos que los tenga; pero luego, en el último momento, en el día supremo del sacrificio, cuando llega la decisión, cambian de aspecto las cosas.

EL ALCALDE.—¿En el día del sacrificio? ¡Ay, amigo mío!; el miedo a que pueda venir es un miedo vano. En el peor caso aligera un poco los bolsillos de las gentes. Este tiempo es demasiado humano para que guste de sacrificios. Lo más desagradable es esto. Yo estuve siempre dispuesto a fomentar todo impulso humano, disminuí el sacrificarse y evité siempre el día del sacrificio como si fuera una broma. Me abandoné a mí mismo y me inutilicé al asociarme con los asesinos de la obra de mi vida.

BRAND.—No sé si os equivocáis; pero por lo demás, difícilmente se comprende que depongáis las armas. El hombre que tiene un fin que cumplir, sigue impávido su camino, aunque tuviera que atravesar un mar.

EL ALCALDE.—¡Pero pensad que en toda empresa hay que descansar en alguna parte! Cuando se ve que los esfuerzos hechos nada dan de sí, se piensa en cómo se podrá volver a casa. La vida es así. Se quiere una recompensa por sus esfuerzos, sus cuidados. Si no se puede conseguir en la lucha, hay que someterse o ceder.

BRAND.—Pero lo negro no se hace nunca blanco.

EL ALCALDE.—Querido amigo, de nada sirve el que yo vea blanca la nieve y limpio el hielo si todo el mundo empieza a gritar: ¡Negro como la nieve!

BRAND.—¿Vos gritáis también lo mismo, en ese caso?

EL ALCALDE.—¡No precisamente lo mismo! Yo grito: No es negro, pero sí gris. Somos humanos, ¿por qué irritarnos? ¿Por qué ponerse enfrente de las gentes? Os ruego amistosamente no olvidéis que vivimos en un país libre y orgulloso, donde nadie puede tener la arrogancia de censurar lo que está reconocido como bueno porque la mayoría lo cree así. Y como la mayoría está con vos, vos sois el primero, yo me uno a la mayoría y os sigo con los demás. Así, pues, ahora tenéis libertad para censurar mi conducta. El pueblo dice —bien lo veo— que mi labor es limitada, estrecha y mezquina; creen que los tiempos exigen más que sembrar año tras año y recoger lo sembrado; ya no dan, como antes, de buena voluntad lo que es justo y equitativo… Y cuando falta la voluntad gozosa, el cumplimiento no es verdadero cumplimiento… Por difícil que sea introducir mejoras en las playas, en caminos o puentes, sanear marismas, desecar pantanos…, las gentes no hacen más que mirar al cielo. ¡Y qué va a hacerse, Dios mío! Si no se puede esperar la victoria, se aguarda resignado a que vengan tiempos mejores y se mantiene uno alejado de la pelea. Bien; el favor del pueblo huyó de mí…; no me avergonzaré sin más por eso. Trataré de pensar en hallar otros caminos para ganarle.

BRAND.—¿De modo que solo habéis ejercido vuestras artes para alcanzar el favor del pueblo?

EL ALCALDE.—No, no; Dios sabe que no era por eso; mi objetivo es el bien del pueblo; solo por conseguirlo me afané siempre. Sin embargo, no negaré que también entraba en juego la esperanza de una indemnización por todo lo hecho. Así son las cosas: un hombre que entiende lo que hace y sabe hacerlo, gusta de ver los resultados de su labor, y no simplemente quedar agotado por servir una idea. Además, yo no puedo, ni aun con la mejor voluntad, satisfacer a todas las exigencias… Ya sabéis… Un padre de familia quisiera ver a sus hijos bien colocados… Y yo…, yo tengo muchas hijas. Las ideas no apagan la sed; a los hambrientos no les dicen nada; hay que tener llena la casa. Y si un día viniera un consejero pretencioso a enmendarme, le diría, aunque sin ira: ¡Primero sed padre de familia!

BRAND.—¿Y cuál es vuestro plan?

EL ALCALDE.—Una fundación.

BRAND.—¿Una fundación, decís?

EL ALCALDE.—Sí… Para mi ventaja y la de todos nosotros. Primero para el esplendor de mi nombre, para que nadie pueda competir conmigo. Se aproximan las elecciones de diputados y es preciso contar con algo fuerte, poder poner algo sobre el tapete que fuerce a los indecisos…; si no, vendrá otro que me dé de lado. Así pienso yo, pues mejor es quedarse en casa que remar contra viento y marea. Las gentes quieren, al parecer, elevación, impulso, espíritu, en una palabra. Eso no es cosa mía… Yo tengo que recobrar lo perdido, ya que mis fuerzas están quebrantadas y que casi se me ha señalado la puerta. Así, después de madura reflexión y de pesar el pro y el contra, he llegado a esta decisión. ¡Ahora le toca la vez a la pobreza!

BRAND.—¿Es que queréis acabar con ella?

EL ALCALDE.—No; es un mal necesario, por mucho que contra ella se predique; hay que inclinarse ante ella y tragarla. Pero puede dulcificarse algo, regularla, darle forma si se interviene a tiempo. La pobreza es un abono para el pecado; en ella se fomenta el vicio. Yo pienso canalizarla todo lo bien que pueda.

BRAND.—¿De qué manera?

EL ALCALDE.—Voy a exponéroslo. Tengo pensadas dos cosas. En bien del distrito quisiera edificar una casa para los pobres, los enfermos; una casa de liberación, liberación de miseria y pecado y de todas las cosas dolorosas. A este edificio pienso luego unir una casa de arresto; así se encontrarán reunidos bajo el mismo techo el efecto y la causa, ambas tras la misma cerradura, como el látigo al lado del perro… Y ya que estoy puesto a ello, agregaré todavía una sección más, un pabellón lateral bastante capaz para reuniones electorales y fiestas, donde el pueblo con luz y comodidad…, en una palabra, una sala de fiestas comunal.

BRAND.—¡Sois terrible construyendo, alcalde! Pero me parece que olvidáis una cosa.

EL ALCALDE.—¿Un manicomio pensáis, verdad?… Desde hace tiempo que pienso en ello; ha sido uno de mis más caros deseos. Pero cuando pensé detenidamente sobre ello, dije —a mí mismo, es claro—: ¿De dónde sacaremos los medios para construir una casa tal, y qué espacio no sería necesario si todos los dignos de ello pasasen una noche siquiera bajo su techo?… Y

luego, ¡cómo sube hacia el cielo poco a poco el árbol del tiempo! Las necesidades del pueblo corren como si fuera con botas de siete leguas. El mal se desarrolla con velocidad vertiginosa en todas partes… ¡Y sería demasiado si quisiésemos levantar una casa semejante que hubiese de bastar también para la descendencia!… ¡De todos modos sacamos la muela podrida!… ¡Espero que aprobaréis mi decisión!

BRAND.—Y al que se comporte demasiado locamente se le encierra en la gran sala.

EL ALCALDE.—*(Regocijado.)* Es verdad; así como así, casi siempre está vacía… ¡La ocurrencia es magnífica! Primero construimos y luego el manicomio nos sale de añadidura. La cosa marcha por el mejor camino. Reuniremos bajo un techo los elementos más importantes y los talentos más agudos: el proletariado entero, los canallas que perturbaban con palabras y hechos el orden civil, y los locos que antes erraban por ahí sin cuidado ni disciplina; luego el dulce fruto de la libertad, la lucha política y el ímpetu de la oratoria, en que los espíritus chocan unos con otros. Allí estará la sala del Ayuntamiento, en la que se charlará sobre los asuntos que afectan al bienestar del vecindario; el salón de fiestas, donde se elevarán los espíritus y se vivificará el recuerdo de nuestros tiempos heroicos. Si nuestro plan no se deshace, quedan vencidos nuestros enemigos más enconados, y nuestro pueblo tendrá cuanto necesita para su salud. Dios sabe que a pesar de haber sido un día el espanto del enemigo, vivíamos de mala manera. Pero el día en que nuestra casa esté levantada, queda todo arreglado perfectamente y organizado el distrito.

BRAND.—Pero ¿y el dinero?

EL ALCALDE.—Ahí está el nudo de la dificultad; de eso andamos mal. Si falta el dinero, todo el plan será pura fantasía y quitaré la bandera del tejado. Pero si prestáis al proyecto el poder de vuestra palabra, podemos reírnos del más valiente… Y una vez el proyecto realizado, estoy gustoso a vuestra disposición.

BRAND.—¡Eso quiere decir que queréis comprarme!

EL ALCALDE.—Quiero llamarlo con otro nombre. Quisiera que acabasen mis diferencias con vos, llenar los vacíos que nos separan, en provecho de la generalidad… Quisiera la paz en bien de ambos.

BRAND.—Para eso habéis escogido mal tiempo.

EL ALCALDE.—Ya sé que un profundo dolor pesa sobre vos y sobre vuestra esposa; pero también sé que sois fuerte y que tenéis un corazón para las necesidades de los demás.

BRAND.—En dolor o en alegría me veréis dispuesto a serviros en todo momento; pero no puedo serviros esta vez, por una razón muy sencilla.

EL ALCALDE.—¿Y esa razón…?

BRAND.—Porque yo mismo me propongo edificar.

EL ALCALDE.—¿Cómo edificar? ¿Según mi proyecto?

BRAND.—No del todo. *(Señalándole afuera por la ventana.)* Servíos mirar aquí afuera.

EL ALCALDE.—¿Adónde?

BRAND.—Allí.

EL ALCALDE.—¿La cabaña aquella grande? ¿Queréis convertirla en palacio?

BRAND.—No esa; me refiero a la casa pequeña…

EL ALCALDE.—¿La iglesia?

BRAND.—Sí; quiero apuntalar lo vacilante y hacerlo renacer a nuevo esplendor.

EL ALCALDE.—¡No hagáis eso, por el diablo! ¡Sería un escándalo! ¡La iglesia no puede tocarla nadie! ¿Quién fue el primero? ¿A quién se le ocurrió la idea? ¿Queréis coger los frutos maduros, dejarme completamente en la sombra? ¡Dos cosas a un mismo tiempo son demasiado! ¡Renunciad!…

BRAND.—Sé adónde voy.

EL ALCALDE.—Tenéis que renunciar, amigo. Después de levantada mi cárcel, mi hospital, mi casa comunal de fiestas, en una palabra, el manicomio, podéis edificar vuestra iglesia… ¿Quién pide una iglesia hoy en día? Además de que ya hace largo tiempo que existe.

BRAND.—Se ha hecho demasiado pequeña.

EL ALCALDE.—Sea. ¿Pero la habéis visto llena alguna vez?

BRAND.—Aquí falta el recinto donde un alma sola pueda levantarse hasta Dios.

EL ALCALDE.—*(Sacude maravillado la cabeza.)* Aquí tenemos la prueba de la mucha falta que nos hace un manicomio. *(En otro tono.)* Debéis dejar la iglesia como está, porque se trata de un monumento noble y antiguo que no puede venirse abajo tan solo porque a vos se os antoje. Tengo en el bolsillo mis planos, y si sois tan insensato que me los quemáis, yo sabré levantarme, como un fénix, de entre las cenizas. Yo sé cómo se adquiere el favor del pueblo; sé cómo se toma esa fortaleza. Me presentaré como el caballero de esta tierra, y particularmente de esta playa… Antiguamente, cuando creían en los dioses, había aquí un bosque sagrado; luego se levantó esta iglesia pequeña con el botín recogido por héroes piadosos. Y así, venerable en su magnificencia sencilla, sagrada en las vestimentas de la tradición, se mantuvo hasta hoy callada y firme.

BRAND.—Pero esos tiempos de poder y grandeza pasaron hace mucho ya. Nunca he oído hablar de que quedaran restos de ellos.

EL ALCALDE.—El que no se encuentren restos habla en pro de su gran antigüedad… Pero un tiempo, hace ya muchos años, había un agujero en la pared.

BRAND.—¿Un agujero?

EL ALCALDE.—¡Sí, como una mancha negra!

BRAND.—¿Pero la pared…?

EL ALCALDE.—¡Oh, esa había desaparecido! Por eso os lo digo cara a cara. ¡La destrucción de la iglesia es imposible! Es una vergüenza, una cosa intolerable, bárbara… ¡Yo no lo toleraré!… Y luego, aun suponiendo que las gentes fuesen tan insensatas y se aviniesen a cometer esa profanación, ¿creéis que iban a ser tan derrochadoras que os proporcionasen el dinero necesario?… ¿Que iban a correr ciegas a su perdición, aunque la superioridad diese la autorización necesaria para que os apoyasen? Vaya, vaya, lo pensaréis; de lo contrario, seré yo quien gane la batalla.

BRAND.—No sacaré a nadie un céntimo para mi nueva casa de Dios. La construiré con solo mis recursos; consagraré a esta gran obra toda mi herencia… Y ahora, alcalde, ¿seguiréis censurando mis intenciones? ¿Creéis que lo hago tan solo por ponerme en vuestro camino?

EL ALCALDE.—¡Me dejáis espantado y sin saber qué decir! ¡Y esto ocurre en nuestro país, la tierra de la escasez, donde en cada frente puede leerse: ¡La mano sobre la bolsa!… ¡Y en este país venís vos y echáis, precipitáis sobre nosotros una catarata tan impetuosa que el agua espumarajea, y uno se pregunta si no estará soñando!

BRAND.—Tiempo ha que en mi corazón está hecha donación de mi herencia.

EL ALCALDE.—Sí; ya hace tiempo que se habla de la construcción de una iglesia, que se piensa en ello; pero yo siempre creí que eran invenciones. Un espíritu semejante de sacrificio nace fácilmente cuando se trata de la ventaja propia. Pero si realmente estáis decidido, os seguiré; estáis en buen camino, conseguiréis sin duda lo que deseáis. Solo no haría más que vacilar, tropezar… ¡Brand, levantaremos juntos la iglesia!

BRAND.—¿Condenáis, pues, vuestro plan?

EL ALCALDE.—¡Dios sabe que sí lo condeno! Si no lo hiciera, hasta los niños se reirían de mí. ¿Adónde va la gente? ¿Donde presume abono, cebo, forraje, o donde adivina al carnicero? No, no; no tengo ya tranquilidad. Estoy completamente poseído del pensamiento; estoy, si se me permite la expresión, completamente conmovido, y la sostendré firme y sin vacilación. Mi buena estrella ha sido quien me condujo hoy a vuestra casa, querido amigo; pues sin mi plan me parece que tampoco hubiera venido el vuestro, o por lo menos tampoco hubiera salido a la luz… Ahora es clara mi tarea. ¡Levantar a todo trance la iglesia!

BRAND.—Pero la iglesia…, ¡el monumento antiguo, venerable, sencillo!

EL ALCALDE.—Visto desde aquí, a la luz de la luna, me parece casi una ruina.

BRAND.—¿Cómo, alcalde?

EL ALCALDE.—¡Perdonadme, estaba ciego! ¡Yo mismo no puedo comprender cómo no se me ocurrió antes apuntalarla! ¡Es casi peligrosa! ¿Y dónde está el estilo, la arquitectura? ¡El conjunto es casi una caricatura!… ¿Cómo llamar a un edificio semejante? Una persona entendida lo llamaría horrible; diría que no valía un comino. ¡No; fuera esa estantigua! ¡Tan vieja, que es de los tiempos de Bell! Verdaderamente, la piedad va a menudo bien

lejos. Porque eso debía verlo un ciego; no es digna, no es hermosa, no es más que una vieja cuadra oscura.

BRAND.—Pero pensad, suponed que el pueblo no respondiese, que se negase.

EL ALCALDE.—Si ninguno quiere, yo lo haré. Ahora que vienen los días de fiesta, pongamos manos a la obra con entusiasmo. Quiero que comencemos enseguida, pero cubriendo todas las formas. Quiero trabajar, moverme, escribir… Bien; ya me conocéis. Y si no puedo impulsarlos a la obra, si no puedo cambiarles en su opinión terca, lo haré con mis propias manos y ayudado de los míos, de mi mujer, de mis hijas. ¡Nada me importa cuanto puedan gritar!

BRAND.—Vuestras palabras de antes sonaban, perdonadme, más fríamente.

EL ALCALDE.—Bien; pero no se puede ser siempre de la misma manera; esto es humano. Y si no mienten los poetas, le sienta muy bien a un hombre seguir grandes ideas, tender el vuelo alguna vez. ¡Pasadlo bien! *(Quitándose el sombrero.)* ¡Voy a ver a mis vagabundos!

BRAND.—¿A quién?

EL ALCALDE.—Figuraos que he encontrado…, yo mismo…, toda una banda de gitanos. ¡Unas gentes endiabladas!… ¿Uno qué podía hacer contra tantos, diez o doce que serían? Grité y llamé para que me ayudasen, y ahora los tengo cogidos y seguros. Solo dos o tres lograron escapar.

BRAND.—¿No tienen libre el tránsito?

EL ALCALDE.—¿Pero a qué viene aquí esa canalla? Pero eso se comprende si se sabe que hay algo aquí que les atrae; no quieren abandonar su tierra, dicen. *(Riendo.)* ¡No quieren abandonaros a vos! Bien; vais a saberlo enseguida… ¡Descifrad, si podéis, este enigma! Entre ellos hay algunos que deben la vida a quien os la dio a vos, y sin embargo no son de la misma sangre que vos.

BRAND.—*(Moviendo la cabeza.)* Hay muchos enigmas que torturan el alma; se medita sobre ellos y no pueden resolverse.

EL ALCALDE.—Fijaos ahora, si queréis comprender. Habéis oído hablar alguna vez, sin duda, de un mozo que vivía allá hacia el oeste, y que

era tan sabio como un párroco, más, como cuatro de los mejores. De este mozo cuenta la gente que un día pretendió a vuestra madre.

BRAND.—¿Y qué pasó?

EL ALCALDE.—Ya podéis figuraros. ¡Ofender de tal modo a una doncella rica! ¡Ella, que tantos pretendientes tenía! Le despidió, naturalmente, con cajas destempladas. ¿Y qué se hizo el pobre muchacho? Otro se hubiera mordido la lengua y se hubiera vuelto por el camino por donde había venido. Él se volvió casi loco de pena, y al cabo buscó para mujer a una gitana. Murió, y aumentó la banda dejándole la descendencia. Y aquí, en la parroquia, quedó permanentemente una de sus hijas, una amable criatura que nos honra con su presencia.

BRAND.—¿Quién es?

EL ALCALDE.—Gerd, la gitana.

BRAND.—*(Con voz contenida.)* ¡Gerd!

EL ALCALDE.—*(Alegremente.)* ¿Verdad que valía la pena de adivinar? ¿Verdad que la descendencia esa va a parar al punto donde está la fuente de vuestra propia vida?

BRAND.—¿No hay salvación para esas almas?

EL ALCALDE.—Quien como ellos ha nacido en el pecado, está destinado al presidio. Salvar esa canalla sería robarla…, robársela al demonio, que protestaría si se la quitasen.

BRAND.—Pero vos pensabais edificar una casa que sirviera para aliviar las desgracias.

EL ALCALDE.—Apenas formulado el proyecto, lo retiró su autor mismo.

BRAND.—A pesar de eso…, sería una hermosa recompensa…

EL ALCALDE.—*(Sonriendo.)* Ahora habláis en un tono completamente distinto. *(Golpeándole en el hombro.)* Dejad muerto a lo que muerto está. El hombre debe tener una conducta firme. Adiós, no puedo detenerme más, y con nuestra conversación me olvidé de que tengo que buscar en su escondite a los tímidos. Nos veremos pronto. ¡Felices Pascuas! Adiós; mis votos más sinceros para vuestra esposa. *(Se va.)*

BRAND.—*(Tras una pausa, durante la cual medita.)* ¡Oh, qué dolor se purga aquí; qué sufrimientos desconsolado y escondido!… Así se enreda y se extravía el hilo inconsciente del destino… La culpa está al lado de su fruto, y la una mancha al otro. Justicia…, injusticia… Por más que el ojo se afane en buscar, ¿quién ve, quién puede distinguirlos? *(Se asoma a la ventana y mira un buen rato hacia afuera.)* Pobre hija mía, cordero sacrificado por culpa de la conducta ligera de mi madre: nuestras arpas suenan en vano; un espíritu extraviado no nos deja vivir en calma. Él fue quien me trajo la nueva, él hizo que echásemos los dados… Se enturbió su espíritu porque erró un día el corazón de mi madre. Dios necesita la culpa, el germen primero para la expiación eterna del pecado, y busca el pecado de los padres en los hijos y en los hijos de los hijos. *(Se separa estremecido de la ventana.)* ¡Oh, sí! De lo alto me viene luz. Lo supremo es el equilibrio… Entregarse voluntariamente es elevarse a las alturas de Dios… Pero sabiamente se calla esta palabra. No quieren más que sucumbir. *(Se pasea arriba y abajo.)* ¿Y rezar? ¡Oh, esta palabra oración, que anda ligeramente en todos los labios, que emplean con derroche todas las clases!… ¡Oración! Es el grito demandando gracia, pidiendo que no les dañen las tormentas; un mendigar para que se aumente la carga de Cristo; un tender hacia lo alto los brazos, defendiéndose del tormento del remordimiento y de la duda. ¡Oh!, si este murmullo desmayado fuese bastante, quisiera comportarme como ellos y llamar a las puertas del Todopoderoso terrible… *(Se para y medita.)* Y sin embargo…, en el día más espantoso, en aquella hora horrible en que nuestro hijo…, ¡oh Dios mío!, se durmió… Cuando ni un beso maternal podía arrancar una sonrisa a sus labios… ¡Qué pasó entonces!… ¿Rezaba yo acaso?… ¿De dónde venía aquel desmayo y aquella luz…, el rumor de canto y las melodías…, aquel sonar y cruzar de visiones…, el espanto, el temblor de mis rodillas? ¿Me confortó entonces la oración?… ¿Hizo Dios descender un consuelo…, posó con dulzura su mirada en mí…, oyó mi llanto desconsolado?… ¡Fuera!… Todo se hundió en la sepultura… El cielo me ha aparecido enturbiado… No podía ver luz, ni una sola luz… ¡Oh, Agnes, tráele luz al ciego! *(Llama poseído de espanto.)* ¡Agnes, luz!… ¡Luz!… ¡Que me alumbre la luz!…

*(Agnes abre la puerta y entra con las luces de Navidad encendidas; un claro resplandor ilumina la estancia.)*

BRAND.—¡Luz, luz!

AGNES.—¡Aquí están las luces de Navidad!

BRAND.—*(Bajo.)* ¡Las luces de Navidad!

AGNES.—*(Colocando los candeleros sobre la mesa.)* ¿Estuve mucho tiempo fuera?

BRAND.—¡No, no!

AGNES.—Hace frío aquí… Tengo miedo. Tú tienes frío… Tiemblas.

BRAND.—¡No!

AGNES.—*(Sonriendo.)* ¡Qué orgulloso eres! No quieres calor… ¡Pues la leña tiene que arder! *(Echando leña en la chimenea. Hablando para sí, mientras arregla la habitación.)* Esta lucecita la pongo sobre nuestra mesa de Navidad… ¡Qué fresco estaba el año pasado! ¡Cómo lucían en su carita los claros ojos y cómo extendía los deditos amados hacia la luz brillante!… ¡Y cómo chupaba a escondidas chucherías!… Las luces brillaban con tal claridad… Le parecía ver el sol. *(Poniendo la luz algo más lejos.)* Ahora cae toda la claridad juntamente en aquel…, en aquel sitio. Ahora mi tesoro, desde su lugar de descanso, mira por la ventanita a la luz de Navidad, clara y alegre… Pero los cristales están enturbiados como si empañados de lágrimas… ¡Oh, aguarda un poco, yo te los limpiaré! *(Limpia los cristales de la ventana.)*

BRAND.—*(La ha seguido con la vista, y dice en voz baja.)* ¿Cuándo se calmará ese mar embravecido y turbulento? ¡Es preciso entrar en calma; así no se puede seguir!

AGNES.—Ahora están limpios. ¡Oh, mira!… ¡Como si no hubiese cristal ninguno en las ventanas! ¡Como si la habitación se agrandase y en la tierra fría se hiciese un cuartito en que durmiese mi hijo querido!

BRAND.—¿Qué haces, Agnes?

AGNES.—¡Silencio! ¡Buenas noches!

BRAND.—*(Acercándose.)* ¿Para qué separas la cortina?

AGNES.—¡Oh, no era más que un sueño! Ya estoy despierta.

BRAND.—¡Tienes que estar despierta! Es necesario. ¡Vuelve a cerrar!

AGNES.—*(Suplicante.)* ¡Brand!

BRAND.—¡Domínate! ¡Domínate!

AGNES.—¡No seas duro!… ¡Oh, deber penoso!

BRAND.—¡Cierra!

AGNES.—*(Cerrando.)* Ya están cerradas. Pero Dios me perdonará si he sacado un consuelo momentáneo de un sueño hermoso…

BRAND.—Dios es un juez dulce y bondadoso; te levantará. Pocas veces se quiebra su báculo. Pero no debes ofenderle dirigiéndote a un ídolo.

AGNES.—*(Prorrumpiendo en llanto.)* ¿Hacia dónde? ¿Cuál es el fin de nuestros esfuerzos? ¡Oh, estoy cansada y sin alas!

BRAND.—Cualquier sacrificio es inútil si en vez de darlo todo solo das algo.

AGNES.—¿No fue todo lo que tenía? ¿Me queda algo más?

BRAND.—*(Sacudiendo la cabeza.)* Todavía no está vacío tu armario.

AGNES.—¡Pide! Tengo el valor de la pobreza.

BRAND.—¡Dame!

AGNES.—¡Toma! Busca… ¡Aquí está mi corazón!

BRAND.—Tienes recuerdos, tienes dolor, tienes la corriente pecadora de tus lágrimas…

AGNES.—*(Desesperada.)* ¡Tengo la sangre caliente de mi corazón! ¡Tómala también, pues! ¡Oh, tómala, tómala!

BRAND.—En vano sacrificas en tu desesperación. No tienen valor tales sacrificios. Debes hacerlos con el corazón gozoso.

AGNES.—*(Estremeciéndose.)* ¡Qué difícil penetrar hasta tu Dios!

BRAND.—Solo un camino penoso reporta ganancia. El que quiere lo sigue gozosamente.

AGNES.—Es el camino de la gracia…, creo yo.

BRAND.—*(Eludiendo.)* Está pavimentado con piedras de sacrificio.

AGNES.—*(Queda con la vista fija a lo lejos y habla estremecida.)* Ahora se abren ante mí, como un abismo profundo, las palabras del escrito cuyo

fondo yo no entendía.

BRAND.—¿Qué palabras?

AGNES.—«¡Quien ve a Dios, muere!»

BRAND.—*(La abraza y la estrecha fuertemente contra sí.)* ¡Oh, cierra los ojos enseguida! ¡Escóndete! ¡No le veas!

AGNES.—¿No?

BRAND.—*(Soltándose.)* ¡Tú eres la luz de mis ojos!

AGNES.—Sufres, Brand.

BRAND.—Te amo.

AGNES.—Pero tu amor es duro.

BRAND.—¿Demasiado duro?

AGNES.—¡No preguntes! Bajo tu protección te sigo con gusto en la más penosa de las marchas.

BRAND.—¿Crees que te saqué sin pensarlo del corro alegre?… ¿Que te impulsé al sacrificio gozosa para nada, para no conseguir más que algo a medias? ¡Ay de ti y de mí si así fuese! El sacrificio hubiese sido demasiado caro. ¡Tú eres mi mujer y tienes que obedecer a Dios!

AGNES.—Pide cuanto quieras, pero quédate conmigo. ¡Oh, no me dejes sola!

BRAND.—Estoy muy cansado…, bien lo noto… *(A media voz.)* Tengo que levantar la gran iglesia…

AGNES.—La mía se hundió en barro y polvo.

BRAND.—Porque eres sorda a la voz del Eterno. El templo de tus ídolos era demasiado débil y la primera tormenta lo hizo añicos. *(La abraza, lleno de temor.)* ¡Paz contigo, paz por ti! *(Se va por la puerta lateral.)*

AGNES.—¿No puedo ir a la ventana y mirar toda escondida un poco? Dime… ¿Puedo hacerlo?

BRAND.—*(Desde la puerta.)* No. *(Entra en su habitación.)*

AGNES.—Bien cerrado y trancado. ¡Todo está cerrado! Sellados están quejas y suspiros; un candado ante Dios y ante la tumba… ¡Oh, me siento solitaria como en la sepultura!… ¡Fuera, fuera! Necesito aire… ¿Fuera?… ¿Adónde?… ¿No hay unos ojos punidores que miran hacia abajo? ¿Y no se quedaría mi corazón aquí, en la colina donde duerme mi hijo? Por firme que fuera no podría huir el dolor de este tormento y este vacío. *(Escuchando en la puerta de Brand.)* Lee en voz alta; mi voz no llegará hasta su oído. ¡Ni ayuda, ni consuelo, ni consejo! Y el camino del Dios de Navidad pasa solo por delante de las madres con hijos, por donde hay juego y baile, por donde reina la alegría en el esplendor de Navidad; no donde pies cansados se arrastran hacia la corona fúnebre marchita. ¿Cómo iba a preocuparle a él, el alegre, el dolor de un alma de madre? *(Se acerca con precaución a la ventana.)* ¿Abriré la ventana? ¿Dejaré que el resplandor de la luz penetre en la habitación oscura y le teja una corona de rayos? ¡No, no está allá abajo! La Navidad es fiesta de niños. Hoy podrá venir y quizá no esté muy lejos. ¡Quizás llame con sus deditos en el cristal claro y limpio! Alf… ¡Oh, no! No abriré. No puedo aunarlo con mi deber. Ya ves, el padre quiere que se cierre; tú siempre fuiste juicioso y no vamos a enfadarle ahora. ¡Además no tengo nada que regalarte! ¡Vale más que vueles al cielo! El cielo es tan claro y tan dulce…; allí tienes caballos y cuantos juguetes quieras y la alegría alborotadora de los otros niños. Pero no llores… No te enfades porque el padre ha prohibido abrir hoy que podías venir a vernos y que has llamado a los cristales. No lo hizo sin razón… Pero los niños pequeños no pueden comprender lo que nosotros, mayores, vemos claramente… ¿Sabes? Está triste, con la cabeza agobiada; sangra de heridas profundas; te ha cogido hojitas verdes y ha hecho una corona con ellas. *(Escucha, vuelve en sí y mueve la cabeza.)* ¡Oh, estoy soñando! No solo los cristales de la ventana nos separan. Solo al calor de las llamas purificadoras se desploma el muro que nos separa, se derrumba la bóveda, rechina la puerta de la prisión y salta como un cristal la cerradura. Muchas, muchas cosas tienen que pasar todavía antes de que volvamos a vernos. Yo quiero trabajar, no faltar; quiero cumplir plenamente con mi deber, endurecer mi voluntad… ¡Pero hoy…, esplendor de Navidad todavía! ¡Oh, cuando pienso en lo distinto que fue el año pasado! ¡Pero no he perdido toda mi alegría! Me queda una cosa aún, dada por el buen Dios, cuyo valor infinito solo puede ser comprendido por el corazón de una madre.

*(Se arrodilla frente a una cómoda y saca de un cajón una porción de cosas. En el mismo momento, Brand abre la puerta para hablar con ella. Al ver lo que tiene ante sí, se detiene y queda silencioso. Agnes no le ve.)*

BRAND.—*(Aparte.)* Delante, detrás, arriba, abajo…, dando siempre vueltas alrededor de una tumba.

AGNES.—Aquí están la capa y el velo que llevaba cuando lo bautizaron… Aquí está el vestidito… *(Lo coge, lo mira y ríe enajenada.)* ¡Dios mío! ¡Qué rico y qué hermoso era mi niño, tan gordito, cuando estaba sentado en la silla alta!… ¡Y la chaquetita que se puso en la primavera! Entonces le estaba muy ancha, pero poco después le quedó pequeña; aquí lo pongo al lado del vestido. Guantes, medias —¡qué piernecitas!— y el gorrito de seda, caliente y suave…, todo limpio y nuevecito. ¡Oh, el bastoncito y el vestidito de viaje!… Iba a viajar con él… Sí, viajó… ¿Pero adónde?… Cuando yo lo encerré en la cómoda me sentía cansada hasta morir.

BRAND.—*(Retorciéndose dolorosamente las manos.)* Si quieres que se desplome el templo, que sea otro el encargado de derribarle… Pero Dios mío…, ¡que se haga tu voluntad!

AGNES.—Aquí hay una mancha… ¿Será mi llanto? ¡Qué riqueza!… ¡Oh, aquí está el velo sagrado que llevó al bautizo! ¡Soy rica todavía, puesto que puedo ver estas reliquias!

*(Llaman a grandes golpes a la puerta. Agnes se vuelve dando un grito y ve a Brand. Se abre la puerta y entra una mujer con los vestidos andrajosos, llevando un niño en los brazos.)*

LA MUJER.—*(Mira la ropita de niño y grita a Agnes.)* ¡Madre rica, reparte con la pobre madre!

AGNES.—¡Eres cien mil veces más rica que yo!

LA MUJER.—¡Oh, eres como los otros! No tienes más que palabras para ayudarme.

BRAND.—*(Acercándose a ella.)* ¿Qué es lo que necesitas? ¡Habla!

LA MUJER.—¡El párroco no, tú no! ¡No empieces a predicar otra vez! Prefiero volver a la tormenta, tener hambre, sufrir como un gusano, sentarme a la orilla del mar salvaje sola en una roca pelada… Mejor eso que este

hombre vestido de negro, este emisario del infierno. ¿Tengo yo acaso la culpa de ser lo que soy?

BRAND.—Esta voz…, estas facciones… ¿Me engañaré, Dios mío?

AGNES.—Sentaos, calentaos si tenéis frío; os daré algo que comer.

LA MUJER.—¿Sentarse una gitana en una casa caliente, clara y fina?… ¿Creéis que vais a seducirme? Para nosotros son los caminos y los prados, las rocas, las montañas y los bosques, donde aúllan los lobos y graznan los búhos. Nosotros tenemos que andar siempre. Casa y hogar son para otros. Tengo que continuar mi camino. ¡Me persiguen como perros! El alcalde y los gendarmes, y… una canalla escogida… ¡Oh, les gustaría domarnos!

BRAND.—Aquí estás segura.

LA MUJER.—En el calabozo… ¿Bajo techo y entre muros? Es mejor en las hendeduras de las rocas; allí se siente uno libre y fuerte. Pero dame vestidos para el niño. Su hermano mayor —que el diablo le lleve— se escapó llevándose el hatillo. Ya lo ves: está casi desnudo, azul, helado y contraído de la tormenta que nos ha cogido.

BRAND.—Mujer, estás presa en las redes del infierno. ¡Las mallas se aprietan cada vez más! Dame el niño para que le cuide… La marca de fuego puede lavarse.

LA MUJER.—Lo que dices me parece tonto y huero; sabes sin duda encantar… ¡Pero jamás lograrás lo que quieres! ¡Guerra con vosotros! ¿Sabes quién fue su madre, sabes dónde nació?… En el camino, en el foso, entre bebida, juego y alboroto. ¿Sabes cómo le han bautizado? Le han hecho cruces con carbón y con ceniza y le han obligado a beber de una botella. Al nacer maldecían ellos y juraban… ¿Conoces a esa canalla? ¿Conoces a sus padres?

BRAND.—¡Agnes!

AGNES.—¡Qué!

BRAND.—¡Cumple con tu deber!

AGNES.—*(Horrorizada.)* Y es esa… ¡Oh Dios mío! ¡No puedo!

LA MUJER.—¡Dámelo pronto todo, dámelo! ¡Todo lo que os sobra! Sedas y telas de colores; un vestidito, una capita; no hay nada que sea dema-

siado grande, nada que sea demasiado pequeño; algo que le cubra y le envuelva solamente. ¡Oh!, está casi muerto… Mirad… ¡Por lo menos que muera vestidito!

BRAND.—*(A Agnes.)* ¡Ya oyes; aquí es preciso obrar!

LA MUJER.—Tantas cosas como tienes en el cajón; no me iré de aquí sin que me los des… Tienes vestidos y telas… Ya ves que es cosa de vida o muerte.

BRAND.—¡Agnes, cumple con tu deber!

LA MUJER.—¡Dame!

AGNES.—¡Sería un sacrificio!… ¡Un pecado contra el muerto!

BRAND.—¡No!

AGNES.—*(Desmayadamente.)* Bien; sea así. Me convertiré en piedra. Puedes pisar con tus propios pies mi corazón frío. ¡Ven, partiremos!

LA MUJER.—¡Dame!

BRAND.—*¿Partir?* Agnes, *¿partir?*

AGNES.—*(Con fuerza salvaje.)* ¡Preferiría antes morir! ¡Todo no! ¡Oh Dios mío! Cedí paso a paso… ¡Ya no puedo más!… Me oprime con más fuerza cada vez. ¿No basta la mitad?

BRAND.—¡Oh, qué triste engaño! ¿*Todo* te parecería mucho?

AGNES.—*(Dándole.)* Ven, pues, mujer, toma; aquí esta sayita y estas botas… Toma esta capa para tu hijo, para que le proteja contra la noche y el viento, y esta capucha de seda, que le defienda de la lluvia. ¡Tómalo todo, tómalo aprisa!

LA MUJER.—¡Dame!

BRAND.—Agnes, ¿lo diste todo?

AGNES.—*(Sigue dando.)* Aquí está también el velo que llevaba el día del bautizo.

LA MUJER.—Sí, ahora está todo vacío. ¡Oh, quién estuviera ya fuera de aquí! Se lo pondré sentada en la escalera y luego me iré todo lo aprisa que pueda. *(Se va.)*

AGNES.—*(Está en pie en una lucha interior, violenta; por último pregunta.)* Dime, Brand, ¿sería justo que pidieses más de mí?

BRAND.—Dime primero si lo diste de buena voluntad, aunque sufrieses horriblemente al darlo.

AGNES.—No.

BRAND.—Entonces todo fue en vano y tu dolor es inútil. *(Quiere irse.)*

AGNES.—*(Queda en silencio hasta que él ha llegado a su puerta; luego le llama.)* ¡Brand!

BRAND.—¿Qué pasa?

AGNES.—¡He mentido! La herida me quema; fui débil… Te he engañado y siento el remordimiento. ¿Crees que di todo cuanto me quedaba?

BRAND.—¿Y bien…?

AGNES.—*(Sacando del pecho una gorrita plegada.)* He conservado una cosa: esta gorra que tenía puesta en la hora terrible, humedecida por las lágrimas…, por el sudor de la muerte…, la llevaba sobre mi corazón… ¡Oh!, no te incomodes conmigo; ya sé…

BRAND.—Vete con tus ídolos. *(Va a marcharse.)*

AGNES.—¡Espera!

BRAND.—¿Qué es eso?

AGNES.—Ya lo sabes, Brand. *(Le alarga la gorra.)*

BRAND.—*(Se acerca y pregunta sin tomarla.)* ¿De buena voluntad?

AGNES.—Con el corazón alegre.

BRAND.—Entonces, dámela; que pueda aprovechar al pobre. *(Sale.)*

AGNES.—Todo se ha ido… Todo deshecho…, destrozado… ¡Mi última esperanza…, la fe…, la oración! *(Está un momento en silencio. Poco a poco su rostro va expresando una alegría resplandeciente. Brand vuelve; ella sale a su encuentro jubilosa, se le arroja al cuello y grita.)* ¡Soy libre, Brand! ¡Soy libre!

BRAND.—¿Cómo?

AGNES.—¡La oscuridad se ha disipado! La pesadilla que oprimía mi pecho está ahora lejos y mi corazón palpita con ritmo triunfal. Todas las nieblas se han borrado; se han aclarado todas las nubes. Por entre la oscuridad y la muerte me alumbra el resplandor de una aurora. Y el pensamiento del cementerio no me es ya doloroso ni abre de nuevo mis heridas… Porque mi hijo no está muerto, mi hijo subió al cielo.

BRAND.—Sí, Agnes; has vencido.

AGNES.—He vencido, sí; me siento por encima de la muerte y del horror. ¡Oh, qué hermosamente Dios lo ha dispuesto todo! Todos mis anhelos vuelan hacia lo alto. ¿No ves a nuestro Alf allá arriba, con la mirada hacia abajo y tendiéndome los brazos como antes, en los buenos tiempos? Pues aunque tuviese mil lenguas, aunque en este momento pudiera hacerlo, no pediría que me lo devolviesen. ¡Oh, no, sería una burla! ¡Oh, qué grande y qué rico es Dios! ¡Qué buena y qué dulce su mirada! Este sacrificio era necesario para libertarme de las garras de la muerte. ¡Para alcanzar la victoria era necesario que perdiese este hijo!… Gracias, Brand; me has guiado bien; has tendido, piadoso, tu manto sobre mí… ¡Pero ahora te llega el momento de elegir; ahora sentirás por entero el peso de tu *O todo o nada*!

BRAND.—Tus palabras son enigmáticas. La lucha ha acabado ya.

AGNES.—Pero sobre la gran puerta de hierro se leen aquellas palabras que me hacían temblar: *¡Quien vio a Jehová, habrá de morir!*

BRAND.—*(Retrocediendo.)* ¡Oh, qué terrible final! ¡No y mil veces no! Mis brazos y mis manos son fuertes, pero es preciso que tú estés a mi lado. Que todo lo demás me engañe… Puedes pedirme cuantos sacrificios quieras. ¡Pero tú seguirás siendo mía, mía!

AGNES.—¡Escoge; estás en el momento crítico! Enciende en mí la clara luz; haz que mis canciones de Navidad vayan a buscar la fuente fresca; haz que nada se agite en mi corazón. Devuélveme mis ídolos; afuera está todavía la mujer… Devuélveme mis días; aquellos días en que contemplaba sin cuidado el azul del cielo. Sepúltame de nuevo en el abismo de la vida inconsciente y pecadora. Tú lo puedes todo; mi destino está en tus manos y puedes moldearlo como arcilla; contra ti lucho en vano. El peso de la labor diaria es el freno, la recompensa, la tranquilidad y la calma. Estréchame el espíritu, córtame las alas, átame; vuelve a humillarme allí de donde me le-

vantaste. Déjame que viva como vivía, cuando caminaba aún a tientas en la oscuridad. Si me prometes eso, volveré a ser tu esposa… ¡Escoge; estás en el momento!

BRAND.—¡Ay de mí, que seguí tal camino! ¡Pero fuera de este círculo de hierro! ¡Vámonos a los campos floridos a buscar nueva dicha para nuestra vida!

AGNES.—¿No sabes que estás ligado por tu cargo, tu carrera, tu deber? ¿No piensas en los miles de almas que cuentan con tu auxilio; las que te encomendó Dios para que las sostuvieses en el tablón estrecho del puente de la vida? ¡Escoge; estás en el momento!

BRAND.—¡No; aquí no hay elección posible!

AGNES.—*(Arrojándose a su cuello.)* ¡Gracias por todo…; gracias por el pan que tú diste a la que era débil! Estoy muerta de cansancio. Tú velarás mi sueño.

BRAND.—Duerme; por hoy ha terminado tu labor.

AGNES.—Terminado, sí…, y arde todavía la lamparilla. La victoria me quitó toda la fuerza, me robó todo el jugo de mi vida. ¡Pero pronto habré llegado a puerto! ¡Buenas noches, Brand!

BRAND.—¡Buenas noches!

AGNES.—¡Buenas noches! ¡Gracias, gracias!… Ahora voy a dormir. *(Sale.)*

BRAND.—*(Oprimiéndose las manos contra el pecho.)* Ten firme corazón, aunque supieses que tenías que sacrificarlo todo. La victoria solo se engendra en el dolor. Solo lo perdido se eterniza.

# Acto quinto

*(Año y medio después.)*

*La nueva iglesia está terminada y adornada para la consagración. Delante de ella corre un río. Es temprano. Una mañana nebulosa. El sacristán está ocupado en colgar guirnaldas de los muros de la iglesia. Enseguida viene el maestro de escuela.*

EL MAESTRO.—¿Ya en pie?

EL SACRISTÁN.—Qué hacer, la cosa urge; ayudadme un poco. Las guirnaldas colgarán de todos lados, sirviendo al mismo tiempo de valla contra la gente.

EL MAESTRO.—En la casa del párroco he visto también una corona de guirnaldas.

EL SACRISTÁN.—¡Claro está!

EL MAESTRO.—¿Sabéis para qué son?

EL SACRISTÁN.—Es un escudo para honrar a nuestro párroco; llevará su nombre sobre un fondo dorado.

EL MAESTRO.—Sí, todo brilla en resplandor de fiesta. La gente viene desde muy lejos; el *fjord* está casi blanco de velas.

EL SACRISTÁN.—Sí, la parroquia ha despertado. En tiempos del párroco difunto no había nunca discusión ni pelea. Aun en las mayores fiestas podía dormirse… Puede ser que sea lo mejor.

EL MAESTRO.—¡Movimiento, progreso, sacristán!

EL SACRISTÁN.—Es verdad, es verdad. Pero para nosotros es casi lo mismo. ¿De qué provendrá esto?

EL MAESTRO.—La cosa es así. Dormían ellos…, nosotros vigilábamos. Despertaron…, pues dormimos nosotros. El mundo marcha sin nuestra ayuda.

EL SACRISTÁN.—Decís que el progreso es bueno.

EL MAESTRO.—También el arcipreste y el párroco están por él. A mí mismo me parece excelente. Pero bien entendido, cuando se trata del bien de nuestras buenas gentes, nosotros estamos firmes y no nos dejamos seducir por engañosas apariencias; somos funcionarios del distrito y sostendremos siempre la necesidad de la disciplina de la Iglesia y de las ciencias tradicionales. Fuera de nosotros las pasiones que enturbian la vista; en una palabra, estamos sobre los partidos.

EL SACRISTÁN.—En cambio el párroco está en medio de su lucha.

EL MAESTRO.—He ahí justamente lo que no debía hacer. A propósito, puedo deciros en confianza que la superioridad no le mira con gran agrado, y si no fuera por respetos al pueblo, hasta se le quitaría su empleo. Pero él adivinó el peligro—de él se puede aprender mucho—e hizo levantar la iglesia. ¡Una obra semejante tiene que deslumbrar, naturalmente! Lo que uno hace no tiene importancia; pero el que él lo haga no es nunca en vano. Nosotros, pueblo y directores, somos una especie de ejecutores.

EL SACRISTÁN.—Sí; nosotros no somos una manada que marcha sugestionada sin saber adónde. Un viajero que nos había conocido cuando estábamos dormidos y que llegó aquí poco después de nuestro despertar, ha dicho que éramos un pueblo de grandes promesas.

EL MAESTRO.—Sí que lo es nuestro pueblo, y si no desfallece y sigue adelante, nos aguardan grandes tiempos.

EL SACRISTÁN.—Pensando en eso me he roto muchas veces en vano la cabeza. Vos, que habéis estudiado, decidme qué quiere decir eso de impulso de gran época.

EL MAESTRO.—Un impulso significa un gran porvenir, amigo mío; el explicártelo sería demasiado largo. Es un algo que une a todos. Una idea

que se propaga como el fuego y que hace que suceda algo grande y magnífico, pero en el porvenir.

EL SACRISTÁN.—¡Gracias! Y ahora me atreveré a haceros una segunda pregunta.

EL MAESTRO.—Habla sin temor.

EL SACRISTÁN.—¿Cuándo llega el porvenir?

EL MAESTRO.—¿Cómo? ¡Oh! ¡El porvenir no llega nunca!

EL SACRISTÁN.—¿Nunca?

EL MAESTRO.—Desde el momento en que llega ya ha desaparecido, convertido en presente… Esto se ve claro con solo el sentido de la palabra.

EL SACRISTÁN.—Vuestra conversación es siempre instructiva; no olvidaré lo que me habéis enseñado. Pero entonces, decidme: ¿cuándo se sostiene la palabra dada?

EL MAESTRO.—Lo he dicho ya bien claramente. Una promesa es un pacto para el porvenir, que se cumplirá algún día.

EL SACRISTÁN.—¿Para el porvenir? Bien. ¿Pero cuándo viene el porvenir?

EL MAESTRO.—*(En voz baja.)* ¡Es un verdadero sacristán! *(Alto.)* Querido amigo, puesto que os resulta difícil de comprender, os lo diré claramente: mantener una promesa para el porvenir sería estúpido, porque el porvenir tan pronto como se presenta desaparece.

EL SACRISTÁN.—¡Muchas gracias!

EL MAESTRO.—Tras el concepto de cada cosa se esconde algo así como una trampa que es perfectamente comprensible para todo el que sepa contar hasta cinco. Prometer rima perfectamente con romper. Por muy honrado que sea el que promete, el mantener lo prometido resultaría demasiado molesto; casi puede decirse insoportable… para un espíritu un poco movible. Pero dime…

EL SACRISTÁN.—¡Oíd!

EL MAESTRO.—¿Qué es eso?

EL SACRISTÁN.—¡Silencio!

EL MAESTRO.—¿Quién es el que toca el órgano? ¡Qué sonidos más fuertes y estridentes!

EL SACRISTÁN.—¡Sin duda que es él!

EL MAESTRO.—¿El párroco?

EL SACRISTÁN.—Sí.

EL MAESTRO.—Apostaría que se levantó hoy tan temprano para burlarse de nosotros.

EL SACRISTÁN.—Creo que esta noche apenas si habrá tocado la cama.

EL MAESTRO.—¿Cómo?

EL SACRISTÁN.—Yo sé por qué no duerme. Es duro como el hierro. Pero, sin embargo, un dolor secreto le atormenta desde que quedó viudo. Trata de esconderlo, pero su mirada es turbia y cansada. Su corazón es como una vasija llena hasta los bordes, que rebosa siempre. Bien lo veo, aunque no debiera verlo. Y así toca. ¿No oís?… Parece como si llorase a su mujer y a su hijo.

EL MAESTRO.—Como si se oyese hablar, quejarse, separarse…

EL SACRISTÁN.—Se siente que uno consuela y otro sufre…

EL MAESTRO.—¡Si estuviera permitido sería cosa de conmoverse!

EL SACRISTÁN.—¡Oh, si no fuese uno funcionario!

EL MAESTRO.—¡Pero está uno limitado y atado por las consideraciones y por los deberes del cargo!

EL SACRISTÁN.—¡Oh, si pudiera entregarse libro y pluma al demonio!

EL MAESTRO.—¡Si uno fuera un vecino cualquiera y pudiera abandonarse a sentir!

EL SACRISTÁN.—¡Amigo! Ahora que nadie nos ve, ¡déjanos sentir!

EL MAESTRO.—No sería digno de nosotros caer así en el fango en que el común de los hombres vive. Un hombre no puede querer dos cosas, según la enseñanza del párroco. No puede ser bienaventurado y condenado; no puede ser persona y como una cosa secundaria funcionario. Es preciso

ser—para daros un ejemplo, aunque al oírlo os encojáis de hombros—un remedo de nuestro alcalde.

EL SACRISTÁN.—¿Por qué del alcalde?

EL MAESTRO.—Recordad la noche en que estalló de pronto un incendio en las oficinas de Hacienda, cuando os lanzasteis en el fuego para salvar el archivo.

EL SACRISTÁN.—¡Oh! ¡Fue una noche terrible!

EL MAESTRO.—¡Cómo corría y se afanaba el alcalde!… En esto se oye a su mujer que grita pidiendo socorro. En su habitación estaba el demonio, y ella lo veía perfectamente. «Amigo mío—grita—, no hay duda posible, sálvame; el demonio acecha y me mira furiosamente». Entonces, por entre llamas y chispas resuena la voz del alcalde: «¡Sin esa puedo vivir en todo caso! Lo esencial es que salvéis los papeles». Helo ahí tal como es, de cuerpo entero, atenido incansablemente a los deberes del cargo y cuidándolo como un tesoro. Pero un día alcanzará por ello un puesto…

EL SACRISTÁN.—¿Dónde?

EL MAESTRO.—En el paraíso de los alcaldes.

EL SACRISTÁN.—¡Sabio amigo!

EL MAESTRO.—¿Qué importa?

EL SACRISTÁN.—¿También a vos os ha marcado su sello el tiempo, que nada respeta? El que vos os moféis así de las cosas dignas, muestra lo pervertido que está todo. ¿Qué va a ser del respeto y de las buenas costumbres?…

EL MAESTRO.—¡De qué sirve componer lo que está roto! ¡Cuando los pulmones están enfermos, que se alimente con fuerza! ¡En vez de ahogarse, que tosa! Sin duda que tampoco entre nosotros falta agitación… Pero en cambio hay muchas cosas que nos dan esperanza. Cuando cayó nuestra vieja iglesia parecía como si todo hubiese acabado. Y las gentes no veían ante sí más que el vacío.

EL SACRISTÁN.—¡Con qué fuego habían gritado: «¡Derribadla, derribadla!»! Pero a la larga pasó el fuego y recobraron la razón. Y se les veía atemorizados y con la vista baja, pensando en que realmente quedaba des-

truido el antiguo templo que se les había aparecido siempre como lo más alto e inviolable. A algunos les pareció horrible esto.

EL MAESTRO.—Al caer la iglesia, sintieron lo fuertemente que estaban ligados a ella, y mientras se levantaba la nueva esperaban, temerosos e impacientes, al día de la terminación, al día en que la antigua bandera iba a plegarse, y la nueva, con la frescura de sus colores, a flotar, sustituyéndola, al aire. Pero cuando comenzó a alzarse la torre, el silencio fue haciéndose cada vez mayor; ahora está terminada.

EL SACRISTÁN.—*(Señalando con la mano.)* ¡Que nos traiga muchas bendiciones!… ¡Pero mirad cuánta gente viene!

EL MAESTRO.—A miles. Y todos silenciosos.

EL SACRISTÁN.—Sin embargo, se siente un mugido sordo, como el del mar cuando quiere tragarse un barco.

EL MAESTRO.—Es el latido apresurado del corazón del pueblo…, como si tuviesen la adivinación de que algo grande está en acecho, como si supiesen que iban a tener que cambiar de Dios… ¿Dónde está el párroco?… ¡Tengo miedo!… ¡Quisiera verme lejos de aquí!

EL SACRISTÁN.—¡Yo también, yo también!

EL MAESTRO.—En horas como esta, no hay sonda que pueda llegar al fondo del corazón. Por hondo que se cave en el suelo, el fondo está siempre más abajo.

EL SACRISTÁN.—¡Amigo!

EL MAESTRO.—¡Amigo!

EL SACRISTÁN.—¡Hum!

EL MAESTRO.—¿Adónde queréis ir a parar?…

EL SACRISTÁN.—Creo que estamos entregados al sentimiento.

EL MAESTRO.—Yo no lo creo.

EL SACRISTÁN.—Tampoco yo, en realidad.

EL MAESTRO.—¡Nosotros dos no somos de esa madera! Buenos días. Los chicos me esperan. *(Se va.)*

EL SACRISTÁN.—Antes yo me entusiasmaba por muchas cosas; pero ahora pienso fríamente de la historia, y me guardo muy bien de publicar lo que pienso. ¡Ahora al trabajo!… ¡El salario es bien mezquino! ¡Pero la ociosidad es una invención del diablo! *(El órgano, que hasta ahora había sonado a media voz, comienza a sonar alto y termina con una disonancia constante. Al poco tiempo aparece Brand.)*

BRAND.—No, no puedo dominar estos tonos, traerlos a plena expresión. Suena siempre como un grito. La bóveda, y los muros, y los arcos, y la hilera interminable de columnas pesan sobre mí y sobre la dolorosa melodía de mi canto. Busque las variaciones qué busque, sale siempre del órgano un suspiro mortal, sordo, pesado. No tiene voz. Subí el tono para expresar la súplica, pero cayó rendido, en un ruido estridente, como de una campana que saltara, y Dios mismo, ensordecido por el dolor, el canto, la voz, me arrojó, colérico de sí… ¡Que Dios levante su casa! ¡Con qué arrogancia pronuncié esta frase! Derribé, rasgué y ordené, compuse, allané y erigí, y ahora ahí está, grande y magnífica…; al menos así lo pregona el mundo… ¿Pero soy sincero? ¿Es realmente grande? ¿Está realmente animada del sueño hermoso en que la concebí? ¿Es como aquel templo magnífico, como una cámara del cielo, como el árbol joven de la vida?… ¡Oh! Si Agnes viviese, no temblaría yo vacilante. Ella vería lo grande en lo pequeño; para ella desaparecerían las dudas. ¡Oh, ella podía aunarlo todo! El cielo y la tierra no eran para ella sino la copa y el tronco del árbol. *(Se fija en los preparativos de fiesta.)* Coronas, banderas desplegadas y los niños con cánticos. Se ve al pueblo que se agolpa saludando amistoso en la casa parroquial; algunos se suben en las tapias… ¡Y mi nombre en letras doradas!… ¡Luz, Dios mío!… ¡Si no, me hundiré en el más profundo de los abismos!… Pronto comenzará la fiesta. Todas las miradas están fijas en mí, y mi nombre anda en todas las lenguas. ¡Oh, qué daño me hacen estas letras, estas palabras y estos pensamientos! Y me siento como mordido, como embrujado, como helado por estas almas farsantes… ¡Si pudiera huir y refugiarme en el abismo más hondo! ¡Oh! ¡Poder olvidar, robarles mi presencia y refugiarme en las cuevas de animales silvestres!

EL ALCALDE.—*(Que viene de gran uniforme, le saluda con alegría resplandeciente.)* Por fin ha llegado el gran día. Después de los seis, llenos de trabajo, el sábado. Que caiga la vela e icemos la bandera de domingo. Ahora continuemos nuestro camino en calma, navegando con la corriente, y

contemplemos con orgullo la obra grande, buena y hermosa. ¡Que seáis feliz, noble, grande hombre, que hicisteis esa obra admirable!… ¡Que seáis muy feliz!… ¡Ya veis cómo estoy conmovido y también enormemente alegre! ¿Pero vos…?

BRAND.—Siento como un nudo en la garganta.

EL ALCALDE.—¡Bien; ya se pasará! Tenéis que predicar palabras majestuosas, desempeñar la alta misión con vuestro brillo acostumbrado. ¡Qué gloria más grande! Las gentes están completamente pasmadas y miran…

BRAND.—¿De veras?

EL ALCALDE.—El arcipreste está encantado; me lo ha dicho al oído. ¡Qué estilo más noble, qué elevación espiritual en todas las formas! ¡Cualquier censura sería aquí grosería!

BRAND.—¿No tenéis más que alabanzas?

EL ALCALDE.—Sin duda.

BRAND.—¿También a vos os parece verdaderamente grande?

EL ALCALDE.—No solo lo parece, sino que lo es; como el vientre de una gran ballena.

BRAND.—¿De modo que grande? ¿Creéis en vuestras palabras?

EL ALCALDE.—Es la mayor del *fjord*, aunque para aquí, para el norte, sea demasiado grande. En otros países más al sur quizás pareciera pequeña; pero entre nosotros, que habitamos un país rocoso, lleno de campos ingratos y de alturas desiertas, entre nosotros casi parece una obra de gigantes.

BRAND.—Hemos cambiado una mentira antigua por una nueva.

EL ALCALDE.—¿Cómo es eso?

BRAND.—El pueblo, a quien entusiasma siempre lo nuevo, se satisface, huyendo de la suciedad veneranda, a refugiarse en la protección del presente. Antes gritaba el coro: «¡Oh, qué venerable!» Ahora brama: «¡Oh, qué majestuoso!» En los dos casos no hay más que un fetiche.

EL ALCALDE.—Amigo mío, tenéis razón, sin duda; pero yo no lo calificaría así. No condenaría tan duramente a lo que solamente puede ser censurado desde un punto de vista estético.

BRAND.—Pero todo el que busque verdad verá que la iglesia es realmente pequeña. Callar es también mentir.

EL ALCALDE.—¡Dejad tales preocupaciones! ¿A qué criticar la propia obra? ¿A qué edificar primero, para derribar luego lo edificado? El pueblo está enteramente satisfecho. Para él, la iglesia es de una belleza ideal; jamás han visto nada igual, ni desean nada mejor acá en la tierra. ¿Por qué, pues, hacerlos descontentos? ¿Por qué atormentarlos haciéndoles ver que alumbra débilmente la luz de las antorchas que al cabo ilumina su oscuro camino? Las cosas son según la opinión que de ellas se tenga. Aunque la iglesia no fuera más que un establo, sería un templo en el caso de que las gentes lo viesen así.

BRAND.—¡Por todas partes la misma doctrina!

EL ALCALDE.—Pensad que en la fiesta de hoy las gentes vienen como huéspedes vuestros, y que no estaría bien no honrarles como tales. Sería contra vuestra propia honra y contra nuestro programa de fiestas el contarles ahora esas cosas.

BRAND.—¿Pero por qué?

EL ALCALDE.—¡Escuchad! Vuestros feligreses quieren regalaros un cáliz de plata magnífico, cuya inscripción será la envidia de vuestros enemigos. Luego, el canto, tan bien ensayado; el discurso, preparado por mí… Sería terrible que con todas estas cosas vuestro valor flaquease de pronto… ¡Ya veis que es preciso!

BRAND.—¡De qué modo tan doloroso se encadenan las cosas! ¡Una fiesta de mentiras como premio a la mentira!

EL ALCALDE.—¿Dónde queréis ir a parar, querido amigo?… Tanta violencia… ¿Tiene sentido esto? ¿Por qué tomarlo tan trágicamente y emplear palabras tan fuertes en una cuestión de gusto? Pero oíd lo que quería deciros. Si lo de antes era plata, es oro lo de ahora. Habéis tenido suerte: se os aclama, se os alaba; en los pliegues de vuestro vestido brilla hoy una cruz de caballero.

BRAND.—Hace mucho tiempo que llevo una cruz pesada; del golpe me duele aún la mejilla.

EL ALCALDE.—¿Cómo? ¿Qué? ¿No estáis profundamente conmovido? Sois un enigma y os amargáis los dones mejores… ¡Es lástima!

BRAND.—*(Golpeando con el pie en el suelo.)* Dejaos de palabras hueras… ¡Me estáis envolviendo en una red! Tomáis lo que digo a la letra. ¡Yo no me refería a una grandeza que se puede medir por pulgadas y expresar con números! No; pensaba en aquella cuyos rayos escondidos, ardientes unos, otros fríos, llenan el alma, de la que brotan miles de arroyos en cuya agua apagamos nuestra sed… Que calma en nosotros sueños y ansias… Que alta como una noche estrellada… Que… Idos, estoy cansado. ¡Explicad, probad, hablad con los demás! *(Entra en la iglesia.)*

EL ALCALDE.—¿Quién puede encontrar sentido en esa confusión? Grandeza…, números…, arroyos escondidos…, ansias…, rayos de luz… ¡Y noche estrellada!… ¡Oh, amigo mío, seguramente que ya te has desayunado! *(Se va.)*

BRAND.—*(Vuelve a salir.)* Nunca he sentido tan profundamente la soledad en que tengo que vivir. A mis preguntas solo el eco contesta, me hiere dolorosamente y la multitud prorrumpe en carcajadas. *(Sigue con la vista al Alcalde.)* ¡Cómo le odio a ese despreciador de todo lo grande y lo bueno! Trato de hacer que eleve su mirada sobre las miserias y ambiciones en que vive, y su boca cínica escupe su alma perversa, podrida… ¡Oh Agnes, sin consuelo me atormento! ¡Oh, porque eras tan dulce!… Estoy cansado del largo viaje en que nadie es vencido y nadie vencedor… ¡Ay de mí, guerrero solitario y desconsolado!

EL ARCIPRESTE.—¡Oh hijos míos, corderos míos!… Perdonadme, hermano en el Señor y compañero; hablo como en sueños. La fiesta, a la que todo el mundo corre; el sermón que estudié y que ayer todavía me aprendí de memoria…, todo esto, se me ha subido a la cabeza. ¡Pero basta ya! Gracias y prez a vos, que impávido, sin temor al alboroto y griterío, rompisteis tan denodadamente el hielo. Que echó abajo lo que estaba vacilante, sin consideración al parecer de las gentes… Ahora se levanta majestuosa e imponente la nueva iglesia.

BRAND.—¡Oh, no!

EL ARCIPRESTE.—¿Qué resta, pues, que hacer?

BRAND.—En la nueva casa solo entrarán los espíritus nuevos, los hombres puros.

EL ARCIPRESTE.—Esto viene por sí solo; hay que tener paciencia solamente. La alta bóveda, clara y limpia, hará que las gentes sientan también la necesidad de limpieza. Y luego la hermosa resonancia. Desde ese púlpito, maravillosamente tallado, vuelan las palabras y de cada una se hacen dos… Con esto se aumenta la fe y el esplendor en un ciento por ciento, si no más. Esos son resultados; tales, si apenas en otros Estados mayores podrán encontrarse algunos comparables. Y aun cuando mi rango sea superior al vuestro, aquí os hablo francamente como hermano. ¡Recibid mi agradecimiento más profundo! En la comida que seguramente nos brindaréis recibiréis las alabanzas del elemento joven del Arciprestazgo… Pero, querido Brand, ¿por qué estáis tan pálido?

BRAND.—Siempre he sido rico en fuerzas y en valor… Pero ahora…

EL ARCIPRESTE.—¡Se comprende perfectamente! ¡Un trabajo tan agobiador! ¡Sin el auxilio del Estado! Pero lo más difícil ha pasado ya… Tendremos una fiesta hermosa, querido. Las gentes vienen a bandadas; también se ha reunido un gran número de compañeros. ¿Quién puede competir con vos en dotes oratorias? ¡A vuestro lado balbucea el mejor! Por eso se apresuran todos a recibiros con los brazos abiertos, llenos de cordialidad. ¡Y luego la obra tan acabada y adornada tan magníficamente! ¡El texto de hoy tan profundo, tan íntimo!… ¡Y luego vuestra casa! Precisamente acabo de recorrerla; estaban despedazando la ternera. ¡En verdad, Brand, un magnífico animal! Apuesto a que os habrá costado gran trabajo encontrar un bocado tan exquisito, y más en este tiempo tan caro, en que hasta a los parroquianos se les pide cincuenta o sesenta céntimos por una libra. Pero dejemos ahora esto, pues hoy tenemos otras cosas que hacer.

BRAND.—¡Hablad, desgarrad, punzad sin miedo!

EL ARCIPRESTE.—¡No soy hombre que en tales cosas se complazca, amigo! Pero el tiempo de que podemos disponer es corto. Se trata de una pequeña cosa, solamente; pero tenéis que cambiarla, y eso desde hoy. Y me parece que lo adivinaréis…

BRAND.—¿Os referís a la ternera?

EL ARCIPRESTE.—No, esta vez no; quisiera hablaros de vuestro deber, de vuestro cargo. Dais demasiado poca importancia a los usos y costumbres, y eso se paga. Pues usos y costumbres son lo más inmediato, aunque no sean lo más alto. ¡Dios mío, me doy cuenta perfecta de cómo van las cosas! Se es joven, lleno de espíritu, se acaba de venir de la ciudad, no se tiene trato con las beatas, no se conocen las necesidades del pueblo. Pero ahora, amigo mío, hay que cortar el mal de raíz. La cosa, aunque pequeña, es importante; hasta aquí os habéis cuidado demasiado de las necesidades, deseos y conveniencias del *uno*. La falta era, permitídmelo, grande. En las masas solo pesa la canalla; hay que medirlos a todos por el mismo rasero. ¡Al cabo, todos provienen del mismo tronco!

BRAND.—¡Explicaos más claramente!

EL ARCIPRESTE.—¡Ved qué magnífica vuestra iglesia se levanta! ¡Una casa consagrada a la paz, a la ley! El Estado ve en la religión el poder que regula las costumbres, y el tono de vida, la protección que por doquiera se siente, la fuerza que fortalece la moral. Pero como su haber es pequeño, exige algo en cambio. Un buen cristiano es, debe ser, un buen ciudadano. ¿Pensáis que iba a dar su dinero tan solo para que las gentes se regalaran con su Dios, y que no iba a atender a su propio bien? No, amigo mío; no es así el Estado, y ciertamente andarían mal las gentes si él no buscase con decisión su propio bien. Pero, amigo mío, el Estado no puede alcanzar este fin de un modo seguro, sino por medio del párroco como funcionario.

BRAND.—¡Qué sabiamente habláis!

EL ARCIPRESTE.—De vos proviene la iglesia y todo lo que queráis, aun regalarla para bien del Estado; y estaría bien que la encaminaseis en tal sentido. En este espíritu veo la fiesta que hoy se celebra y en la que se renuevan muchas promesas y hago que suenen las campanas. Pero al hacer la donación tenéis que prometerme firmemente obrar en el sentido indicado.

BRAND.—Mi intención no era esa.

EL ARCIPRESTE.—Pues ya veis que se ha entendido así. Ahora es demasiado tarde.

BRAND.—*(Fuera de sí.)* ¡Demasiado tarde, demasiado tarde! ¡Eso lo veremos!

EL ARCIPRESTE.—¡Pero sed razonable!… ¡Comprended lo que os digo! ¿A qué ponerse fuera de sí como un loco? Si no es nada malo lo que me vais a prometer. No por eso tendréis que renunciar al cuidado del alma de las gentes…; con prudencia y sentido puede aunarse perfectamente con el servicio del Estado. ¿Sois acaso párroco—dicho sea entre nosotros—para Pedro, Juan y Antonio? ¡Lo sois de la parroquia entera, para que se aúne en la fuente de la gracia! Y si vos lográis conducirla a la salud eterna, también el individuo tendrá su parte. Ved, el Estado—por mucho que le odiéis—es casi un republicano. La libertad le pone furioso, pero la igualdad le parece bien; ahora, la igualdad no puede lograrse sin arrasarlo todo a un nivel… En esto es en lo que anduvisteis equivocado; pues, al contrario, trabajasteis siempre en forzar la desigualdad que nunca se había visto aquí. Antes las gentes eran silenciosas y sumisas, miembros de la Iglesia y no personalidades. Con eso no se sirve al Estado, que ya apenas se atreve a exigir lo que necesita en contribuciones y gabelas. La Iglesia ya no es el sombrero que sirve para todas las cabezas.

BRAND.—¡Oh, qué horror! ¿Quién tendrá valor viendo esto?

EL ARCIPRESTE.—No os asustéis; el mal no está aquí todavía, aunque ya se ve que en esto está la raíz; aquí se muestra claramente el defecto. ¿Cómo se dice? Quien vive puede esperar; y por la consagración de la Iglesia habéis recibido el poder de obrar en pro de la razón de Estado, por difícil que esto sea, en las parroquias muy apartadas… En todo tiene que haber una regla, pues si no las fuerzas se dividen y como toros indómitos derriban soto y verja y valladar y cuanto pueda inventarse para hacer separaciones. En cada ramo de la vida se ve una ley superior, que se bautiza de distinto modo, pero que es la misma. En el arte se llama escuela, en la milicia guardar el paso. Esa es la salvación de la generalidad. ¡Todos al mismo paso! Así siempre, así puede también el pequeño hacer el camino. Todos los pies al mismo compás; así pueden marchar hasta los contrahechos y tullidos.

BRAND.—¡El águila en el vertedero, y el ganso en el éter azul, en el esplendor del cielo!

EL ARCIPRESTE.—A Dios gracias, nosotros no somos animales. Pero si hemos de usar metáforas poéticas y fábulas, lo mejor será que os presente algunas parábolas sugestivas sacadas de la Biblia; por ejemplo, para no citar más que una, la de la torre de Babel. ¡Decid vos mismo adónde llegaron los

pobrecitos! ¿Y por qué? La explicación es fácil, aunque los sabios discutan sobre ella. Porque no se pusieron a la gran empresa compactos y ordenados. No tiraban de la misma maroma, cada cual cantaba su canción…; se hicieron también… personalidades. Este es el doble sentido de la fábula, ¡la enseñanza que de ella se saca!, y de la que, a lo que parece, estáis muy lejos; es esta: Está perdido quien cree alcanzar solo el fin ansiado. Cuando Dios quiere aniquilar a uno, le hace individuo, y luego se ríe. Los romanos creían que estos señores habían recibido la inteligencia de un Dios. Pero caen siempre locos y solitarios, porque pretenden un contrasentido. Pocas veces se les envía el Elías, las más el Urías.

BRAND.—¡Es muy posible! ¿Pero qué vale eso? ¿Qué es la muerte?… Además, ¿creéis que si aquella gente no hubiera tenido más que un idioma, si no hubiera habido nada que los dividiera, hubieran podido alcanzar fácilmente su propósito de levantar el edificio hasta el cielo?

EL ARCIPRESTE.—¿Hasta el cielo? ¡De ningún modo! ¡Cómo había de ser eso dable al hombre! Este es el otro sentido que se esconde en el enigma…: Que toda construcción que quiera llegar al cielo tiene que caer.

BRAND.—Sin embargo, la escala de Jacob subió al cielo, y nuestras ansias van más allá todavía.

EL ARCIPRESTE.—¡En cierto sentido, sí! ¡Eso está claro! ¿Para qué gastar palabras vanas sobre ello? Claro está que el cielo es la recompensa de la vida, la fe, las penalidades de la tierra. Pero hay que separar la fe y la vida: son palabras que no pueden pronunciarse de una vez. Se gime seis días bajo el yugo, y por eso el domingo se siente conmovido; ¿quién vendría a la iglesia si toda la semana hubiera oficios? Deshace el efecto purificador de la palabra quien la evapora diariamente en humo. La religión, como el arte, se convierte fácilmente en una niebla vaporosa. Desde el altar pueden contemplarse tranquilamente los ideales; pero al traje talar no le conviene la luz del sol. Pues en todo está fijado el límite que no se puede traspasar… Y así llego, ya que la ocasión lo ha querido, a la conclusión deseada.

BRAND.—Una cosa veo claro. En los moldes en que queréis encajar las almas solo caben corazones desmayados.

EL ARCIPRESTE.—Por lo que a vos toca, podíais subir al puesto más alto… ¡De vos depende!

BRAND.—Pero ese puesto solo se alcanza deslizándose cobardemente.

EL ARCIPRESTE.—Solo el que se humilla sube. Un gancho se dobla hasta que encaja.

BRAND.—Queréis utilizar al hombre y luego dejarlo deshecho.

EL ARCIPRESTE.—¡Dios me asista! ¿Cómo podéis creer que abrigo tales intenciones?

BRAND.—¡Sangrar primero…, y después desangrarse! ¡Solo esqueletos os sirven, y como medida un lecho de Procusto!

EL ARCIPRESTE.—¡No soy capaz de tocar un pelo de un gato…, cuanto menos a vos! Pero me pareció que podría conveniros si os mostrase, de buena manera y a través de una rendija, por decirlo así, el cómo yo concibo la vida.

BRAND.—¿Pero es que hay elección para mí? ¿He de renegar, por seguir el llamamiento del Estado, del ideal para que Dios me creó?

EL ARCIPRESTE.—¿Renegar, amigo?… No os pido nada semejante. ¡No hago sino mostraros vuestro deber! Podéis guardaros para vos mismo lo que para la parroquia no es conveniente. Rascaos solo, si os pica. Os dejo de buen grado el resto, pero cerradlo herméticamente. Volad, soñad, según vuestro corazón os demande…, pero interiormente y no a la vista de la multitud. Creedme: un ánimo terco e indomable recibe a la larga su castigo.

BRAND.—Tú tienes que parecerte a tu imagen… Sobre tu frente está marcado el sello de Caín… A gritos dice: ¡Vedle, al hombre de mundo experimentado que destrozó el corazón de Abel!

EL ARCIPRESTE.—*(Para sí.)* ¡Ahora me dice de tú! ¡Eso ya es demasiado! Pensad más tarde con calma la cosa. El que quiere marchar adelante, tiene que comprender a su tiempo al país en que vive; si no, no alcanzará jamás el triunfo en la… Ved, si gustáis, al artista y al poeta. ¿Qué es lo que principalmente les impulsa? ¿No siguen el gusto de su época? Donde nada hay que levantar, de nada sirve una palanca. Ved nuestros guerreros; para ellos, un sable de afilado corte sería un lujo. ¿Por qué?… Ya conocéis la máxima del zorro… La voz del pueblo es voz de Dios. Se puede cultivar su

propio yo…, pero extirpando de él lo peculiar, para marchar por el camino que todo el mundo sigue. El alcalde llama humana a nuestra época. ¡Si quisieseis comprenderlo así y abandonaseis vuestra sorda irritación! Vos podríais aspirar a lo más alto; pero es preciso limar lo esquinado, extirpar lo excesivamente exagerado… Tenéis que haceros como los demás, y no pretender recorrer un camino propio… Solo entonces se os dará el premio.

BRAND.—¡Lejos, lejos de aquí!

EL ARCIPRESTE.—Sin duda que un hombre con vuestras dotes tiene que disponer algún día de un círculo de acción más amplio. Pero dondequiera que os halléis, seáis grande o pequeño, debéis colocaros el traje del tiempo. Sed el cabo que conduce a compás su pelotón… Pues nuestro ideal del conductor es, hoy por hoy, un cabo… Y de la misma manera que el cabo lleva a los suyos en secciones a la iglesia, el párroco debe marchar hacia el Paraíso delante de sus feligreses. Y ello es fácil, porque, así como así, toda la fe está basada en el principio de autoridad. Y se confía en ella, se la tiene por buena, porque se la cree fundada en el saber; pero al comunicarla hay que atenerse sin remedio a ley y ritual… ¡Firme, pues, hermano mío! Reflexionad sobre vos mismo, sobre vuestro cargo, sobre vuestra posición… Así escaparéis a la sentencia…, a la sentencia de una instancia superior. ¡Y ahora, pasadlo bien! Quiero probar la resonancia de la iglesia, para poder cumplir a conciencia mi cometido más tarde, cuando tenga que predicar… Hablaré de la contradicción en la naturaleza del hombre… De Dios y del deslucimiento de su imagen… Además, ya va siendo hora de buscar algo que conforte el cuerpo. *(Se va.)*

BRAND.—Lo sacrifiqué todo a la misión para la que pensaba yo me había creado Dios, y ahora suena la trompeta del día y se ve a quién aprovechaba mi obra… ¡No, y mil veces no! ¡No quiero hundirme! ¡Seguiré aferrado a la tabla de salvación! ¡Habéis bebido mi sangre, la sangre de mi corazón! ¡Me habéis quitado la luz, la vida! ¡Mi alma no puedo dárosla! ¡Oh, qué terrible el sentirse tan solo!… ¡Adondequiera que miro, veo la penumbra de la muerte! ¡Demando suplicante un trozo de pan…, y me dan una piedra dura! ¡Con cuánta verdad habló…, con qué terrible verdad! ¡Pero qué desconsuelo más grande!… La paloma del espíritu posa escondida, no viene a confortar a un hombre en su dolor… ¡Oh, si alguien viniese que me trajese calma y paz!

*(Einar, pálido y flaco, viene por el camino, y al ver a Brand se detiene.)*

BRAND.—¿Eres tú, Einar?

EINAR.—Sí, ese es mi nombre.

BRAND.—¡Oh, tenía sed precisamente de hallar un hombre! ¡Un corazón en que pudiera encontrar calor! ¡Ea, déjame que te abrace!

EINAR.—No lo necesito; he llegado a puerto seguro.

BRAND.—Seguramente, los recuerdos te quitan el reposo. La última vez que nos vimos…

EINAR.—No; tú no fuiste culpable; no fuiste más que el instrumento ciego que me fue enviado para libertarme de las vanidades del mundo, pues estaba perdido en una senda de pecado.

BRAND.—*(Retrocediendo.)* ¿Qué lenguaje es ese?

EINAR.—Es muy conocido. El del iluminado, del renovado, del elegido de Cristo…

BRAND.—¡Es maravilloso! Yo había oído de otros caminos y otros testigos. Se decía que eras…

EINAR.—Estaba ciego; era orgulloso y creía en mi fuerza; confiaba en mi propia obra, como suelen hacer los hombres. Pero mis talentos, mi pintura, mis cantos me envolvían en las redes de Satán. Mas, gracias sean dadas a Dios, se hizo luz: el débil corderito no se vio abandonado. Él puso un objeto a mis afanes.

BRAND.—¿Un objeto? ¿Cuál?

EINAR.—Yo caí…

BRAND.—¿Caíste?

EINAR.—Caí en las garras del juego, de la bebida, de la depravación…

BRAND.—¿Y tuvo Dios que tenderte la mano?

EINAR.—El primer paso para mi salvación consistió en quitarme la salud del cuerpo. Perdí el talento y el sentido para la confusión abigarrada de la vida. Entré en el hospital, presa de una enfermedad horrible; estuve con fiebre muchas semanas, y veía cómo de los riñones se arrastraban miles de

insectos asquerosos. Salí al cabo e hice conocimiento con unas hermanas, en número de las Gracias, que estaban en comunicación con el cielo. Las tres, junto con un teólogo, burlaron las astucias del demonio y, tras algún tiempo, me condujeron al reino de Dios y a la eterna victoria.

BRAND.—¡Ah, vamos!

EINAR.—Las vías de Dios son diferentes: unos marchan por el valle, otros por senderos confinados.

BRAND.—Pero más tarde…

EINAR.—Recorrí el país como apóstol de la Sociedad de Templanza. Pero el oficio es peligroso y está expuesto a muchas tentaciones, y el demonio acecha constantemente. Por eso he buscado otra cosa, y ahora me voy como misionero.

BRAND.—¿Adónde?

EINAR.—A predicar a los negros del África. Pero basta ya de hablar. No tengo tiempo.

BRAND.—¿No quieres descansar aquí? Hoy celebramos la fiesta de la inauguración de una iglesia.

EINAR.—Solo me interesan las almas de los negros. ¡Adiós! *(Va a marcharse.)*

BRAND.—¿No hay ningún destello de recuerdo que te retenga y te fuerce a preguntarme?

EINAR.—¿El qué?

BRAND.—Por la que se lamentaba porque la habías abandonado.

EINAR.—¿Lamentarse por mí?… Pero ya caigo. Te refieres a aquella mujer que me tenía preso en sus redes antes que la fe me hubiera lavado. ¿Qué ha sido de ella? ¿Qué suerte…?

BRAND.—Un año después era mi mujer.

EINAR.—¡Sin importancia! Me es lo mismo. No vale la pena de hablar de ello… ¿Te ocurrió algo importante?

BRAND.—El Cielo nos bendijo: fuimos ricos en alegrías y dolores… Un niño… ¡Lo he enterrado!

EINAR.—¡Bah! ¡Sin importancia!

BRAND.—Se nos había prestado, no dado; era un sueño que tenía que evaporarse. Luego dejó ella también la tierra. ¡Mira el verde fresco de la tumba!

EINAR.—¡Insignificante!

BRAND.—¿También eso?

EINAR.—¡Quién piensa en semejantes cosas! No; lo que quiero saber es cómo fue a la muerte.

BRAND.—Llena de esperanza en una aurora, con el corazón colmado de elevados anhelos; llena de agradecimiento por todo cuanto la vida le dio y le quitó.

EINAR.—¡Eso son niñerías! ¿Cómo estaba su fe?

BRAND.—Inconmovible.

EINAR.—¿En quién?

BRAND.—En Dios.

EINAR.—¿Solo en él? Está condenada.

BRAND.—*(Con calma.)* ¡Vete, miserable!

EINAR.—¡Los dos juntos! Irás a una buena escuela, a la cocina del demonio quiero decir.

BRAND.—¡Tu saber no sirve para este caso! ¡Y que se atreva a eso quien proviene, quien acaba de salir de la ciénaga, del pecado!

EINAR.—No me queda ni la más mínima mancha; el agua de la fe las borra todas. Pues se lavaron todos los hilos en el agua de la gracia celestial, y mi vestido de Adán lo ha purificado la vigilancia constante. Mi casulla, limpia y suave, porque no he ahorrado el jabón, el jabón de la oración…

BRAND.—¡Oh, qué asco!

EINAR.—¡Aquí huele a azufre! ¡Uf!… También veo algo como los cuernos del demonio. Yo soy el grano de trigo del cielo; tú eres la cizaña infernal. Frente a mí, tú no eres nada. *(Se va.)*

BRAND.—*(Le sigue un momento con la vista; luego brillan sus ojos y prorrumpe.)* ¡Este era el hombre que yo ansiaba! ¡Que se lo trague un abismo!… ¡Fuera todo lo que me encadenaba!… ¡Arriba la bandera! ¡Que mi voluntad esté firme! ¡Que sople la tempestad en este silencio de muerte!

EL ALCALDE.—*(Viene apresuradamente.)* Querido pastor, venid enseguida, porque la procesión espera ya hace tiempo.

BRAND.—¡Que salga!

EL ALCALDE.—¿Sin vos? Pero pensad… Id a casa y poneos vuestro traje negro… No quieren esperar ya más. Se agolpan en vuestro jardín como un río que va a desbordarse. Están impacientes, gritan pidiendo el párroco y hasta os llaman loco.

BRAND.—No quiero ir entre enanos y gentes de voluntad flaca. Me quedaré aquí.

EL ALCALDE.—¡Estáis loco!

BRAND.—Vuestro camino es demasiado estrecho para mí.

EL ALCALDE.—Si venís allá, entre la muchedumbre aglomerada os parecerá más estrecho todavía… ¿Lo veis? Ya no pueden aguantar más. El arcipreste y los sacerdotes, los empleados, las mujeres y los niños, los condenados, vienen todos hacia acá. Ven, ven caro amigo. De nada sirven uniforme y guantes; de nada mis ruegos, mis amenazas, mis maldiciones. ¡Demasiado tarde! Han roto la valla. ¡Adiós nuestra procesión!

*(La multitud penetra por la valla y viene en confuso desorden hacia la iglesia.)*

ALGUNAS VOCES.—¡Párroco!

OTRAS.—*(Señalan hacia las escaleras de la iglesia, en las que Brand está en pie, y gritan.)* ¡Allí está!

OTRAS.—¿Damos la señal de la inauguración?

EL ARCIPRESTE.—*(En medio de la muchedumbre.)* ¡Haz que se aparten!

EL ALCALDE.—¡Es inútil! ¡No puede conseguirse nada!

EL MAESTRO.—*(A Brand.)* Hablad y calmad a la muchedumbre, que está como poseída. Lo que se va a hacer aquí, ¿va a ser grande, va a ser pequeño?

BRAND.—¡Oh, hay algo en el clamor sordo del pueblo!… ¡Pueblo, estás en el momento crítico! ¡Tienes que querer lo nuevo por entero! ¡Arroja por tierra lo dañino! Antes de eso no será consagrado el gran templo ni entrará nadie en él.

LOS FUNCIONARIOS.—¡Oíd! ¡Desvaría!

LOS CLÉRIGOS.—¡Está loco!

BRAND.—Sí que lo estaba al creer que el pueblo anhelaba el Dios que es la verdad y la luz. Sí que lo era cuando pensaba que os ligaba a lo alto, que os salvaba del juicio. Porque la iglesia era pequeña y ruinosa me dejé engañar, y pensé: Siendo doble mayor, será mejor, y siendo cinco veces más grande…, ¡entonces sí que no faltará nada! Pero ahora dudo y me pregunto: ¿Habrá algún número que sea bastante para tu *O todo o nada*?… ¿No es una cobardía buscar acomodos, tratar de hallar términos medios? Pero hoy habló el Señor… Las trompetas del juicio atronaban el espacio, y su clamor nos estremecía con un pavor sagrado. Y yo escuchaba, y mi respiración era entrecortada; estaba como David ante Nathán. Ahora han desaparecido todas las dudas. ¡Pueblo, un pacto cobarde es Satán!

LA MUCHEDUMBRE.—*(Bajo una emoción creciente.)* ¡Fuera los que nos roban arteramente la vida, la savia y la fuerza!

BRAND.—Yo sé de un enemigo más temible que engendra en vosotros el mal. Habéis dilapidado vuestra fuerza, habéis rasgado vuestra alma. ¡Por eso vuestro ser está desgarrado! ¿Habéis creído jamás en las cosas que ennoblecen a la Humanidad?… ¿Qué es para vosotros la iglesia?… ¡Apariencia y no más!… Sones de órgano, cánticos y campanas, brillo y pompa que os atraen… Os gusta dejaros estremecer medio por las llamas, medio por el hielo, cuando alguno susurra, suspira y murmura, grita con voz de trueno y hurga vuestras heridas; cuando luego arde como en una llama sagrada, eleva la voz y murmura en voz baja… según todas las reglas del arte.

EL ARCIPRESTE.—*(Para sí.)* ¡Es el retrato del alcalde, que charla y charla!

EL ALCALDE.—*(Del mismo modo.)* ¡Es el retrato del arcipreste cuando predica!

BRAND.—Vuestros corazones apagados son cirios que lucen en las grandes solemnidades… Solo lustrosos por fuera… Por eso huís de la pelea dura, os refugiáis en la estrechez de vuestra casa, venís a buscar vuestros esfuerzos y vuestros cuidados mezquinos. ¡Vuestras almas andan en traje de diario, vacías de deseos y ansiedad!… Os place el sufrir de hambre espiritual… ¡Y en tanto el libro sagrado de la vida descansa olvidado en el armario hasta el próximo día de gracia! No era eso lo que yo ansiaba cuando apuré el cáliz del sacrificio. Si construí tan grande la iglesia fue para que acogiese en su seno, para que amparase bajo su techo, no solo la fe y la doctrina…, no, todo cuanto recibió de Dios vida. El resplandor claro del trabajo, el descanso de las veladas, la apacibilidad de la estancia tranquila y la opresión temerosa del corazón. El aire fresco de la juventud y los sentimientos que callados se adentran en el alma. Todo cuanto posee inconsciente el pecho del hombre y en él alienta… Ved el río que sin descanso corre, y el bosque silencioso que sueña, y la tempestad que grita a pulmón pleno… Todo ello debía fundirse con el sonar triunfal del órgano, con el cántico jubiloso de los hombres… Y todo eso está ahora desacordado… Fuera con esa obra de apariencia. ¡Nunca una vida como la vuestra, pues ahogáis los gérmenes mejores y profanáis la santidad de vuestro trabajo!

VOCES DE ENTRE LA MUCHEDUMBRE.—¡Fuera; ruge una tempestad! ¡Condúcenos y que tiemblen nuestros enemigos!

EL ARCIPRESTE.—¡No le escuchéis, no es cristiano! ¡Y su fe no es conforme a la enseñanza de la Iglesia!

BRAND.—¡En eso sí que tienes razón! Ese es el cáncer que nos corroe. Esa es la falta y la culpa eternas. ¡Solo *un alma* puede creer! Muéstrame una que no vaya a tientas, que no corra a su perdición, que no dilapide su parte mejor. Viviendo en el placer y en la farsa os olvidáis del fin supremo. Solo cuando vuestras fuerzas están agotadas, cuando habéis perdido toda alegría, pensáis en la salud de vuestra alma. Cuando la energía del cuerpo se ha gastado, cuando el cáliz está vacío…, entonces es tiempo de esperar… El cielo está abierto para los suplicantes. Cuando el sello sagrado se borró ya y el hombre se ha separado de vosotros, os deslizáis hacia el templo de Dios, buscáis a Dios… como inválidos. ¿Puede fundarse ese reino eterno si

sobre las gradas de su trono divino no hay más que corazones débiles?… ¿No ha gritado en alta voz: Solo de la sangre fresca de vuestras venas os vendrá el reino de Dios? ¡Sed como los niños!… ¡Venid, venid a mí! ¡Entrad con frescas mejillas infantiles en la casa de Dios!

EL ALCALDE.—¡Abre, pues!

LA MUCHEDUMBRE.—*(Grita como poseída de miedo.)* ¡Oh, no; a ese no!

BRAND.—Nuestra iglesia se extiende sin límites, y su suelo es la tierra, el mar y el campo, la montaña y la pradera, y sobre ella se tiende el cielo para que a su imagen sea grande en verdad. En ella podrás realizar tu obra, podrás tomar parte en la obra cotidiana sin profanar el domingo. Lo envuelve todo, como la corteza envuelve todo el árbol. En ella ningún espacio separa a la fe y a la vida; se aunan la tierra y la bóveda estrellada; alrededor del árbol de Navidad un juego de niños brilla con claro y alto resplandor…

*(Pasa como una ráfaga huracanada por entre la muchedumbre; algunos retroceden; los más se agolpan en derredor de Brand.)*

MILES DE VOCES.—Ante nosotros brilla un resplandor: vivir y servir a Dios es lo mismo.

EL ARCIPRESTE.—¡Oh intrigante, agitador del infierno! ¡Ayudadme, alcalde, escribientes, alguaciles!

EL ALCALDE.—*(A media voz.)* ¡Callad! ¿No veis lo furiosas que están las mujeres?… ¡Yo me retiro!… ¿Quién se atreve a luchar con un toro bravío? ¡Esperad! ¡Ya se cansará!

BRAND.—*(A la muchedumbre.)* ¡Vámonos! ¡Esta no es la casa de Dios!… Aquí no podrá alzarse nunca, porque su reino es libre. *(Cierra las puertas de la iglesia y coge las llaves.)* ¡No quiero ser más párroco! ¡Me mantendré firme! ¡No habrá quien me arranque estas llaves!… ¡La fiesta ha terminado! *(Arrojando las llaves al río.)* ¡Esclavos: si aún queréis entrar, arrastraos por el agujero de la cueva! ¡Doblad las espaldas, humillaos y encorvaos! ¡Revolcaos satisfechos en suciedad; llenad el mundo con vuestro aliento emponzoñado; y evaporaos luego como humo!

EL ALCALDE.—*(Para sí y respirando aliviado.)* ¡Oh, no hay condecoración…, no hay que temer!

EL ARCIPRESTE.—*(Del mismo modo.)* ¡Con el obispo andarán mal las cosas!

BRAND.—Venid vosotros, los que sois jóvenes y animosos; salid de este barranco, sacudid el polvo de vuestros zapatos y de vuestros vestidos. ¡Seguid mi camino triunfal! ¡Acaben de una vez mentira y engaño! ¡Habéis elegido la libertad! ¡Vámonos; rasgad los pactos cobardes! ¡Fuera calamidades y miserias! Renacidos a nueva vida; rechazad al enemigo que destruyó vuestras fuerzas… ¡Guerra a vida o muerte!

EL ALCALDE.—¡Alto!… ¡Leed la ley de sedición!

BRAND.—¡Oh, podéis leer cuanto os venga en gana! ¡Entre nosotros ya hace tiempo que ha terminado todo!

LA MUCHEDUMBRE.—¡Mostrad el camino; estamos dispuestos a seguiros!

BRAND.—Huiremos del aliento venenoso de la comarca; iremos por las montañas desiertas, camino adelante. Desataremos todos los lazos del espíritu, en los cuales yace el pueblo; purificaremos, alumbraremos en la oscuridad… ¡Todos los hombres serán sacerdotes, se iluminarán todas las penumbras, se acuñará de nuevo el sello divino que lleva el hombre y la tierra se convertirá en templo de Dios!

*(La muchedumbre, y con ella el Maestro y el Sacristán, se apiñan alrededor de Brand; los hombres le levantan en hombros.)*

MUCHAS VOCES.—Han llegado los tiempos grandes; por el aire cruzan relámpagos de tormenta.

EL ARCIPRESTE.—*(A la muchedumbre que se va.)* ¡Vais engañados!… ¡Oh, el miserable!… ¿Habéis perdido la razón? ¿No veis que es un juego de Satán?

EL ALCALDE.—¡Eh! Volveos… ¿Qué es lo que buscáis? ¡Mirad que camináis a vuestra perdición!… ¡No contesta… esa canalla!

EL ARCIPRESTE.—¡Pensad en vuestras casas!… ¡Insensatos!…

VOCES DE ENTRE LA MUCHEDUMBRE.—¡Otras mayores se levantarán en sueños!

EL ALCALDE.—¡Pensad en vuestros prados y en vuestros sembrados!… ¡Pensad en las vacas, en las cabras, en los corderos!

VOCES.—¡El rocío del cielo nos servirá de maná!… ¡El hambre cantará un hosanna!

EL ARCIPRESTE.—¿No oís los gritos de vuestras mujeres?

VOCES.—*(A lo lejos.)* ¡Nunca podrán comprender!

EL ARCIPRESTE.—¿Y quién alimentará a los niños?

VOCES.—¡Enseñadlos a que nos sigan en su día!

TODA LA MASA.—¡Con nosotros o contra nosotros!

EL ARCIPRESTE.—*(Les sigue un rato con la vista y dice desalentado.)* ¡El pastor de almas queda aquí abandonado sin rebaño!

EL ALCALDE.—Ahora es en vano querer oponerse. Pero pronto será nuestra la victoria.

EL ARCIPRESTE.—*(Próximo a llorar.)* ¿La victoria? ¿Ahora que nos abandonan?

EL ALCALDE.—¡Oh, yo sé arreglármelas… y los conozco bien! *(Sigue a la muchedumbre.)*

EL ARCIPRESTE.—La verdad es que tiene valor…; y quién sabe si todavía acabará bien; voy a seguirlos lentamente. A ver si puedo coger alguno. Que me ensillen un caballo; no un caballo de genio, una yegua pacífica y segura. *(Se va.)*

*La escena en la última cabana de pastor; al fondo el paisaje sube más y más hasta terminar en montañas pedregosas. Llueve. Brand, seguido de la muchedumbre —hombres, niños y mujeres—, marcha hacia arriba.*

BRAND.—¡Mirad hacia arriba! Allí es donde venceremos. Desde el camino no se ve, y de cumbre a cumbre se tiende una tira de niebla sombría y gris. Olvidad el sueño en el valle; volad alto y libre…; podéis escoger.

UN HOMBRE.—Espera; mi padre está agotado.

OTRO.—No he comido desde ayer.

VARIOS.—¡Danos de beber! ¡Sacia nuestra hambre!

BRAND.—¡Adelante! ¿Quién piensa ahora en comer?

EL MAESTRO.—¿Pero qué camino llevamos?

BRAND.—Es lo mismo, con tal que nos lleve a la meta deseada. ¡Siempre adelante!

UN HOMBRE.—No; este es demasiado empinado y yo estimo en mucho mi piel.

EL SACRISTÁN.—Allí queda la iglesia. ¿Si se vendrá abajo?

BRAND.—El camino empinado acorta el largo.

UNA MUJER.—Mi hijo está enfermo.

OTRA.—Mi pie está herido.

UNA TERCERA.—¡Oh, tan solo una gota de agua!

EL MAESTRO.—¡Da de beber al pueblo! Me temo que vacile.

VARIAS VOCES.—¡Sí; haz un milagro!

BRAND.—¿Creéis que no lo noto perfectamente? Queréis la recompensa antes de la obra. ¡Arriba, sacudid vuestra cobardía! ¡Si no, volveréis a vuestros sepulcros!

EL MAESTRO.—Tiene razón; primero a la lucha. ¡A su tiempo vendrá la recompensa!

BRAND.—Vendrá, tan seguro como Dios existe. ¡Pero seguidme fielmente y sin burla!

MUCHAS VOCES.—¡Es un profeta! ¡Un profeta!

ALGUNOS.—¡Dinos cómo será la lucha!

OTROS.—Sí. ¿Durará mucho tiempo? ¿Será sangrienta?

UN HOMBRE.—¿Hace falta mucho valor?

EL MAESTRO.—*(A media voz.)* ¿Acaso arriesgo la vida?

OTRO HOMBRE.—¿Cuánto me corresponderá de la ganancia?

UNA MUJER.—¿No perecerá mi pobre hijo?

EL SACRISTÁN.—¿Vendrá la victoria antes del martes?

BRAND.—*(Mira perplejo a su alrededor.)* ¿Qué es lo que preguntáis y qué es lo que queréis saber?

EL SACRISTÁN.—En primer lugar, cuánto durará la lucha; luego, los sacrificios que nos costará, y por último, el premio que vamos a conseguir.

BRAND.—¿Eso es lo que queréis saber?

EL MAESTRO.—Sí; allá abajo no veíamos claro.

BRAND.—*(Con excitación.)* ¡Pues ahora veréis!

LA MUCHEDUMBRE.—*(Apretándose a su alrededor.)* ¡Habla!

BRAND.—¿Cuánto tiempo durará la lucha? Durará hasta el fin de la vida… Hasta que lo hayáis sacrificado todo; hasta que os hayáis libertado de todos los pactos; hasta que queráis consciente e incondicionalmente. Hasta que desaparezca toda duda. O todo o nada… ¿Lo que tenéis que sacrificar? Todos los ídolos con que sustituís al Dios eterno. Las lustrosas cadenas doradas de esclavos y los lechos de vuestra indolencia… ¿El premio de la victoria? La unidad de la voluntad, el ímpetu de la fe, la pureza del alma, la alegría que os penetrará, que lo sacrifica todo, que a todo resiste. Y sobre vuestras frentes corona de espinas… ¡Esa será la recompensa!

LA MUCHEDUMBRE.—*(Con furioso griterío.)* ¡Traidor! ¡Oíd lo que dice! ¡Nos ha seducido! ¡Nos ha engañado!

BRAND.—Mis palabras no han sido nunca engañosas.

ALGUNOS.—Nos prometiste la victoria, una fiesta… Y ahora la conviertes en un sacrificio.

BRAND.—Os prometí la victoria y la obtendréis si queréis obtenerla. Pero los que van en la vanguardia deben de estar preparados para caer. Quien no lo quiera así, debe dejar las armas antes de entrar en el combate. La bandera sostenida por una esperanza desmayada, no flota gallardamente al aire… Si os asustáis cobardemente ante los sacrificios, moriréis primero.

LA MUCHEDUMBRE.—¡Qué osadía! ¡Pedir para una generación aún no engendrada!

BRAND.—Solo por el desierto de los sacrificios llegaremos a nuestro Canaán. ¡A caer uno a uno para alcanzar la victoria! ¡Oh muerte bienaventurada, que nos salvarás!

EL SACRISTÁN.—Estamos en una situación magnífica… Y abajo desterrados también.

EL MAESTRO.—¿Volver atrás? No, no; eso no es posible.

EL SACRISTÁN.—Pero adelante, ¿quién puede ir?

ALGUNOS.—¡Matadle entonces!

EL MAESTRO.—¡Qué mentecatos sois! ¿Y quién va a ser nuestro guía después?

LAS MUJERES.—*(Señalando aterradas hacia abajo.)* ¡Horror! ¡El arcipreste!

EL MAESTRO.—¿Es un lazo esto?

EL ARCIPRESTE.—*(Aparece con algunos de los rezagados.)* ¡Oh hijos míos, corderos míos! ¡Escuchad la voz de vuestro pastor!

EL MAESTRO.—*(A la muchedumbre.)* Quisieron someternos y humillarnos; lo mejor será que sigamos adelante.

EL ARCIPRESTE.—¿Cómo te atreves a ofenderme así? ¿No me veis aquí sangrando, completamente destrozado?

BRAND.—¡Más les dañaste tú a ellos año por año!

EL ARCIPRESTE.—¡No le hagáis caso! ¡No os da más que palabras vacías!

ALGUNOS.—¡Es verdad!

EL ARCIPRESTE.—Seremos misericordiosos; no habrá castigo ninguno. Al que sinceramente se arrepienta, se le perdona. ¡Oh, no le sigáis más! ¿No veis su negra astucia infernal? ¿No veis cómo es el anticristo?

MUCHOS.—¡Es verdad, nos ha seducido!

EL ARCIPRESTE.—Pensad un momento, no seáis tercos. No sois más que un puñado, y pobres además. ¿Os creéis realmente elegidos para realizar grandes empresas? ¿Vais a poder libertar a los que están encadenados? Vosotros tenéis vuestra tarea diaria, vuestra Biblia; todo lo demás no puede haceros más que mal. ¿De qué ibais a servir en la vida pública? No. ¡Proteged vuestras cabañas! ¿Qué vais a hacer entre milanos y águilas, entre animales feroces? ¡Oh corderos míos, hijos míos!

LA MUCHEDUMBRE.—¡Sí! ¡Ay de nosotros! ¡Nos amenazan grandes peligros!

EL SACRISTÁN.—Salimos del pueblo, cerramos las puertas de nuestras casas; ya no será el mismo lugar.

EL MAESTRO.—Nos dijo algunas palabras sonoras; nos habló de debilidad, enfermedad, indolencia y Dios sabe cuántas cosas más… ¡No dejamos que se nos oprima más tiempo! Antes no pensábamos en empresas elevadas; ahora nos atraen, pues hemos despertado.

EL ARCIPRESTE.—¡Qué tranquila se deslizaba vuestra existencia! Pues todo volverá al antiguo carril, con solo un momento de cordura. Yo respondo de que se concederá a vuestras cabañas la antigua paz.

BRAND.—¡Escoged, hombres, mujeres!

ALGUNOS.—¡Queremos volver a casa!

OTROS.—¡Es demasiado tarde; adelante!

EL SACRISTÁN.—¡No dejamos que se nos lleve atados a esa cuerda!

EL ALCALDE.—*(Viene apresuradamente.)* No; solo cumplo mi deber…

LAS MUJERES.—¡Oh, no te incomodes con nosotros; sé bueno!

EL ALCALDE.—¡Salid pronto de estos lugares! Os traigo buenas nuevas… Si sois razonables…, yo os lo aseguro…, antes de la noche seréis todos ricos.

ALGUNOS.—¿Y eso cómo?

EL ALCALDE.—Pues bien: una bandada de sardinas…, se cuentan por muchos millones…, ha entrado en nuestro *fjord*.

LA MUCHEDUMBRE.—¿Qué es lo que dice? ¡Hay que ir a buscarla! Esa será una pesca que valga la pena… Si no, la sardina evitará nuestras costas… Y ahora, pronto, hay que prepararse, y a buscar su parte cada uno.

BRAND.—¡Escoged entre eso y la salud eterna!

EL ALCALDE.—¡Seguid vuestro propio parecer!

EL ARCIPRESTE.—¡Un milagro! ¡Una señal enviada por Dios! ¡Por el báculo que traigo! ¡Cuántas veces no he soñado…, pero desgraciadamente

sin reconocerlo!… ¡Pensaba que era obra de la pesadilla! ¡Ahora veo claro! ¡No perder tiempo, pues!

BRAND.—¡Os perdéis a vosotros mismos!

ALGUNOS.—¡Por mí!

MUCHOS.—¡Una bandada de sardinas!

EL ALCALDE.—¿Un millón?

EL ARCIPRESTE.—¡Sí; pan y oro en vez de la tarea dura!

EL ALCALDE.—Bien; ya veis que es tiempo. Ceded al fin y dejaos de luchas. Ahora tenéis otras cosas que mirar que el azul del cielo. El buen Dios se encarga de la guardia, y es de esperar que el Cielo se mantenga firme. Y no os mezcléis en negocios ajenos que superan a vuestras fuerzas… ¡A traer a tierra el tesoro! Me parece que vale la pena; no es pequeño alivio en vuestra miseria, y tampoco exige el sacrificio más pequeño.

BRAND.—¡El sacrificio está escrito de la mano de Dios con letras de fuego!

EL ARCIPRESTE.—El que se sienta llevado a eso, que se acerque a mí con presteza. Por ejemplo, el domingo próximo.

EL ALCALDE.—*(Interrumpiéndole.)* ¡Sí, sí!

EL SACRISTÁN.—*(En voz baja al Arcipreste.)* ¿Conservaré mi puesto de sacristán?

EL MAESTRO.—*(Igualmente.)* ¿No estáis incomodado conmigo?

EL ARCIPRESTE.—El que no ha hecho más que vacilar un momento, sigue siendo lo que era; sea bienvenido.

EL ALCALDE.—¡Vayámonos! ¡No malgastad el tiempo!

EL SACRISTÁN.—¡A los botes, a los botes!

ALGUNOS.—¡Pero el párroco queda solo!

EL SACRISTÁN.—¡Dejad a ese loco!

EL ARCIPRESTE.—Ya veis que es Dios mismo quien ha hablado y quien ha pronunciado su juicio sobre él.

EL ALCALDE.—No os ocupéis de él. No es más que un farsante.

VARIOS.—¡Sí, nos ha engañado!

EL ARCIPRESTE.—Y ni siquiera tiene fe.

ALGUNOS.—¿Decís…?

OTROS.—No se le cree nada.

EL SACRISTÁN.—Es verdad; no hay nadie que crea en él.

EL ARCIPRESTE.—Su vieja madre le suplicó en vano que le diera el pan de la vida eterna.

EL ALCALDE.—¡Ha sido la causa de la muerte de su hijo!

EL SACRISTÁN.—¡Y de la de su mujer también!

ALGUNOS.—¡Es un canalla!

LAS MUJERES.—¡Y hemos soportado un hombre así!

EL ARCIPRESTE.—Mal padre, mal hijo y mal esposo, tiene que ser también mal cristiano.

MUCHAS VOCES.—¡Echó abajo la iglesia!

OTRAS.—¡No nos había convidado para la comida!

OTRAS.—¡Nos sedujo con lazos infernales! ¡Volcó el bote en que íbamos!

EL ALCALDE.—Sí; me robó, en cierto modo, el proyecto de manicomio.

BRAND.—En los rostros y las miradas adivino adónde quieren ir a parar.

TODA LA GENTE.—*(A grandes gritos.)* ¡No le escuchéis! ¡Echémoslo de aquí! ¡Fuera el provocador! ¡Lapidadle! ¡Lapidadle!

*(Persiguen a Brand, apedreándole, hacia la cima de la montaña. Luego retroceden lentamente.)*

EL ARCIPRESTE.—¡Oh hijos míos, corderos míos! Volved a vuestro redil. Dejad que el arrepentimiento aclare vuestros ojos y dormiréis pronto un sueño dulce. Ya lo sabéis: el Señor es bueno, no pide sangre inocente… Y el Gobierno es dulce, como apenas en país alguno, con tal de que tengáis de

vuestra parte a la Superioridad, al alcalde. Además yo me lleno gustoso de amor, como un buen cristiano debe hacer… Así, las personas de respeto vivirán en paz y concordia con vosotros.

EL ALCALDE.—Y si en alguna parte se encontrara defecto, lo corregiremos tan pronto como las cosas se hayan normalizado. Entonces nombraremos una Comisión que estudie lo que nos haga falta, lo que haya que fundir de nuevo, lo que haya que reparar. Ya me encargaré yo, junto con el arcipreste, de nombrarla; en primer lugar gentes piadosas, como el maestro y el sacristán y nuestro diácono… y otras gentes de importancia; ya lo leeréis más tarde en el periódico.

EL ARCIPRESTE.—Perdonados sean todos los que se han equivocado… Y espero que así como vuestro pastor ha recobrado la paz del alma, las vuestras quedarán confortadas, purificadas… ¡Pero ahora a vuestra pesca! ¡Buena suerte! ¡En verdad, un milagro de Dios!

EL SACRISTÁN.—¡Qué bondad, qué dulzura!

EL MAESTRO.—¡Estos no hablan como poseídos!

LAS MUJERES.—¡Hablan tan bien y tan bonito!

OTRAS.—¡Y el otro tan mal y tan traidoramente!

EL SACRISTÁN.—¡Estos no usan mentiras ni engaños!

EL MAESTRO.—Sí, queridos amigos. ¡Estos saben lo que hacen!

*(La muchedumbre se va.)*

EL ARCIPRESTE.—*(Al Alcalde.)* Ya cantan otra canción, ya están cerca del cambio completo de los ánimos, y ya se ve, gracias sean dadas a Dios, que el movimiento era reacción.

EL ALCALDE.—Obra mía ha sido ahogar el escándalo en el propio engaño.

EL ARCIPRESTE.—Sin embargo, lo que más contribuyó fue el milagro.

EL ALCALDE.—¿Milagro?

EL ARCIPRESTE.—Lo de las sardinas.

EL ALCALDE.—¿Esa historia?… ¡Bah!… ¡Pura invención!

EL ARCIPRESTE.—¿Decís…?

EL ALCALDE.—¡Naturalmente! Les solté la primera fantasía que se me ocurrió. Se trataba de la buena causa, ¿verdad?… No creo que me cueste la cabeza.

EL ARCIPRESTE.—¡Tratándose de una cosa semejante!… ¡Dios nos libre! Eso no tiene peligro para el alma.

EL ALCALDE.—Y si la gente sale de esto con nuevas fuerzas y nuevas disposiciones para someterse, ¿qué importa que lo logremos por la verdad o por mentiras regocijadas?

EL ARCIPRESTE.—Yo no soy rigorista, amigo. *(Mirando hacia arriba.)* ¿Quién es el que se arrastra lleno de sangre?… ¿No es…?

EL ALCALDE.—¡Claro que sí! ¡Lleva su yugo!… ¡Quería ser único…, ya lo es!

EL ARCIPRESTE.—Se ve además alguien detrás de él…

EL ALCALDE.—¡Es la Gerd! ¡Merece un tal séquito!

EL ARCIPRESTE.—*(Alegremente.)* Cuando se haya apagado su sed de sacrificio se le levantará un monumento con esta inscripción: «Aquí descansa Brand en el esplendor de la victoria… No le siguió más que una, y estaba completamente loca».

EL ALCALDE.—*(Poniéndose un dedo sobre la nariz.)* No sé por qué, pero esta sangrienta justicia no me parece precisamente humana.

EL ARCIPRESTE.—*(Alzando los hombros.)* ¡*Vox populi, vox Dei*!… ¡Venid! *(Se van.)*

*En medio del desierto de la meseta noruega. El mal tiempo aumenta y arrastra las nubes, que casi tocan la superficie nevada. De cuando en cuando aparecen acá y allá picos negros y vuelven a desaparecer enseguida, envueltos en la niebla. Brand marcha sangrando y destrozado.*

BRAND.—*(Se para y vuelve la vista hacia atrás.)* Miles me seguían en masas apretadas y no hubo ninguno con valor para ganar la altura. Es verdad que estremece los corazones un ansia profunda hacia los tiempos que deben venir; desbordan y anhelan volar a lo alto. ¿Pero hacer sacrificios para lograrlo? Eso les duele. ¿Querer con fuerza y firmemente?… Eso no

pueden. ¡Si ya hubo *uno* que sufrió por todos!… ¿Para qué precipitarse a caer? *(Se sienta sobre una piedra y mira a su alrededor.)* Cuando yo era niño, al encontrarme en una habitación oscura, se apoderaba de mí un terrible pavor, temblaba y se me erizaban los cabellos. Pero yo dominaba los latidos de mi corazón, me representaba el día, la luz, y la mañana risueña y la luz entraba en la cueva oscura, en la estancia llena de visiones temerosas… ¡Ah, mi creencia de niño!… ¡Qué desilusión más dolorosa!… ¡Afuera me tropezaba con la noche oscura!… ¡Volví a verme solo!… Los hombres estaban también acobardados, como si tuviesen ante sí el ataúd de su espíritu, semejantes al rey que guardó durante muchos años el cadáver de la princesa dormida, que levantó muchas veces al resplandor de cien luces la tapa blanca del ataúd, esperando que pasase el sueño, que cediese la pesadilla… ¡Fuera de aquí!… ¡Las súplicas no lograrán enternecer a la sepultura! ¡Enterrad sin demora el cadáver!… ¡Ningún sueño se sueña dos veces! ¡Noche, solo noche!… ¡El espíritu está muerto!… *(Se pone en pie de un salto.)* A través de la noche cruzan imágenes sombrías, semejantes a la caza salvaje. De las cavernas salen voces de amonestación; gritos estridentes resuenan en el aire, diciendo: ¡Deja la quietud de la tumba sombría! ¡En vez del báculo toma la espada! ¡Desenvaina el cuchillo que llevas al cinto!… Por allí van hermanos que marchan a la lucha; otros, temerosos, se arrastran a esconderse en agujeros… Y veo aún más: veo cómo gritan para no oír los latidos de su corazón, y cómo se tapan los oídos, contra ruegos, apelaciones, súplicas, con la fórmula cobarde: «Nosotros hemos nacido un pueblo pequeño y solo a lo pequeño podemos atenernos; solo nos han acuñado como chelines…». ¡Bien; sea así si queréis!… ¿Pero dónde está el arco iris? ¿Dónde la bandera tricolor? ¿Dónde el sol y la libertad?… Cosas peores vienen aún… Humean oscuras chimeneas y el humo que desprenden se esparce por doquier, sobre las praderas, sobre los montes; cubre la playa fresca y verde y los gérmenes prontos a brotar con una lluvia espesa de cenizas como en la antigua ciudad griega… ¡Oh, las almas desfallecen ante este espectáculo, los salmos no acuden a los labios!… En las galerías subterráneas retorcidas se agolpan los hombres, y el alma y la espalda encorvadas se inclinan para coger el mineral brillante con los ojos ávidos de los enanos. El dolor ajeno no conmueve el corazón y hasta el propio dolor es ajeno… ¡Qué precipitación, qué prisa!… Y golpean con sus martillos y pulen y liman como si todo fuese a acabarse; pierde el día su luz, nadie conoce ya su deber y lloran y se desesperan. *(Se arroja sobre la nieve y se tapa los ojos con las manos; después*

*de un momento vuelve a ponerse en pie.)* ¿Fue sueño? ¿Estoy despierto ahora?… La niebla fría…, la noche oscura… ¿Eran alucinaciones de mi cerebro enfermo?… ¿Reflejos del hielo frío?… ¿O andaban verdad y sueño mezclados, confundidos?… ¿Está completamente olvidada, borrada, la imagen de Dios en el hombre, de la que brota la fuente del espíritu?… ¿Descansa en la sepultura?… *(Escuchando.)* ¿Qué es lo que suena en el aire?

EL CORO INVISIBLE.—*(Pasando envuelto en la tormenta.)* Loco, nunca podrás igualarte a él; porque tú saliste de la carne. Sígasle o evítesle, estás, sin remisión, condenado.

BRAND.—*(Repite las palabras y dice en voz baja.)* ¡Ay de mí! Sí, creo en esas palabras. ¿No estaba él en el coro de la iglesia? ¿No me rechazó colérico? ¿No me quitó cuanto poseía? ¿No me echó de sí? ¿No me dijo que luchase hasta el último golpe terrible?

EL CORO.—*(Más alto aún.)* Nunca le igualarás, gusano; has bebido una bebida amarga. Sígasle o evítesle, tus acciones para nada cuentan.

BRAND.—*(Bajo.)* Agnes, Alf, días claros, vida, paz, dulces momentos, os cambié por la lucha y el dolor; traspasé mi pecho con flechas de sacrificio… Todo mi afán… en vano.

EL CORO.—*(Amistosamente, como seduciéndole.)* Soñador, nunca le igualarás; perdiste todo lo tuyo… Sacrificarlo todo… para no alcanzar nada… Tu ganancia solo puede ser terrenal.

BRAND.—*(Llorando bajo.)* ¡Agnes, Alf, oh, volved a mí! Volved a mí que estoy triste y solitario, enfermo, traspasado por el helado viento… ¡Oh, descienden fantasmas!…

*(Mira hacia arriba. En la niebla brilla un punto claro que se va agrandando. En el centro aparece una figura de mujer—el Tentador en el desierto—vestida de claro con un manto sobre los hombros.)*

LA APARICIÓN.—*(Riendo y tendiendo hacia él sus brazos.)* ¡Brand, yo soy! Aquí me tienes otra vez.

BRAND.—*(Con emoción violenta.)* ¡Agnes, Agnes! ¿Qué es eso?

LA APARICIÓN.—Todo ha sido una pesadilla de fiebre y tu dolor se deshará como la espuma.

BRAND.—¡Agnes, Agnes! *(Quiere ir hacia ella.)*

LA APARICIÓN.—*(Gritando.)* ¡No pases aquí! Nos separa un abismo profundo, en cuyo fondo corre un torrente vertiginoso. *(Dulcemente.)* ¡Oh amado! Ya no contemplas terribles fantasías de fiebre…, ya no sueñas. ¡Oh, qué enfermo estuviste! Bebiste la bebida amarga de la locura; hasta me viste separarme de ti.

BRAND.—¡Oh, vives tú!… ¡Gracias, Señor!

LA APARICIÓN.—*(Rápidamente.)* ¡Silencio, no hables de eso! Más tarde. ¡Sígueme a…!

BRAND.—¿Y Alf?

LA APARICIÓN.—¡Tampoco él está muerto!

BRAND.—¡Oh, Dios mío!

LA APARICIÓN.—¡Está sano y alegre! Tus sufrimientos no fueron más que un sueño, tus luchas leve espuma. Alf está en casa de tu madre, ocupado en hacerse una barquita de madera. La vieja iglesia sigue en pie y las gentes trabajan bravamente sin cansarse…, como en el buen tiempo viejo.

BRAND.—¿Bueno?

LA APARICIÓN.—Sí, porque había paz.

BRAND.—¡Paz!

LA APARICIÓN.—Ven, no está lejos.

BRAND.—¡Oh! ¿Esto es un sueño?

LA APARICIÓN.—¡Después de tan larga brega, ven a tu hogar tranquilo!

BRAND.—¡Soy fuerte!

LA APARICIÓN.—Pesan aún sobre tus párpados los horrores de la pesadilla. Si no encontramos un medio de evitarlo, volverás a marchar vacilante; nos perderás a mí y a Alf; tu espíritu se cegará de nuevo.

BRAND.—¡Dame ese medio!

LA APARICIÓN.—Tú eres el único que puede hacerlo.

BRAND.—¡Dime lo que es!

LA APARICIÓN.—El viejo amigo en quien sabiduría y vida son unas, que ha leído muchos libros y conoce muchas cosas escondidas, ha hallado también la causa de tu enfermedad. Lo que originaba esas espantosas visiones, esas pesadillas crueles, eran unas palabras que han sido tu maldición. Es preciso que borres de tu pensamiento, en cuanto esté en tu poder, esas palabras. ¡Táchalas en la tabla de la ley! Esas palabras crueles fueron las que conturbaron tu espíritu, las que le quitaron el esplendor de un sol de primavera… ¡Debes lavarte de ellas!

BRAND.—¡Di cuáles son!

LA APARICIÓN.—*Todo o nada*.

BRAND.—*(Retrocediendo.)* ¿Esas?

LA APARICIÓN.—Piensa en lo que está en juego. ¡Se trata de vivir o de morir!

BRAND.—¡Ay de nosotros! La espada de la Muerte nos amenaza todavía.

LA APARICIÓN.—Sé dulce, Brand. ¡Mi corazón está tan henchido! ¡Sostenme con tu brazo fuerte! ¡Ven a la primavera, al aire y a la luz!

BRAND.—¡Oh, esa enfermedad no volverá!

LA APARICIÓN.—¿Y si viene?

BRAND.—*(Sacudiendo la cabeza.)* No; este horror de pesadilla lo he echado de mí. ¡Ahora a crear una nueva vida!

LA APARICIÓN.—¿Nueva vida? ¿Es esa tu última decisión? ¿Y qué vas a hacer?

BRAND.—Lo que tengo que hacer… Lo que he *soñado*…, vivido…; dar *ser* a lo *pensado*.

LA APARICIÓN.—¡Oh, no, imposible!… ¡No puedes elegir!… ¿Quieres empezar?…

BRAND.—¡Otra vez!

LA APARICIÓN.—¿Quieres cabalgar abierta y libremente en tus espectros de pesadilla?

BRAND.—Abierta y libremente.

LA APARICIÓN.—¿Sin esperanza?

BRAND.—Sin esperanza.

LA APARICIÓN.—¿Y tu Alf?

BRAND.—¿Tengo que perderlo? ¡Sea!

LA APARICIÓN.—¿Quieres sacrificarme, dejar que me desangre llena de dolor…, ver tranquilamente que nadie me socorre, ni aun Dios mismo?

BRAND.—Tengo que hacerlo… ¡Sí!

LA APARICIÓN.—Ahogar todo germen de floración, no gozar de la luz, no coger los frutos de la vida, no henchir el pecho oprimido con el aire dulce de las canciones… ¡Oh, si vieras, sé tantas!

BRAND.—¡No supliques más! ¡Me es forzoso hacerlo!

LA APARICIÓN.—¿Quieres volver a la lucha terrible? No hay ninguna esperanza que no te haya mentido, ni uno solo que no te haya engañado.

BRAND.—No sufrí por mi ventaja personal, no luché por mi propia victoria.

LA APARICIÓN.—Es en vano querer llevar luz a quienes se arrastran en oscuras cavernas.

BRAND.—Uno puede alumbrar a muchos.

LA APARICIÓN.—Nunca llegarás al fin.

BRAND.—Una voluntad fuerte puede mucho.

LA APARICIÓN.—Cuida que Dios, colérico, expulsó al hombre del Paraíso… Dejó abierto un abismo… ¡No esperes poder saltar por cima de él!

BRAND.—Bien. Si es así, todavía nos quedan *el anhelo, la esperanza*.

LA APARICIÓN.—*(Desaparece entre crujidos. La nieve se agolpa en el sitio en que estaba. Se oye un grito penetrante, como de alguien que huye.)* ¡Muere; el mundo no necesita de ti!

BRAND.—*(Se queda un momento como atolondrado.)* Ya se fue el monstruo, el portador de infelicidad. Quisiera saber quién era. Buscaba que

se le diese un dedo, para tomar toda la mano. ¿No sería el espíritu del acomodo?

GERD.—*(Viene con un fusil.)* ¿Le viste al miserable, al cruel?

BRAND.—Sí; le vi huir.

GERD.—Dime por qué camino se fue. ¡Esta vez no se librará de mí!

BRAND.—¡Oh, es imposible cogerle! A veces parece como si el plomo se hubiera entrado por el corazón. Pero si te acercas a él para darle el golpe de gracia, se levanta gritando y te atrae y te provoca de nuevo.

GERD.—Tengo mi fusil cargado con plata, no con hierro. Conozco los ardides de los cazadores… ¡No soy tan loca!

BRAND.—¡Ojalá lo lograras!

GERD.—Párroco, ¿qué tienes en el pie? Tú cojeas.

BRAND.—Es el saludo de mi pueblo.

GERD.—*(Acercándosele.)* ¡Tu frente está roja como sangre caliente del corazón!

BRAND.—Acertaron bien.

GERD.—Tu voz, tan clara otras veces, suena como el grito ronco del cuervo.

BRAND.—Me dio una piedra en la campanilla.

GERD.—*(Mirándole con los ojos muy abiertos.)* ¡Párroco!… ¡No; me equivocaba! ¡Párroco!… ¡No; ahora te conozco!

BRAND.—¡Muchacha!

GERD.—Enséñame, dame…

BRAND.—¿Mis manos?

GERD.—¡Maravilloso! ¡Las heridas de tus manos!… ¡Sangre en los cabellos!… ¡Tu frente, orlada de las mordeduras de una corona de espinas! ¡Tus dedos, húmedos y desmayados! ¿No estuviste colgado de la cruz? Eso fue hace largo, largo tiempo… Padre lo contaba comiendo, y decía otro nombre… El de uno a quien se había elegido para los pobres, los ciegos, los paralíticos. Pero ahora lo comprendo todo… ¡Tú eres él!

BRAND.—¡Horror! ¡Oh, apártate!

GERD.—¡Quiero saludarte como al Salvador!… ¡Caer suplicante a tus pies!

BRAND.—¡Vete!

GERD.—¿No te dolerá haberlos liberado a todos con tu sangre?

BRAND.—¡Cuánto diera por una tabla de salvación!

GERD.—¡Toma el fusil! ¡Que mueran todos!

BRAND.—*(Sacudiendo la cabeza.)* ¡No; tengo que estar preparado a caer!

GERD.—¡Tú, no! ¡Nuestro Salvador! ¡Tú eres el escogido! ¡El más grande de todos!

BRAND.—¿Qué soy yo? No soy más que un gusano.

GERD.—*(Mirando hacia arriba; las nubes se aclaran.)* ¿Sabes dónde estás?

BRAND.—Estoy en el peldaño más bajo. ¡Ay! Mi pie está herido y vacilo al contemplar la cúpula de la alta torre.

GERD.—*(Con excitación salvaje.)* ¿Quieres que lo diga más alto? ¿Sabes dónde estás?

BRAND.—Se aclaran las nubes.

GERD.—¿No ves allí el Svartetind? Lo que te predije… se cumple.

BRAND.—¿El Svartetind? ¿La iglesia de hielo?

GERD.—¡Sí! ¡Al fin viniste! ¡Ya estás aquí!

BRAND.—¡He andado mil millas! ¡Oh, es lo mismo! ¡Cómo me atrae el sur, la cálida plenitud del sol, la calma del corazón en la pompa de la vida!… ¡Oh, cómo ansio la paz! *(Prorrumpe en lágrimas.)* ¡Jesús, yo te invoqué, pero tú no cogiste mi mano; huías de mi lado como una palabra que no se puede encontrar! ¡Oh, dame un jirón tan solo de tu hábito de Redentor!

GERD.—*(Palideciendo.)* ¿Cómo? ¿Lloras, pobre hombre? ¡Oh, tus lágrimas producen un hálito caliente…, caliente como cuando el aliento de la

primavera derrite el hielo de los ventisqueros! ¡Oh, tú puedes lo que no puede nadie!… ¿Qué es lo que pasa por mí? ¡Tú calmas mi fiebre de hielo!… ¡Hasta los blancos vestidos del sacerdote del ventisquero en el coro de hielo resbalan fundidos!… *(Temblando.)* ¡Hombre, tú no habías llorado antes de ahora!

BRAND.—*(Resplandeciente, gozoso, rejuvenecido.)* ¡Gracias, oh, gracias, Señor misericordioso! A la ley se va por un camino de hielo, pero al fin brilla el sol… Hasta hoy era mi tarea el escribir una tabla de tus mandamientos… ¡Ahora mi vida será de otra manera, cálida y rica! Se rompe la corteza de hielo. ¡Puedo prosternarme ante el Padre; puedo llorar, arrodillarme, rezar! *(Cae de rodillas.)*

GERD.—*(Mira hacia arriba y dice a media voz y acongojada.)* Mirad, allí está otra vez el monstruo; bate sus alas horribles y su sombra negra cae sobre el Svartetind. ¡Por fin llegó el tiempo en que nos veremos libres de él! ¡El hierro muerde bien; la plata mejor! *(Carga el fusil y dispara. De la montaña sale un ruido sordo, como de trueno lejano.)*

BRAND.—¿Qué haces?

GERD.—¿Le ves? ¡Oh, le acerté!… ¡Mira cómo cae! ¡Oye sus gritos estridentes! De su vestido de plumas se desprenden sobre la montaña miles de plumas, de aspas que revuelan… ¡Mira qué grande y qué pesado se hace! ¡Y viene hacia aquí!

BRAND.—Ha llegado el momento de que el último pague por los pecados de su casta.

GERD.—Desde que cayó, el cielo está más alto, el mundo más libre. ¡Mira cómo se arrolla! ¡Escucha cómo ríe! ¡Oh, no me asustarás! *(Grita aterrorizada.)* ¡Oh, qué estallido espantoso!

BRAND.—*(Encorvándose ante la lavina, que se precipita sobre él, grita hacia arriba.)* ¡Oh Dios!: en el momento de la muerte, dime: ¿No basta para la salvación la voluntad del hombre *quantum satis*?…

*(La lavina le sepulta y llena todo el valle.)*

UNA VOZ.—*(Por entre el estampido de la lavina.)* ¡Él es *Deus caritatis*!

FIN

# Nota sobre esta edición

Esta edición reproduce la traducción de José Ramón Pérez Bances publicada en *Dramas de Enrique Ibsen*, tomo III (Madrid, Librería de los Sucesores de Hernando, 1916; Biblioteca Clásica, tomo CCXXXVI), a partir del ejemplar digitalizado que conserva Internet Archive.

Se ha actualizado la ortografía según las normas vigentes de la Real Academia Española y se han corregido las erratas evidentes del impreso. El texto del traductor se mantiene sin otros cambios.

La traducción, como el original noruego, se divide en cinco actos, pero está en prosa. En el acto tercero, dos réplicas que el impreso atribuye al alcalde, que ya ha salido de escena, se han devuelto al doctor.

¡Gracias por leer este libro de
WWW.ELEJANDRIA.COM!

Descubre nuestra colección de libros gratis de dominio público en castellano en nuestra web